
Lo que
EL CORAZÓN
OCULTA
EVANGELINE CRUZ
Selecta

Lo que el corazón oculta

Evangeline Cruz

Selecta

Capítulo 1

Londres, 14 de marzo de 1867

Mis queridísimas Marion y Diana:

¿Cómo estáis? Espero que os encontréis bien de salud, tanto vosotras como vuestras familias. Yo me encuentro emocionada y, para variar, no me voy a limitar a contaros lo mucho que os echo de menos, y que, aunque os encontréis lejos, nunca dejaremos de ser las mejores amigas... Hoy no os pienso molestar con una de mis aburridas y melancólicas cartas porque al fin ha sucedido lo que esperaba. El marqués...

—Alice, ¿quieres dejar eso, por favor? Mamá te está esperando.

La muchacha levantó la cabeza del papel, fastidiada, para observar a su impaciente hermana Millicent, quien desde la puerta de la alcoba la reclamaba para ir de compras, algo que había olvidado por completo.

Y no era para menos. Aquellas trivialidades sobre vestidos, enaguas, lazos y guantes no ocupaban lugar alguno en sus pensamientos. La emoción de contarles a sus amigas las nuevas que recibió por la mañana temprano la embargaba.

El día tan esperado había llegado, al fin. El marqués la solicitaba a su lado después de tres años esperando que la reclamara para cumplir con su compromiso de matrimonio.

Dejó la carta y la pluma sobre el escritorio con la intención de retomar su escritura más tarde. Haría una copia de la carta, una vez que estuviera terminada, y enviaría una a Jamaica, donde vivía Diana, y otra a Escocia, donde se encontraba Marion. De esa forma, dirigiéndose a las dos y contándoles lo mismo, sentiría que aún estaban junto a ella, que la distancia y los avatares de la vida no las habían separado. Se levantó aprisa y suspiró.

Se dirigió a la puerta y, al pasar ante el espejo del tocador, se retocó un instante su rebelde cabello rojizo, pellizcó sus pálidas mejillas para darles un poco de color y que destacaran sus ojos de un verde oscuro, y se encontró lo suficientemente presentable como para una tarde de paseo y visitas a las tiendas.

Su madre siempre le decía que debía cuidar su presencia en todo momento. La prometida de un marqués jamás debía verse descuidada, ni en su vestimenta o cabello ni en sus modales u opiniones. Debía de agradar a todos para que ninguna mala opinión le llegara a su importante prometido y ningún reproche, por tanto, pudiera hacerle este.

Y así había sido desde hacía más de tres años. Alice se había plegado a los deseos de sus padres y había aceptado su compromiso con un caballero que había visto en contadas ocasiones, que apenas conocía y con el que no había intercambiado más que algún saludo ocasional.

Dada la ilustre alcurnia de su futuro esposo, sus padres se habían tomado muy en serio su educación; y desde el momento en que su compromiso se hizo formal, Alice se había sometido a una exhaustiva supervisión en cuanto a modales, vestimenta, opiniones, etc., para que nada de su persona pudiera empañar su lustre ni el de su familia política. Sus salidas a fiestas y eventos se habían reducido drásticamente y sus estudios habían aumentado, pues no podía permitirse que una futura marquesa fuera una ignorante en cuanto a historia o política.

Había aprendido a hablar francés con soltura —dejando de lado idiomas como el alemán y el italiano que tan de moda estaban en esos años— puesto que su prometido provenía de una ilustre y antiquísima familia francesa y gustaba de viajar con frecuencia a París. Su cultura y su formación debían ser las adecuadas para que cuando su esposo hablara con ella pudiera comprenderlo, aunque había de tener siempre presente que nunca, jamás, podría expresar una opinión que difiriera lo más mínimo de la de su marido.

Para la dulce y sensible Alice, el momento de su compromiso significó todo un cambio en sus rutinas. Había disfrutado de dos temporadas como joven soltera junto a sus amigas Marion Trevelyan y Diana Beauchene[1], quienes le habían mostrado la parte más divertida y alegre de la vida. Había bailado y flirteado con caballeros, cuidadosa de que sus padres no se percataran, amparada y respaldada siempre por sus queridas amigas.

Sin embargo, llegó el momento en que ellas partieron en busca de su destino, y Alice, quien hasta el momento había sido la señorita Coombe, se convirtió de repente en lady Alice, al heredar su padre el título de conde por parte de un lejano pariente fallecido sin herederos varones. Convertirse en la hija de un conde, tras ser simplemente la hija de un baronet, hizo que las expectativas que sus

padres tenían sobre ella crecieran de forma drástica.

Cuando Alice abandonó la habitación, su hermana se acercó con disimulo hasta el escritorio y leyó el breve párrafo de la carta que había comenzado a escribir. Compuso un mohín de aburrimiento. No era eso lo que había esperado leer. Quizá alguna contestación amorosa por parte de Alice hacia el marqués. Pero... ¡bah!, aquellos dos no mostraban en sus cartas más que la ligera y usual cortesía entre dos desconocidos y, a pesar de estar comprometidos, no existía el más mínimo comentario fogoso ni un atisbo de pasión... Y ella lo sabía porque había leído todas y cada una de sus cartas. Seguramente a Alice no le importaría, pensó, porque nunca cerraba con llave su escritorio.

Tal y como imaginó Alice, su madre aún no se encontraba lista y tuvo que esperar paciente en el vestíbulo y oír los resoplidos exasperados de su hermana.

—¿Qué ocurre, Millie? —le reclamó al cabo de un rato—. No tenemos prisa, el ajuar está prácticamente completo y aún queda más de un mes para que nos pongamos en camino hasta la villa del marqués.

—No sé cómo puedes estar tan tranquila...

—¿Y qué debo hacer? Mostrar ansiedad o ponerme nerviosa no hará que el tiempo transcurra más rápido. Además, supongo que el hecho de esperar más de tres años a que el marqués se decidiera me ha permitido desarrollar la paciencia...

—Yo no podría haberlo hecho... No hubiera esperado a un hombre tanto tiempo. ¿Por qué tardó tanto en decidirse? ¿Por qué no quiso casarse contigo en cuanto te vio?

Las palabras de su hermana supusieron un duro golpe para Alice y removieron en ella un sentimiento amargo. Eso mismo se había

preguntado ella una y otra vez a lo largo de los años. Las excusas que el marqués le dio a su padre fueron variadas: primero, su juventud; después, los negocios... Incluso cuando al fin se había decidido, a Alice le quedaba la duda de que no hubiera sido su padre el que lo hubiera presionado para que finalmente cumpliera con su palabra.

—Supongo que es un hombre muy ocupado... —contestó Alice, casi susurrando, al cabo de un rato.

—¿Y crees que se desocupará cuando matrimonie? Más le valdrá, de lo contrario vas a estar muy aburrida.

—No lo creo. Durante estos años he aprendido sobre las muchas obligaciones que tiene la esposa de un marqués y no es seguro que tenga demasiado tiempo libre. Debo ser la perfecta anfitriona, atender de manera impecable a mis invitados, gobernar la casa con rectitud, atender labores sociales...

—¡Qué aburrimiento! —la cortó Millie—. Del hecho de ser marquesa solo destacaría la oportunidad de tener montones de lujosos vestidos y joyas, de celebrar tantos bailes como quisiera, de satisfacer mis caprichos sin tener a alguien como padre prohibiéndolos, de hacer y deshacer a mi antojo...

—Eso suena frívolo y egoísta.

—¡Ah! ¿Acaso no piensas aprovecharte de tus privilegios una vez que hayas contraído matrimonio?

—¿Por qué debería cambiar mi forma de ser?

—Ya cambiaste una vez, ¿por qué no ibas a hacerlo ahora?

—¿Qué quieres decir?

—Antes de tu compromiso eras mucho más alegre y divertida, Alice. Desde que padre te comprometió con el marqués, te convertiste en una dama aburrida y complaciente. Tantos estudios, responsabilidades y obligaciones, y después de todo no piensas

aprovecharte de tu sacrificio... Mírate, vamos a comprar los últimos detalles de tu ajuar y ni siquiera te emociona... ¡Si yo estuviera en tu lugar estaría chillando de contenta! —le espetó Millicent, vehemente.

—Es por esa razón que tu hermana es la candidata adecuada —afirmó lady Cecilia, madre de las muchachas, quien se acercó hasta ellas poniéndose los guantes—. Es una dama que sabe comportarse, Millicent, y no pierde los nervios ni la compostura en ninguna situación. Te he oído, puede que el carácter de Alice haya perdido su viveza, pero ha ganado en responsabilidad y seriedad. Y eso es lo que se requiere de una marquesa. Tu hermana fue siempre una muchacha obediente y sensata, ideal para el puesto.

—Claro, tan ideal que han tardado tres años en reclamarla, tantos como me habéis negado un compromiso a mí —se defendió la más pequeña de los Coombe.

—¡Millie! ¡Eres muy joven! No tengo la culpa de... —le recriminó Alice, dolida.

Su madre detuvo la queja de Alice con un gesto de su mano.

—No íbamos a permitir que te casaras antes que tu hermana mayor. Y Alice está en lo cierto. Tienes dieciocho años. No hay urgencia por matrimoniar. En cuanto tu hermana lo haga, tu padre y yo nos aseguraremos de buscarte un candidato adecuado. Además, gracias a la boda de Alice con el marqués, la lista de tus posibles pretendientes habrá mejorado en mucho y no te permitiremos ningún desliz, como ocurrió en el pasado.

Millie apretó los labios y bajó la cabeza. Estuvo a punto de hacer una locura cuando tenía quince años; intentó escapar con un enamorado. Por fortuna, sus padres lo evitaron a tiempo y el asunto quedó en el más estricto secreto. Millie reconocía su falta, su desliz a causa de su carácter impulsivo y fogoso, pero ya no era la niña insensata y alocada que fue, aunque seguía conservando un carácter

inconformista, rebelde y caprichoso que sus padres trataban de contener.

—Espero que ambas os comportéis como debéis. ¡Vamos, tenemos mucho que hacer! ¡Ah! Y estará bien que les contemos a nuestras amistades cuando nos las crucemos que, antes del verano, nuestra Alice se convertirá en marquesa.

Capítulo 2

Alice dejó la pluma con la que escribía el nombre de sus convidados en los sobres de las invitaciones y reprimió un bostezo. Se levantó para estirarse con disimulo y se acercó a la ventana desde la cual podía contemplar el frondoso bosque de fresnos y robles que se extendía tras su mansión, que había sido comprada por su padre tan pronto heredó el título de conde y que había pertenecido a una familia de rancia alcurnia venida a menos. Lo mejor de aquella casa, en opinión de Alice, era su jardín y el bosque trasero, un privilegio al estar situado casi en el centro de la ciudad de Londres y al que solo unos pocos tenían acceso.

Apostadas en una sala de la primera planta que su madre había decorado de manera elegante y cómoda para que sus hijas pasaran entretenidas las tardes, las jóvenes dedicaban su tiempo a escribir en unos sobres los nombres y apellidos de los invitados a la fiesta que darían antes de dirigirse a Dorset, donde vivía el marqués. Aquella fiesta sería la despedida de Alice como soltera, el recordatorio de que se convertiría en marquesa y la oportunidad de Millicent de darse a conocer como joven disponible y emparentada, a

raíz de la boda de su hermana, con lo más granado de la aristocracia.

Su madre, Cecilia Coombe, les había pedido que se encargaran de ello personalmente para que estudiaran con atención a cada uno de sus invitados y sus posibilidades. Estaba segura de que Alice ya se había aprendido el parentesco que unía a cada familia de importancia en Inglaterra, pero ahora era Millie quien debía de empezar a tener eso en cuenta.

Ella contempló a su hermana, perdida en sus pensamientos, mientras fingía interesarse por el paisaje inmóvil, salvo por la ligera brisa que movía las copas de los árboles.

—¿Has recibido alguna carta del marqués? —Quiso saber.

Alice suspiró.

—No —le contestó sin volver el rostro hacia ella. Como si le estuviera leyendo el pensamiento, Millie le había preguntado por aquello que más le dolía. Iban a celebrar una fiesta de despedida para ella y, sin embargo, su prometido no se dignaba a asistir, no había mandado una excusa siquiera, aunque sus padres se lo habían hecho saber. Él no se encontraba en Londres, se hallaba en sus dominios a dos días a caballo, pero si quisiera... aún estaría a tiempo para llegar y acompañarla.

Celebrar que iba a contraer matrimonio y en adelante viviría alejada de Londres sin su futuro esposo no hablaba muy bien de la relación entre los dos ni de la importancia que el marqués le daba a su persona, caviló Alice con tristeza.

—¿Por qué no le escribes? Dile que venga —insistió Millie.

—No, no llegaría a tiempo...

—Tal vez sí.

—No quiero atosigarlo. No sería apropiado, ya padre le escribió...

Millie se mordió el labio para no expresar su opinión sobre el

asunto. A veces, Alice le parecía un ratón asustado, sin iniciativa ni carácter alguno, y cuando su madre hablaba de todas las virtudes que adornaban a su hermana mayor y que la hacían una candidata idónea a marquesa, ella no podía más que sujetar su lengua para no decir lo que pensaba al respecto.

—La gente se preguntará por qué no viene a acompañarte.

Alice se dio la vuelta para encarar a su hermana. Como siempre tenía la virtud de meter el dedo en la llaga.

—Lo disculparé. De todas formas, vamos a encontrarnos en unos días, no me importa que no venga —mintió.

—¿Sigues sin estar nerviosa por encontrarte con él?

—Siento un ligero desasosiego...

—¡Cuánta pasión, por Dios! —se mofó Millie.

—Aún no estamos casados y, además, no es necesario mostrar nada en público.

—Ya... —concluyó condescendiente la menor de las Coombe.

Alice quiso regañarla. ¿Por qué le preguntaba? Al fin y al cabo, sabía que ella leía sus cartas guardadas en un cajón del escritorio. Esas cartas que recibía de tarde en tarde, de forma esporádica, que eran correctas, sin atisbo de calidez ni deseos, que debía leer a su madre tan pronto llegaban y debían ser correspondidas en igual tono. Y que no debía guardar bajo llave como muestra de su absoluta decencia. Esas cartas que Millie se apresuraba a leer tan pronto Alice las guardaba y que no sabía qué tipo de interés le generaban a su hermana, tal vez fueran un simple entretenimiento.

No ocurría lo mismo con las cartas de Marion y Diana, tan alegres, tan apasionadas, tan llenas de vida. Estas las guardaba bajo el colchón de su cama y estaba segura de que Millie jamás había encontrado su escondite. Cuando se marchara definitivamente para casarse, se las llevaría en un cofre bajo siete llaves y les seguiría

escribiendo y atesorando cada una de sus respuestas. Por muy ocupada que estuviera en su nueva vida, siempre tendría tiempo para ellas.

Regresó a la mesa y volvió a sentarse frente a Millie para seguir escribiendo.

Quizá le pareciera fría a su hermana, pero la realidad era que Alice no se permitía mostrar lo que atesoraba en su interior. En el fondo deseaba encontrarse ya casada, en compañía de su esposo, un caballero de rostro y hechura agradables, del que no conocía apenas su carácter, pero al que imaginaba dotado de todas las virtudes.

Puede que al principio se mostrara frío, pero ella pensaba quererlo con una pasión tal que no tendría más remedio que corresponderla. Entonces, él se arrepentiría de los años que la tuvo esperando, le diría lo tonto que había sido al no interesarse por conocerla y la adoraría como ella lo haría. Llegarían a ser un matrimonio feliz, rodeados de hijos sanos y generosos. Ella no se limitaría a ser un adorno decorativo. Además de complacer a su esposo y contribuir a la felicidad familiar, se dedicaría a obras benéficas y contribuiría a que el marquesado de Compton fuera conocido, respetado y admirado por todos, más aún de lo que ya pudiera ser.

Con todas aquellas cosas soñaba Alice, porque no podía soportar lidiar con la realidad de su vida. Un compromiso la había atado con diecinueve años a una aburrida vida de espera y cartas insulsas y, a sus veintidós, sospechaba que la insistencia de su padre era lo que había motivado al marqués a reclamarla.

¿Sería posible que el caballero no la hubiera encontrado digna ni una sola vez en la que se habían visto? ¿Que no le hubiera palpitado el corazón de gozo o le hubiera despertado al menos una ligera

curiosidad? Lo cierto era que habían coincidido en dos o tres ocasiones y siempre rodeados de gente.

La primera vez que lo vio se halló tan nerviosa que creyó que le faltaría el aire. Por aquel entonces su padre se encontraba en negociaciones por si el contrato de matrimonio prosperaba. Sintió una gran alegría cuando su padre le confirmó que, finalmente, el marqués había aprobado los términos del acuerdo y ella pensó que su presencia le habría agradado y que pronto pediría su mano. Había sido tan tonta como para creer, soñar más bien, que aquel hombre se habría enamorado con solo verla.

Lo cierto es que los años pasaron y solo llegó a encontrarlo en otras dos ocasiones, ajenas a ellos, circunstancias imprescindibles que hicieron que sus caminos se cruzaran y se hiciera necesario dirigirse la palabra, apenas un correcto saludo, sin más.

Era mucho camino el que les quedaba por recorrer a la vista de lo escaso de su relación, pero ella se enfrentaba animada a su boda, deseosa de amar y con la ilusión, nunca expresada, de ser correspondida.

Capítulo 3

Charles Coombe, flamante conde de Stoneham desde hacía cuatro años, y su esposa, Cecilia, habían preparado una recepción digna de la más elevada familia aristocrática, y lo más rancio y lustroso de la nobleza londinense había acudido a sus salones para felicitarlo por la pronta boda de su hija mayor, lady Alice, quien pronto se convertiría en marquesa de Compton.

No se le escapaba a lord Stoneham, un inteligente y avispado hombre de negocios, que la mayoría de sus invitados acudían hasta él en virtud de la magnífica boda que su hija haría y que lo encumbraría hasta los círculos cercanos a la propia reina Victoria. En el fondo sabía que su anterior título de baronet, comprado en cierta forma tras invertir mucho dinero y tiempo y usando las adecuadas influencias, no le había permitido ni el tratamiento de lord, aunque había hecho posible que comenzaran a relacionarse con la clase alta en Brighton.

Tras una serie de avatares del destino, la suerte había querido que el título de conde y la escasa fortuna de un anciano tío abuelo hubieran recaído en él, ya que su más directo propietario, un sobrino

en primer grado del anciano, había fallecido a temprana edad.

De repente, y para su gran suerte, se encontró a su disposición un inesperado título nobiliario y un condado arruinado, pero aquello no le importó. Era lo suficientemente rico como para sacar del embargo todas esas antiguas propiedades, restaurar la mansión y comprarse una en Londres, donde darse a conocer en fastuosas fiestas.

Tras organizar sus posesiones se centró en el destino de su hija mayor, a quien había permitido vivir sin preocupaciones excesivas hasta entonces. La había instado a codearse con la clase alta de Brighton en espera de que pudiera cazar algún varón preeminente, pero al mudar su fortuna había comenzado a estudiar cuidadosamente sus posibilidades y estas le habían permitido llegar hasta el marqués de Compton.

Se enorgullecía de lo que estaba a punto de conseguir. De origen humilde, el propio Charles había hecho una buena boda que le había permitido invertir en barcos y mercancías y, gracias al comercio, había hecho una fortuna que fue creciendo cada vez más. Una vez que su economía estuvo consolidada, su ambición le hizo ansiar un título, el de baronet fue el único que pudo comprar, pero cuando la suerte le sonrió y se convirtió en conde, supo que llegaría hasta lo más alto usando su inteligencia y a sus hijas.

Se felicitó por su buena fortuna y su astucia mientras saludaba a los invitados en la fiesta de despedida de su hija mayor. Ambas muchachas se encontraban acompañando a sus padres cuando el baile comenzó.

La festejada se limitó a contemplar cómo Millie era reclamada y se deslizaba elegante hasta el centro del salón para bailar con algún joven de encopetada familia. Ella tendría que conformarse con sonreír y aceptar y devolver cumplidos a lo largo de lo que preveía

sería una aburrida noche, ya que el marqués, finalmente, se había excusado y no iba a acompañarla.

Lady Alice era la protagonista de la fiesta y la comidilla de esta, pues, con más o menos disimulo, su futura boda, su familia y sus circunstancias estaban siendo analizadas y destripadas sin piedad por la mayor parte de los invitados.

Lord Stoneham no era apreciado en el círculo de la más rancia aristocracia, pese a lo mucho que toda su familia había pulido sus modales. Su título heredado de un lejano pariente y su riqueza basada en el trabajo como comerciante y de la que se aprovechaba para facilitar préstamos y ejercer escandalosas actividades de usura a nobles en circunstancias comprometidas lo hacían casi un indeseable.

—Esta es la demostración de la decadencia de nuestra clase, mi querida lady Charlotte. Resulta inaudito que la propia reina Victoria no tome cartas en el asunto —se quejaba una de las damas invitadas, no muy lejos de donde la familia anfitriona se encontraba.

—¿Y qué se podría hacer, lady Susan? Todos somos conocedores de los muchos problemas económicos a los que se enfrentan la mayoría de los nobles. El beneficio que reportan las tierras es cada vez más exiguo, la gente abandona el campo y se marcha a trabajar a la ciudad, a esas espantosas y humeantes fábricas que ocupan cada vez más espacio y proliferan últimamente como setas.

—Cierto, es una situación espantosa.

—Tristemente, es cada vez más común que los matrimonios no unan sus títulos, sino que uno de ellos lo aporte y el otro, la esposa, ponga el dinero, el de sus padres, deseosos por entronizar en nuestro círculo.

—Así es, por desgracia. De todas formas, pienso que el marqués de Compton pudo haber elegido mejor.

—El marqués, querida, es uno de los aristócratas más endeudados de toda Inglaterra. Nadie de nuestro círculo hubiera asumido sus deudas. Lord Stoneham tiene el suficiente dinero y las ansias por medrar como para casar a una de sus hijas con él. Piensa que, al menos, las muchachas de buena cuna se librarán de un libertino.

—Ah, aún tendremos que consolarnos por perder a uno de nuestros jóvenes favoritos.

—Es un caballero atractivo, pero solo su título puede aportar.

—Ella es una muchacha bonita y parece refinada, pero no es una de las nuestras. Su hermana es más hermosa pero demasiado alegre, demasiado dicharachera —aseguró observando sus modales mientras bailaba—. Sus padres harían bien en casarla pronto o se echará a perder.

—Estoy segura de que algún otro caballero sin escrúpulos se avendrá a unir su sangre aristócrata con la de unos arribistas. Lord Stoneham se encargará de ello. Es un hombre ambicioso, como su esposa. Llegarán muy lejos utilizando a las muchachas.

—Yo, por mi parte, no pienso invitarlas a mi casa. ¿Qué tendrían en común mis hijas con las de un mercader? Por mucho que se pulan, nunca pertenecerán a nuestra clase.

—Pero sus hijos serán aristócratas.

—Espero no tener que ver cómo los hijos de unas plebeyas, nietos de gente sin alcurnia alguna, se pasean por nuestros salones.

—Piensa que lord Stoneham ostenta un condado, al fin y al cabo.

—No quisiera saber en qué circunstancias lo heredó. ¿Sabes que compró su anterior título de baronet? Sus ínfulas no vienen de ahora.

—Sí, algo me contaron, pero son muchos los nobles que le deben dinero y, por tanto, no tienen más remedio que aceptarlo en

sus hogares.

—¡Qué tiempos tan decadentes!

—Sin duda, querida.

Si Alice hubiera escuchado la conversación se hubiera sentido mortificada y herida profundamente. No es que no fuera consciente de que su unión con el marqués se trataba, en el fondo, de un matrimonio de conveniencia. Lo sabía, pero tenía cierta predisposición romántica a pensar que, a pesar de ello, ambos llegarían a respetarse y amarse; y algún día, no muy lejano, él dejaría de verla como la esposa impuesta con la que se casó por salvar su patrimonio y ella dejaría de pensar que él se limitaba a tolerarla, aunque su matrimonio fuera un contrato a conveniencia de ambas partes. El cariño nacería entre ellos, quería creer de manera optimista, deseosa por conocer el verdadero amor.

Capítulo 4

Pocos días después de la fiesta, los Coombe se pusieron en marcha rumbo a Dorchester cargados de baúles con ropa, el ajuar de Alice y regalos para el marqués y su entorno. Lord Stoneham no escatimaba en gastos para agradar a su futuro yerno, aunque una vez que se hubiera casado con su hija tenía pensado cerrarle el grifo y exigirle la hipoteca de sus propiedades para que no se convirtiera en un derroche continuo como había sido hasta el momento.

Charles Coombe sabía muy bien dónde se metía. Entronizaba con una de las familias más antiguas de la nobleza inglesa por parte de padre y francesa, por parte de madre; y también con una de las más corruptas. Michael Weston, marqués de Compton, era el último, hasta el momento, de una larga estirpe de antepasados que habían ido socavando las finanzas y el patrimonio familiar en fiestas, bebida, apuestas y amantes.

Esto, que era conocido por casi todos incluyendo al futuro suegro, era desconocido por su hija. Una dama no podía saber según qué cosas, incluso aunque aquello implicara a su futuro esposo. Esa era, al menos, la forma de pensar del conde. Además, si

le exponía a Alice con claridad en qué clase de manos iba a caer, la disgustaría y, tal vez, encontraría la voluntad de rechazarlo. Y no lo permitiría.

Por otra parte, el conde de Stoneham tendría a su disposición el patrimonio del marqués, a causa de sus muchos préstamos, y confiaba en que eso lo obligaría a actuar con prudencia y moderación delante de su hija.

Lord Michael Weston tenía su residencia habitual cerca de la ciudad de Dorchester, en el condado de Dorset, al suroeste de Inglaterra. Llegar hasta allí les llevó dos agotadores días dentro de un carruaje, soportando todo tipo de caminos.

Cuando al fin arribaron a la imponente residencia del marqués, su mayordomo les dio la bienvenida y les informó que su señor se había ido de caza y que estaría de vuelta tan pronto ellos se refrescaran y descansaran un rato en sus habitaciones.

Ante aquella descortesía, Charles Coombe frunció el ceño, evitó mirar a su esposa y asintió, emplazando al criado a avisarlo tan pronto el marqués se presentase.

Alice se sintió descorazonada. Era más que evidente que el caballero no tenía ninguna prisa por encontrarse con ella, su corazón no palpitaba nervioso y emocionado como lo hacía el suyo. Ni siquiera contemplar la magnificencia de una mansión cargada de exquisitas obras de arte, de lujosos y antiquísimos muebles, de pinturas que retrataban el esplendor de una dinastía la consolaron de su decepción.

Se recluyó en la alcoba con la recomendación de su madre de descansar durante un rato y cambiarse de ropa para que el marqués la encontrara lo más radiante posible.

Se desvistió con la ayuda de su doncella y se tumbó sobre el lecho con las cortinas echadas, pero no pudo pegar ojo. Al poco, oyó

unos ligeros golpes en la puerta y su hermana asomó.

—¿Has visto qué maravilla de mansión, Alice? ¡Es tan grande como un castillo! ¿Y te has dado cuenta de los techos pintados, las molduras y la tapicería? ¡Dios mío! Todo esto debe valer una fortuna... ¡Y tú vas a ser la dueña!

—Eso parece... —le contestó Alice, no muy convencida.

—¿No estás feliz? Me muero por ver el salón de baile. ¡Qué maravillosas fiestas podrás celebrar en él! ¡Oh, te envidio tanto! Estoy segura de que padre no podrá encontrarme un esposo a la altura de este.

—Ni siquiera sabemos cómo es...

—¿No lo recuerdas? Lo hemos visto en varias ocasiones y es lo suficientemente agradable para que resulte aceptable. No me importaría que mi esposo fuera un viejo de cien años si pudiera ser la dueña de una propiedad como esta. ¿Imaginas cómo será el resto de su patrimonio?

—Pero... ¿y su forma de ser? ¿No te parece importante?

—¿Por qué habría de preocuparte eso? Tu matrimonio va a ser un hecho, tendrás que aceptarlo como quiera que sea...

Alice exhaló un suspiro triste.

—No entiendo por qué no te alegras. Te casarás con él, pero no estás obligada a verlo muy a menudo. En esta mansión cada uno tendrá sus propias dependencias y no tendrás que soportarlo más que para cumplir con el requisito de darle un hijo varón, y en cuanto lo hagas, quedarás liberada de su presencia si lo deseas.

—Millie, me horroriza lo que dices. Yo pretendo un matrimonio en el que los esposos se traten con respeto y confianza, se vean a diario, compartan sus cosas y tengan un trato cariñoso.

Millicent contempló a su hermana con cierto desdén.

—Creo que tienes unas expectativas bastante irreales en cuanto

a lo que significa casarse con un aristócrata.

—¿No te gustaría que tu esposo te tratara con afecto, que quisiera compartir su vida contigo?

—Supongo que eso tiene lugar cuando los dos se conocen, se tratan y se enamoran y entonces desean contraer matrimonio, pero no es eso lo que suele pasar en un matrimonio concertado.

—¿Por qué no? ¿Por qué no podríamos el marqués y yo llegar a querernos? Yo estoy dispuesta.

—Creo que eres demasiado fantasiosa, Alice. Si tienes las expectativas muy altas te decepcionarás, lo mejor es no esperar nada.

—Pero eso es tan triste... tan desilusionante...

—Cualquiera diría que hubieras preferido casarte por amor con cualquier caballero sin fortuna.

—Lo hubiera preferido, sí, pero sabía que no podía enamorarme de nadie de mi elección, padre no lo permitiría. Por eso deseo amar al marqués y que él me corresponda.

Millicent contempló a su hermana en silencio, con una mirada de reprobación. No añadió nada más, pues en ese momento entró su madre en la estancia. Al parecer lord Weston había llegado y las esperaba en breve en el salón para darles la bienvenida.

Alice supo, con solo observar el rostro de su madre, que esta se hallaba molesta por la forma condescendiente con la que el caballero las trataba, como si fueran invitados de segunda y no estuviera ante sus futuros suegros. A Cecilia no se le ocurrió pensar por un momento en los sentimientos de amargura e inquietud que Alice estaba experimentando a su vez.

La muchacha entendió claramente que ni los Coombe ni ella en particular, quien era la que al fin y al cabo iba a acabar viviendo bajo el mismo techo y compartiendo su mismo lecho, eran del agrado de

Michael Weston. Aunque la había visto en varias ocasiones, su presencia no lo había emocionado, no lo atraía en absoluto, y cuando al fin se decidió a hacerla su esposa ni siquiera la había recibido a su llegada.

Aquello la mortificó, pero recordando las recomendaciones recibidas a lo largo de los años anteriores, hizo de tripas corazón y compuso una ensayada y agradable pose que mantendría cuando se encontrara con su prometido, al que llevaba aguardando tres largos años.

Capítulo 5

Michael Weston, marqués de Compton, les dio la bienvenida una hora después en uno de los lujosos salones de la mansión, acompañado de su administrador y de uno de sus abogados.

—Lord Stoneham, lady Cecilia y sus hijas... sean bienvenidos a mi hogar.

El marqués los saludó, escueto, repasando a las muchachas de arriba abajo con la mirada, deteniéndose en Alice y su hermana, sin que Alice pudiera detectar que la hubiera reconocido.

Su padre se dio cuenta de su ignorancia y aclaró el asunto.

—Esta es mi hija mayor, lady Alice, y vuestra prometida. Ella es lady Millicent, mi hija menor.

El marqués reparó en la diferencia entre las dos hermanas, una le hizo una sencilla reverencia con rostro serio y ademán tímido, la otra se movió alegre y voluntariosa con una sonrisa distendida y mirada chispeante.

—Apenas quedan dos semanas para que el matrimonio se lleve a cabo, lord Stoneham, creo que deberíamos reunirnos en mi despacho para ultimar los detalles del contrato matrimonial. —El

aludido asintió—. Mientras tanto las damas podrán esperarnos tomando un té en la salita que da al jardín, es un lugar muy agradable, mi mayordomo les indicará.

Las damas se dejaron guiar por el sirviente; y mientras los caballeros hablaban en el despacho, ellas comentaban sus impresiones frente a una taza de té en una estancia con unas vistas espectaculares al jardín y a la campiña que se extendía a lo lejos.

—¡No puedo creer que Alice sea tan afortunada! No solo va a ser dueña de esta magnífica mansión y todo lo que la rodea —expuso Millie—, además, el marqués no resulta en absoluto desagradable. Me agrada su bigote enhiesto, su cabello oscuro tan pulcramente peinado y su porte... tiene cierto aire marcial, ¿no os parece?

—A sus treinta y pocos años tiene juventud y vigor, que es lo que se requiere de un esposo —añadió lady Cecilia.

Alice permaneció en silencio. No quiso expresar que le había parecido atractivo, pero de una belleza ajada, decadente, con un incipiente vientre que su altura no podía ocultar y unas ojeras que hablaban de noches sin dormir, de descuido. Si la muchacha hubiera estado enterada de su vida de crápula, en mesas de juego y lechos de placer, su propensión a la bebida y vicios nocturnos, no le hubiera extrañado esa ligera decrepitud que había notado. Pero nada de eso le habían contado, era, por tanto, desconocedora sobre la clase de individuo con el que iba a contraer matrimonio.

—¿Qué te ha parecido, Alice, no te gusta? Nunca antes lo habíamos visto durante tanto tiempo y probablemente haga más de un año desde la última vez que nos encontramos con él.

—Es... aceptable.

—¿Aceptable? ¿Qué significa eso? —inquirió Millie.

—Es... suficiente, supongo. Y, seguramente, otras cualidades y virtudes adornarán su persona en cuanto pueda hablar con él.

Cecilia se removió en su asiento. Ella conocía la fama del marqués y dudaba que Alice le encontrara algunas de esas virtudes que esperaba y que solo estaban en la imaginación de la joven. Por fortuna, no tardaría mucho en casarse; y para cuando la decepción hubiera hecho mella en el espíritu de la muchacha, ya se encontraría convertida en marquesa y no le quedaría más que resignarse.

Poco después llegó el marqués acompañado por su futuro suegro, sonriendo con satisfacción por el acontecer de la reunión, y, tras tomar el té todos juntos, lord Stoneham propuso un paseo por el jardín para que los prometidos tuvieran la oportunidad de conversar.

La tarde estaba radiante, aunque algo fría. Caminaron por los caminos repletos de rosales a ambos lados, pulcramente cuidados. Coombe calculaba mentalmente lo mucho que costaría mantener una propiedad como aquella.

Charlaron, distendidos, de la comarca, de los habitantes, de los eventos sociales que tenían lugar. Michael Weston se limitaba a informar, no parecía apasionarle nada de lo que contaba, aunque tuviera que ver con sus vecinos y su entorno. Se animó al hablar sobre sus últimas visitas a París y Londres.

Alice se percató de que mientras pasaba temporadas en la capital no se había molestado en visitarla en ninguna ocasión. Tampoco parecía tenerla en cuenta en esos momentos, ni mostraba el menor interés por ella, ocupado como estaba en hablar de sí mismo.

Lord Stoneham era consciente de aquello y meditó sobre la conveniencia de dejarlos a solas unos instantes. Ante una bifurcación del camino, invitó a su esposa y a Millie a tomarlo con él y dejó que Alice y el marqués recorrieran el otro sendero, ya que acabarían encontrándose al final y, además, en ningún caso se alejaban

demasiado como para perderlos de vista.

En cuanto los dos grupos se separaron, Cecilia le recriminó a su esposo:

—¿Por qué los has dejados solos? ¿Qué necesidad hay cuando el matrimonio ya es un hecho?

—¿Qué podría pasar? ¿Acaso no desea Alice hablar con su prometido a solas?

—¿Y si descubren que no se gustan? —dijo bajando la voz para evitar que Millicent, que avanzaba delante, la oyera—. Pudiera ser que Alice le resultara atrayente, o bien lo contrario.

—Alice es una muchacha agradable, bonita y educada, tú y sus profesores os habéis encargado de formarla a la perfección. Descubrirá que, aunque es hija de un comerciante convertido en conde, no tiene nada que envidiar a las jóvenes de la rancia aristocracia.

—¿Y si nuestra hija se desencanta?

—Alice no hará nada en contra de nuestra voluntad, Cecilia. Sabe cuál es su deber para con la familia.

Algo más lejos, a salvo de los oídos de sus padres, la muchacha sostenía una tímida conversación con Michael Weston.

—¿Qué le parece Dorset, lady Alice? ¿Lo conocía? —le preguntó con desgana.

—No lo había visitado nunca. Es un lugar hermoso.

—Supongo que no habrá viajado mucho más allá de Londres...

—He visitado el norte y veraneamos desde hace varias temporadas en Brighton.

—Una ciudad decadente y pasada de moda desde que la reina la consideró demasiado bulliciosa y popular. Hasta tal punto la odiaba que vendió el Royal Pavilion que su antepasado construyó al ayuntamiento y cambió su lugar de veraneo por Balmoral.

—Oh..., pero Balmoral es...

—Demasiado exquisito, apto solo para los más allegados, como debe ser.

—¿Veranea usted allí, lord Compton? —Quiso saber, disimulando el malestar que su comentario sobre su amada Brighton, que tan buenos recuerdos le traía, le había provocado.

—La reina siempre está dispuesta a acogerme, y lo hago en cuanto vislumbro que la compañía que la rodea es de mi agrado.

Alice apretó los labios para reprimir un comentario, mientras que por el rabillo del ojo observó como él disimulaba un bostezo. Aquello no hacía sino reforzar su poca importancia, su inseguridad, ¿acompañaría a su esposo cuando él quisiera ir o bien la dejaría en Dorset? ¿Sería ella del agrado de la reina? Evitó preguntarle. Temió oír su respuesta.

Se limitó a responder a sus preguntas con monosílabos o cortas y pensadas explicaciones, cohibida. Se recordó que iba a convertirse en su esposa y, por tanto, debía evitar abochornarlo con sus respuestas para que no la creyera una ignorante y, en consecuencia, se avergonzara de ella y no quisiera mostrarla a sus amistades. Puede que hubiera estudiado lo indecible para estar a su altura, pero en ningún caso tenía la experiencia y la soltura en el trato entre ellos que Michael Weston o sus amistades de la alta sociedad tenían.

Se dijo que en su presencia y en la de sus amistades debía ser más consciente de cada una de sus palabras para no molestarlo o rebajarse y rebajarlo de alguna manera, aunque no fuera su propósito. Sus pensamientos estaban llenos de recriminaciones hacia sí misma, aunque en el fondo sabía que no eran más que el intento por ocultar su tremenda decepción.

Capítulo 6

Varios días pasaron y, aunque almorzaban juntos, el marqués aludía cualquier ocupación para desaparecer hasta la cena, e incluso en ocasiones, se excusaba y no volvían a verlo hasta el mediodía del siguiente día.

Mientras tanto, las doncellas de Alice colocaron sus vestidos en los armarios e hicieron los últimos retoques a su soberbio vestido de novia que colgaron con mimo en una esquina de su alcoba para que no perdiera su apresto.

A menos de veinte días de la ceremonia, lord Compton la invitó a pasear a caballo. El cielo se mostraba deslucido, gris, parecía que fuera a llover en cualquier momento; pese a ello, Alice no puso ningún reparo. Las miradas de sus padres prohibieron que negativa o queja alguna saliera de su boca, teniendo en cuenta que ese día se había dignado a quedarse con ellos tras el almuerzo y que se mostraba molesto, irritado hasta el punto de imprecar a sus criados sin motivo aparente.

Apenas tuvo tiempo de ponerse sus ropas de amazona y correr hasta los establos, donde se encontró con un impaciente caballero

que no le dedicó más que una mirada de soslayo.

Tan pronto salieron a campo abierto, el marqués imprimió al animal un ritmo que a Alice le resultó muy difícil seguir. Había tomado exhaustivas clases de equitación, aunque nunca le habían gustado en el fondo. Le daban miedo los caballos y no conseguía relajarse encima de uno. Aquel paseo le supuso una tortura y se prolongó durante más tiempo del que hubo querido.

Se detuvieron al llegar a un cerro y desde la cima, sin bajarse del animal, el marqués le habló de sus posesiones, que abarcaban todo lo que la vista contemplaba.

—Esta tierra ha pertenecido a los Weston desde tiempos de Enrique VIII. Hemos luchado por ella, incluso derramado sangre cuando ha sido preciso. Haría cualquier cosa por mantenerla en la familia. Y espero inculcar a mis hijos el mismo orgullo que mi padre y mis antepasados sintieron.

Alice experimentó sentimientos encontrados. Por una parte, el hecho de que expusiera de forma tan cruda que haría lo que fuera por no perder sus propiedades hablaba a las claras de su casamiento por obligación. Nada caballeroso había en ello, podría haberse ahorrado el humillante comentario. Sin embargo, el hecho de que mencionara a unos futuros hijos endulzaba en cierta forma, a ojos de Alice, la inoportuna explicación anterior, ya que preveía una vida familiar a su lado.

Michael Weston acercó su caballo con destreza y pegó su costado al de ella. Sin decir nada la tomó de la barbilla y, aproximando su rostro al de la muchacha, la besó sin contemplaciones.

Aquel fue un beso posesivo, experimentado, frío.

Alice ya había sido besada antes y lo había hecho con consentimiento y deleite. Aquello había ocurrido hacía varios

veranos, cuando sus amigas veraneaban con ella en Brighton y el compromiso con el marqués no se preveía de ninguna manera. Aquellos besos habían sido placenteros y disfrutados, aunque breves. No había tenido más remedio que ponerles fin para no acabar enamorada del caballero que la correspondía, sabiendo que su padre no le permitiría más esposo que el que él escogiera. Aquellos besos lejanos la habían hecho soñar con dulces placeres... Este no le hizo sentir nada.

Tal vez se debiera a que no lo esperaba, no hubo una conversación o una emoción previa que lo insinuara. Quizá fue la inexperiencia de ella la que hizo que él se apartara al rato de experimentar sobre sus labios, mostrando un semblante aburrido. O puede que le molestara que se revolviera, que quisiera apartarse cuando él intentó, además, acariciarle un pecho por encima de la ropa.

Fue una respuesta instintiva... ¿Se suponía que debía habérselo permitido? Iba a convertirse en su esposo, pero aún no lo era, se dijo.

Y no le apetecía, se confesó con profundo pesar. No se sentía atraída por su futuro marido.

Cuando él arreó su caballo y se alejó de ella, no se molestó en mirarla a los ojos ni en hacer comentario alguno sobre lo sucedido. La joven no supo si lo había contrariado o si, simplemente, la había puesto a prueba de alguna forma.

Un trueno resonó en la lejanía y minúsculas gotas de lluvia los sorprendieron de repente.

«Volvamos», lo escuchó decir, en un tono de voz que le sonó hastiado. Golpeó los ijares del caballo y este comenzó a trotar rápido. Ella apenas podía seguirle.

La lluvia comenzó a caer con más fuerza mientras Alice trataba

de no perder su rastro o acabaría extraviada en aquellas tierras desconocidas. Poco antes de llegar, él se volvió para comprobar que lo seguía. La esperó con un rictus de impaciencia y, sin decir ni una sola palabra, recorrieron juntos las últimas yardas hasta los establos.

Alice subió a su habitación y ordenó un baño. Se deshizo de sus ropas empapadas y se metió en la bañera donde permaneció durante mucho tiempo, a solas con sus pensamientos. Cuando decidió salir, el agua ya se había enfriado y ella tiritaba.

Había resuelto ser comprensiva con el marqués, pese a que su comportamiento no estaba siendo el más caballeroso. Acabaría amándolo, se decía intentando convencerse, y él la aceptaría con agrado. Había sido una buena señal que la besara, al menos no le resultaba desagradable. Sus propósitos se fueron diluyendo en su mente cuando el malestar se apoderó de su cuerpo.

La doncella fue a buscar a su madre en cuanto la notó febril. Lady Cecilia se personó en la alcoba y comprobó que Alice no estaba en condiciones de reunirse con ellos. A duras penas la entendió cuando le contó que la lluvia los había acompañado en el camino de vuelta.

Durante la cena, la condesa de Stoneham explicó ante los asistentes el motivo por el que Alice no los acompañaría. El marqués no pareció inmutarse, aunque Cecilia sabía que él había sido el culpable de que Alice saliera a cabalgar en un día frío que amenazaba lluvia, como así había sido, y a consecuencia de ello la muchacha, a pocos días de la boda, había enfermado.

Tras la comida, Cecilia subió a verla de nuevo. La fiebre no había desaparecido. Cambió los paños de gasa húmedos que intentaban aliviarla y se quedó junto a ella, mientras su marido y su hija Millie hacían compañía al marqués.

A medianoche se retiró a su alcoba para descansar unas horas, pero cuando al amanecer regresó para ver cómo se encontraba, comprobó que no había mejorado. La fiebre persistía.

Habló con su esposo y este se encargó de mandar a un criado hasta Dorchester en busca de un médico. Quizá el marqués se molestase, pero no iban a esperar a que se levantara bien entrada la mañana para que él mismo diera las instrucciones.

El médico, un joven asentado hacía poco en la ciudad, los visitó un rato después, reconoció a la enferma y le recomendó baños de agua tibia para aliviar la fiebre e infusiones de manzanilla y verbena para el malestar.

Se marchó un tiempo antes de que el marqués se levantara. Cuando este lo hizo fue informado por lord Stoneham de la presencia del doctor y de las circunstancias de Alice.

—Tendría que haberme avisado. Ha perdido el tiempo con ese galeno. Mandaré buscar a nuestro médico que ha atendido a varias generaciones de nuestra familia y, aunque apenas ejerce, no se negará a atender mi llamada.

El médico de los Weston llegó bien entrada la tarde. Era un anciano de corta vista, ligeramente encorvado y con sobrepeso. Respiraba ruidosamente y subió las escaleras con gran dificultad.

En cuanto vio a Alice en la cama decidió que era necesario practicarle una sangría. Así lo hizo ante el consentimiento de su padre y del marqués, quien estaba convencido de que aquel doctor atesoraba gran sabiduría. Antes de marcharse le recetó láudano en caso de que la fiebre empeorara y se ofreció a regresar si no mejoraba y fuera necesario volver a sangrarla.

Su madre y la doncella se quedaron para cuidarla. La fiebre persistió durante días, aunque Cecilia se mostraba animosa cuando era preguntada por el estado de salud de Alice. Recordaba que las

sangrías la habían horrorizado desde niña y que en su familia siempre corrió el rumor de que su abuela paterna había fallecido a causa de una de ellas, por lo que evitó en lo posible que el anciano galeno volviera a asomar su rostro por la mansión del marqués.

Por fortuna, tras una semana de cuidados, Alice comenzó a mejorar, desapareció la fiebre y, poco a poco, pudo tomar alimentos sólidos y a dar pequeños paseos por la alcoba.

El marqués no se había molestado en visitarla, aunque preguntaba puntualmente por ella y había dejado de desaparecer de manera tan frecuente. Ahora prefería quedarse en la mansión acompañando a los condes y a su hija menor.

Los Coombe lo tomaron como una muestra de interés y preocupación hacia su prometida. Lo cierto era que Michael Weston había encontrado en Millicent una excelente y divertida compañía durante el tiempo que su hermana estuvo enferma.

Capítulo 7

Quedaba una semana para la boda y Alice notaba como las exigencias de su madre en cuanto a preparativos, elección del peinado, etcétera, habían desaparecido. Ni siquiera la apremiaba por bajar a encontrase con el marqués tras casi dos semanas enclaustrada en la habitación. Lo achacó a que consideraría que aún se hallaba convaleciente. Lo cierto era que ya se sentía mucho mejor, con menos energía de lo habitual, quizá, pero lo suficientemente repuesta como para mostrarse ante su prometido y salir de entre aquellas cuatro paredes.

Se percató, además, de que su vestido de novia, que había permanecido colgado en la habitación desde que llegaron a Compton, había desaparecido. No supo en qué momento durante la fiebre decidieron trasladarlo, tal vez se tratase de alguna superstición.

Mientras pensaba en ello, llegó su madre, a la que veía bastante poco desde que se encontró mejor.

—¿Cómo te sientes, Alice?

—Bastante bien, madre. Me veo repuesta para arreglarme y

bajar al salón. Mi prometido pensará que soy una mujer débil y enfermiza si sigo sin dar la cara —le aseguró mientras tomaba el cepillo y comenzaba a arreglar su cabello, que lucía suelto y despeinado.

—No es necesario que tengas prisa. Lo más importante es tu recuperación —añadió Cecilia, vacilante.

—Estoy bien. —Sonrió—. Le agradezco sus cuidados y su preocupación, pero apenas queda una semana para la boda y... ¿qué ha ocurrido con el vestido de novia? ¿Dónde está?

Una expresión de extremo sonrojo, apuro y vergüenza se apoderó del semblante de la mujer, y agachó la cabeza para evitar que Alice se recreara en ella.

—Hija, hay algo que ha ocurrido mientras estabas enferma y debes saber...

La muchacha suspiró algo inquieta. No apartó los ojos de su madre y le dio tiempo para que prosiguiera.

—El vestido de novia... está en la alcoba de tu hermana. No hay tiempo para hacerle otro. Ella... va a casarse con lord Compton.

—¿Qué? —preguntó Alice a la vez que esbozaba una sonrisa, incrédula—. Creo que he oído mal... No la he entendido.

Cecilia hizo amago de acercarse a Alice, pero lo pensó mejor y se detuvo. Caviló que, si se acercaba a ella y la abrazaba, la muchacha se desharía en llanto y no estaba acostumbrada a lidiar con arrebatos de dolor o enfado. Retrocedió un paso y, maldiciendo la suerte que la destinaba a ser quien le contara las nuevas a su hija, prosiguió:

—Durante los días en los que estuviste enferma, el marqués y tu hermana se hicieron mutua compañía y... él nos solicitó la mano de Millie.

Alice volvió a reír, aquello se trataba, sin duda, de una broma.

—Pero él ya pidió mi mano. Es mi prometido, vamos a casarnos. No tiene gracia, madre... Es una broma de mal gusto por parte de quien sea —dijo finalmente, mostrando incredulidad y cierta aprensión.

Cecilia se tapó la boca con una mano, sobrepasada por los últimos acontecimientos de aquellos días. Millie se tomó muy a pecho lo de acompañar al marqués y distraerlo. A ella aquello no le había gustado, pero había tenido la aprobación de su esposo.

Los acontecimientos, entonces, se habían desencadenado de la peor manera. Millie había llamado la atención del marqués y este se había encaprichado con ella hasta el punto que les había comunicado que no se casaría con Alice porque había encontrado en el carácter y la forma de ser de Millicent a alguien más afín.

Y les había dado un ultimátum, o Millie se convertía en su esposa o no habría boda.

Tal vez Cecilia hubiera regresado a su hogar con dos hijas sin casar, pero su esposo, mucho más práctico y después de años de espera y préstamos que pensaba cobrarse tan pronto Alice se convirtiera en marquesa, decidió que se tragaría sus escrúpulos y permitiría que Millie fuera la esposa de Michael Weston. Al fin y al cabo, una de sus hijas se convertiría en marquesa, tal y como lo había planeado. Alice debería conformarse y se repondría a su debido tiempo, estaba convencido.

Mientras recordaba lo sucedido, Cecilia no supo cómo explicarle a su hija que no se trataba de una broma y decidió pedir la ayuda de su esposo.

—Voy a solicitarle a tu padre que hable contigo —le dijo nerviosa —. Él te contará lo sucedido.

Alice se adelantó hasta donde su madre se encontraba y la tomó de la muñeca en un gesto que nunca antes se hubiera atrevido. Sin

embargo, sabía que si no la sujetaba se marcharía sin contestarle, y necesitaba saber.

—Madre..., dígame que no es verdad. Después de todos estos años...

Cecilia se deshizo de su agarre de inmediato.

—Tu padre... te explicará.

Escapó de la habitación y Alice contempló como un autómata el cepillo con el que había estado peinándose hacía un momento y que aún sostenía en su mano. Lo impulsó con rabia hacia la ventana y su choque la destrozó en un estallido de cristales rotos.

Pronto acudieron algunos criados alertados por el ruido y, tras ellos, los condes de Stoneham, quienes los echaron de la alcoba sin contemplaciones.

—Alice, ¿qué está ocurriendo? ¡Compórtate! El marqués va a pensar que estás desquiciada —le ordenó su padre, tan pronto su madre cerró la puerta para ponerlos a salvo de oídos curiosos.

—¿Al marqués le importan mis circunstancias? Dígame la verdad, dígame qué ha sucedido mientras yo estaba enferma —pidió la muchacha al borde del llanto.

—Ese maldito bastardo nos ha puesto en una desagradable tesitura. Se ha encaprichado de tu hermana y quiere casarse con ella.

—Está comprometido conmigo ¡desde hace tres años!

—Debí haber insistido en que os conocierais —murmuró más para sí mismo que para ser oído—. Tal vez sus preferencias por Millie hubieran asomado antes y no habría tenido lugar esta situación tan desagradable.

—¿Qué piensa hacer? ¿Va a consentir...?

—No encuentra afinidad alguna contigo, Alice, según me ha revelado. Sus preferencias se decantan por Millie —contó una vez

más, peinándose con los dedos el cabello hacia atrás en un ademán exasperado—. No puedo hacer otra cosa más que consentir.

—Qué situación tan desagradable, en verdad... —ironizó con amargura Alice—. No para Millie, ni para usted ni para madre; al fin y al cabo, obtienen lo que quieren. Por supuesto, tampoco para el marqués, a quien sus deseos le son concedidos... La única vilipendiada, la única que ha perdido más de tres años de su vida viviendo por y para un individuo sin corazón y sin escrúpulos he sido yo. ¡Yo! —gritó con todas sus fuerzas—. Y voy a convertirme en el hazmerreír de todo Londres, ¡de toda Inglaterra! —continuó gritando mientras arrojaba al suelo las vasijas, perfumes, polveras y peines que estaban sobre el tocador, con rabia.

—¡Detente, Alice! —Su padre la tomó de los hombros con fuerza —. ¡Escúchame! No podía negarme. No imaginas el dinero que he invertido en esta boda. No puedo dar marcha atrás... Además, tu hermana iba a casarse con él con o sin nuestro consentimiento.

—Y lo habéis permitido, tiene vuestra aprobación —sentenció ella viendo a su padre a los ojos, retándolo con una mirada que mostraba una profunda decepción e ira.

Jamás se había enfrentado a él. Había sido una muchacha obediente y cumplidora. Había vivido en función de sus deseos, y ahora se sentía como una tonta, como una marioneta estúpida y desechable. Puede que sus expectativas en cuanto al marqués no se hubieran cumplido, pero su familia, lo más importante que tenía, le había fallado. Sus padres, su única hermana...

Incapaz de soportar la vergüenza y el dolor que la embargaban, se echó a llorar cuando su padre la soltó y se alejó de ella. Nadie se quedó a consolarla. Oyó el sonido de la puerta al cerrarse cuando los dos salieron de la habitación.

Capítulo 8

Atardecía cuando Alice encontró, al fin, una extraña paz en su interior y se sintió lúcida después de mucho tiempo sumida en míseros pensamientos. Había pasado gran parte del día dándole vueltas a lo ocurrido, envuelta en una sensación de derrota, de vacío, de consciencia de cuán insignificante era para todos.

Su familia no la había protegido, mucho menos su propia hermana, quien se había erigido en su verdugo y la detonante de su caída en desgracia. ¿Qué pensaría la gente de lo sucedido? ¿Qué murmurarían y cuchichearían todos a sus espaldas? Su hermana estaría protegida al convertirse en la esposa de un marqués. Nadie se atrevería a insinuarle nada. Ella, en cambio, se encontraba a los pies de los caballos.

La esforzada, discreta, obediente, responsable y estudiosa Alice Coombe había ido ilusionada al encuentro de su prometido, había decidido amarlo y hacerse agradable a sus ojos para que él también la amara. Sin embargo, aquellos años de espera, de sacrificio, no habían servido de nada, habían sido en vano.

Probablemente si le hubiera permitido ciertas libertades el día de

la lluvia, pensó maliciosa, si hubiera dejado que él la tomara a su antojo... tal vez ahora el vestido de novia continuaría colgado en su alcoba.

Durante esos momentos de lucidez tras horas de llanto y enfado, se dio cuenta de que ningún sentimiento de amor verdadero la había atado a Michael Weston. Se había enamorado de una ilusión, de un ideal que solo estaba en su cabeza. En todos los años en los que mantuvo su compromiso él no había hecho por verla ni por visitarla, ni siquiera el día de su fiesta de despedida. Aquello había sido suficiente motivo para hacerle ver que no era un hombre enamorado el que iba a encontrarse en Compton.

Comenzar a conocerlo no había mejorado su impresión... No, no lo amaba. Amaba la idealización que había hecho de él a lo largo de los años en los que había estado comprometida. Se había obligado a hacerlo para creer que su sacrificio tendría una recompensa, que sería apreciada y amada. Sin embargo, su rechazo, la elección de su hermana, como si se tratara de cambiar un traje por otro, le dolía y la encolerizaba hasta límites insospechados.

Su hermana..., quien no se había atrevido a dar la cara, quien ni siquiera la visitó mientras estuvo enferma porque había estado muy ocupada haciéndose agradable a ojos de su prometido.

Decidida, salió de la habitación y recorrió los pocos pasos que la separaban de la alcoba de Millie. Esta había sido tan cobarde que ni siquiera había ido a verla, a contarle lo sucedido, a darle alguna explicación, pero ella misma se la exigiría.

Abrió la puerta de la alcoba y se dirigió a la cama dispuesta a despertarla, pero se encontró con una estancia vacía. Se extrañó un instante; al poco, entendió. Y, extrañamente, aquello no la enfadó más. Solo le hizo comprender cuán fácil hubiera sido mantener el compromiso...

Encendió una vela y se sentó en una butaca junto a la ventana. La esperaría. Le preguntaría si estaba satisfecha de lo que había conseguido, si aquello la hacía feliz.

Amanecía cuando Millicent regresó al fin a la alcoba, y aunque Alice se encontraba adormilada, se despabiló tan pronto llegó. Se puso en pie de súbito, dándose cuenta de que los primeros rayos de sol ya entraban por la ventana y que se había quedado desvelada en el sillón durante gran parte de la noche.

—Alice... —murmuró alarmada una ojerosa y despeinada Millie al verla.

—¿Te ama, Millie? —le preguntó sin rodeos su hermana—. ¿Ha descubierto en estos pocos días que siente mariposas en el estómago por ti o se trata solo de deseo?

Nunca antes había sido Alice tan cruda y clara. Aquello asustó a Millie. Miró con disimulo hacia atrás por si pudiera marcharse, escapar de una incómoda situación que creyó que sus padres solventarían y no tendría que enfrentar a solas.

—¿Y tú qué sientes por él? —continuó preguntando Alice ante la nula respuesta de ella—. ¿Has encontrado a un hombre cuyas virtudes lo hacen merecedor de traicionar a tu propia hermana?

—Él y yo nos entendemos, Alice —se defendió Millie, visiblemente incómoda—. Hemos descubierto que somos afines, nos unen motivaciones comunes.

—No lo dudo. Supongo que tuvisteis tiempo de hablar sobre ello mientras estuve enferma.

—Tú no lo hubieras hecho feliz —continuó, sin preocuparse por lo que Alice le recriminaba.

—¡Qué comprensiva ante sus deseos y los tuyos propios, supongo! ¿Te paraste a pensar, en algún momento, en que lo que hacías no estaba bien? ¿En hacerme saber lo que pensabais? ¿O en

qué, tal vez, herirías mis sentimientos?

—Él tampoco te hubiera hecho feliz —prosiguió Millicent—. No es el hombre que imaginas, aquel que idealizaste y cuyo carácter presuponías en tus cartas. Se hubiera aburrido enseguida de ti y tú te hubieras convertido en una desdichada.

—Oh, vaya... Debo agradecerte entonces que me haya repudiado. Supongo que también debo estarte agradecida por convertirme en la comidilla de toda Inglaterra, el hazmerreír de todos, la pobre e insulsa prometida desechada a causa de su propia hermana... Tú, tan noble y abnegada, te has interpuesto en nuestro camino, te has sacrificado, incluso, porque vaticinas que yo no seré feliz y él tampoco. Por supuesto en el asunto no tiene nada que ver el hecho de que durante todo el compromiso estuviste leyendo a escondidas mis cartas, deseando mi suerte y que, finalmente, aprovechaste mi enfermedad para meterte en su cama... —ironizó con enojo—. ¡Ah!, pero aunque yo no hubiera estado enferma tú lo habrías intentado, ¿verdad? El hecho de que lo hicieras con más soltura mientras yo intentaba sobrevivir a la fiebre solo deja muy claro el alcance de tu ambición y tu egoísmo.

—Es suficiente, no quiero seguir oyéndote. Márchate.

—A él apenas lo conozco, aunque no quiere decir que no me importe la manera tan mezquina y cruel en la que me ha tratado, pero tú... Me apena saber lo poco que represento para ti —prosiguió con amargura, haciendo oídos sordos a la petición de Millie—. Si al menos me hubieras confesado que lo querías... Si hubieras venido a mi alcoba para hablarme de amor... Sin embargo, lo has elegido a mi costa, sin importarte mi sufrimiento, sabiendo que no lo quieres, que solo amas lo que representa...

—¡Se trata del resto de mi vida! Tú no le dabas importancia al hecho de convertirte en marquesa. No ibas a aprovecharlo como yo

lo haré. Dices que soy egoísta, pero tal vez tú también lo fueras por acceder de forma tan fácil a algo que no valoras. Ser la mayor te posibilitó ser su prometida, pero no lo merecías. Era injusto, Alice, porque no ibas a disfrutarlo.

—Supongo que te sientes satisfecha con esa explicación. No pudiste esperar a ver qué te tenía reservado padre. Tenías que robarme mi vida... y todos los años que pasé preparándome para este momento. Está bien, Millie, espero que nunca te arrepientas de lo que has hecho... No, no lo harás... Estoy casi segura de que seréis muy felices, sois tal para cual.

Antes de salir, Alice vislumbró su vestido de novia colgado junto al armario. Sintió un pellizco de profunda decepción y desánimo en el fondo de su alma, pero no quiso seguir recriminándole nada más a su hermana. Desde niña había sido caprichosa, volátil, egoísta, deseosa de conseguir cualquier cosa que ella tuviera. ¿Cómo no lo había previsto?

De cualquier forma, Millie no era la única culpable. Compartía responsabilidad con Michael Weston, aunque quien en verdad la había dañado era ella, su hermana. Sus acciones habían abierto una brecha entre ellas que dudaba que algún día pudiera perdonar.

Alice se recluyó en su alcoba el resto del día. La doncella le fue llevando una bandeja con las comidas y le preguntaba esporádicamente si necesitaba alguna cosa, con una mirada de compasión que le hizo saber a la muchacha que su situación ya era de dominio público entre los criados y pronto lo sería en el resto de su mundo.

Extrañamente serena, estuvo pensando sobre sus circunstancias a lo largo del día. Al caer la noche había tomado una decisión. Le pidió a su doncella que avisara a su madre para hacérselo saber.

Cecilia se presentó un buen rato después. No había visto a su

hija desde el arrebato de ira del día anterior y se alegró de encontrarla calmada.

—Madre, quisiera saber si la boda se ha pospuesto o la fecha se mantiene —inquirió sin preámbulos, aparentando una tranquilidad que no tenía.

—Nada ha cambiado...

—Ni siquiera el vestido, tan solo lo más prescindible, la novia...

—Alice, por favor, sé comprensiva. Tu padre se encargará de buscarte, a su debido tiempo, un caballero...

—No. No habrá más caballeros ni imposiciones... nunca más. Y no deseo, bajo ningún concepto, asistir a la que iba a ser mi boda —espetó con firmeza.

—Pero... dará la sensación de que estás molesta.

—Estoy mucho más que molesta, madre. Y si me obligáis a ir, gritaré, lloraré y patalearé, no me importará dar un espectáculo de lo más entretenido en plena ceremonia, te lo aseguro.

—Alice, no te reconozco.

—Las circunstancias me han cambiado.

—¿Acaso quieres permanecer aquí encerrada mientras tu hermana se casa?

—En absoluto. Quiero marcharme lo más lejos posible. Mañana mismo.

—¿Y dónde piensas ir?

—Hay un convento en Isleworth, el Gumley House de las Hermanas del Sagrado Corazón, que se dedica a enseñar a niñas. Deseo acogerme a su amparo.

—¡Alice! No es necesario, tu padre...

—¿Me comprará un esposo al que no le importe que haya sido repudiada por un pretendiente anterior?

—El tiempo contribuirá a calmar las aguas.

—Ya no estoy dispuesta a permanecer a la espera de nada. No voy a mantenerme expectante de lo que otros decidan sobre mi vida. He tomado una decisión, madre, y me marcharé por la mañana. No necesito nada. Le pediré a un criado que me acerque a Dorchester cuando vaya a la ciudad. Tomaré un carruaje de postas hasta Londres e ingresaré en Gumley con lo puesto.

—Tu padre no lo permitirá.

—Entonces, tal vez lo próximo que arroje por la ventana no será un cepillo, sino a mi pobre y desdichada persona.

—Oh, Dios mío, Alice... Ni lo menciones. Hablaré con tu padre. Encontraremos una solución.

Capítulo 9

Cecilia no perdió un instante, asustada ante la firme decisión de Alice de marcharse a Dorchester, y fue a buscar a su esposo. En el fondo podía comprenderla, podía entender su tremenda desilusión después de tanto tiempo esperando un destino que de la noche a la mañana había mudado sin que ella pudiera haber hecho algo.

Acudió a la alcoba del conde y estuvieron hablando durante largo tiempo. Tomaron una decisión; y tan pronto despuntó el día, lord Stoneham mandó a un criado a la oficina de correos de Dorchester con la misión de que una carta fuera enviada lo antes posible, a cualquier precio.

Charles y Cecilia Coombe llamaron a la puerta del dormitorio de su hija mayor pensando que se encontraría todavía en la cama, pero lo cierto era que ya se había levantado y vestido y se encontraba empacando una muda en un bolso de viaje de un tamaño que ella podría llevar con facilidad.

Sus ademanes decididos sorprendieron a ambos.

—¿Puedo saber qué es lo que haces, Alice? —Quiso saber su padre con un tono ligeramente airado. Nunca su hija mayor lo había

desafiado. No tenía constancia de que hubiera actuado alguna vez sin su beneplácito, y aquello lo sorprendía sobremanera.

—Padre, madre, me alegra que hayan venido a despedirme, en cualquier caso, yo iba a hacerlo. En un rato me marcharé a Dorchester. Ya he hablado con uno de los criados y va a llevarme.

—No es necesario que te tomes la molestia.

—Mi única molestia es permanecer aquí alojada por más tiempo, a expensas del marqués de Compton.

Charles Coombe inspiró profundamente.

—Alice, quiero que sepas que esta situación me agrada tan poco como a ti. Entiendo tu preocupación y la necesidad de desaparecer por un tiempo, pero no es necesario que ingreses en una institución religiosa.

—He de hacerlo. Es la única manera en que se me permitirá tener cierto control sobre mi vida.

—¿Te das cuenta de la importancia de tu decisión? —preguntó preocupada Cecilia—. Nunca antes expresaste deseo alguno por sacrificar tu vida de esta forma.

—Nunca antes me permití expresar nada... Soy muy consciente de que no es la situación que yo hubiera elegido, pero es la única que me aportará el anonimato que necesito, y paz de espíritu. ¿Os dais cuenta del revuelo que tendrá lugar cuando se sepa que el marqués de Compton ha cambiado a su prometida desde hace más de tres años por su hermana menor? ¿Dónde podré esconderme para no lidiar con las miradas, con los cuchicheos, dónde podré ir para que mi profunda decepción no suponga una mofa pública?

—No es conveniente, Alice, que tomes una decisión tan trascendental para tu vida en un momento tan delicado. Deberías pensarlo. —La muchacha intentó protestar, pero Charles prosiguió—. Esta mañana he enviado una carta a Kendal en la región de

Cumbria. —Alice frunció el ceño con extrañeza—. Allí vive mi hermana Edith.

La sorpresa se reflejó en el rostro de la joven. Miró a su madre, quien parecía conocer la actuación de su padre y estar de acuerdo. El conde y su hermana dejaron de mantener contacto hacía muchos años, desde que Edith decidió casarse con un caballero sin fortuna, por amor, y no obtuvo el permiso de su hermano. Ella la había visto siendo tan niña que apenas la recordaba, aunque sí conservaba fresca en su memoria la escena del que fue, probablemente, el último encuentro entre su padre y su tía.

Desde entonces, Charles se había desentendido de su hermana. Había roto, hasta ahora, toda relación con ella al desobedecer sus deseos. ¿Por qué se había puesto en contacto con ella?

—Le he pedido que no tenga en cuenta nuestras desavenencias —continuó su padre como si le leyera el pensamiento—, y que te acoja en su hogar durante un tiempo. Nunca lo he contado, pero Edith quedó viuda hace unos años y he supuesto que le alegrará verte. Siempre fuiste su favorita. Allí podrás ser una desconocida, la sobrina de Edith Neville, y tener el anonimato y la paz que deseas.

El conde calló y espero la respuesta de su hija. Alice contempló los rostros expectantes de sus padres y meditó durante unos instantes. Pensó en su tía Edith, de quien tenía un recuerdo borroso, pero siempre alegre, a quien recordaba con una sonrisa para ella y como la tomaba en sus brazos con cariño mientras la cubría de besos. Recordó también la única vez que su rostro alegre se empañó con lágrimas... Y lamentó haberla olvidado, no haberle escrito tras tantos años, haber acatado la orden de su padre de no incluirla entre los invitados de... ¿qué boda?

Casi sin pensar, asintió. De repente quería volver a verla y mostrarle su admiración por haberse enfrentado a su padre y haber

elegido su propio destino, algo que ella nunca tuvo el valor de hacer.

—Acepto siempre y cuando pueda marcharme en este mismo instante. No quiero permanecer un solo minuto más bajo este techo.

Cecilia exhaló un suspiro.

—Podrías preparar tu partida con más tiempo. Arreglar convenientemente tus baúles...

—No serán necesarios todos esos vestidos lujosos, con algunas mudas sencillas bastará. No quiero ninguna prenda del ajuar que pensaba estrenar durante la luna de miel. Puedes dárselas a Millie, que las arregle a su gusto. Si va a utilizar mi vestido de novia, no le importará usar también el resto de mis prendas —añadió mostrando su profunda decepción.

—Supongo que no querrás despedirte... —aventuró a decir Cecilia.

La mirada que le dirigió Alice fue lo suficientemente contundente, pero por si quedaba alguna duda, añadió:

—Ya me despedí de Millie anoche, no hace falta que nos digamos nada más. En cuanto al marqués... no deseo verlo, no siento ninguna necesidad de reclamarle ni de sentir su desprecio.

Cecilia no tenía constancia de la conversación entre las hermanas, pero no quiso remover aún más la herida, por lo que no preguntó nada.

—Voy a pedirle al cochero que tenga listo el vehículo para el viaje hasta Kendal, entonces —añadió el conde—. Avisaré a la doncella para que te acompañe, es un viaje largo de varios días y tendrás que alojarte en alguna posada del camino. No es conveniente que vayas sola.

—No quiero llevar a ninguna sirvienta. Me las apañaré. No voy a llamar la atención llevando a una doncella personal que dé una impresión que no quiero mostrar o pueda revelar detalle alguno de

mi persona.

—Pero... ¿no te importará hacer sola tan largo viaje? —cuestionó su madre.

—En absoluto. Será... liberador. Padre, ya he preparado mis cosas, quisiera marcharme lo antes posible.

—Está bien, Alice. Aguarda unos minutos, enseguida estará listo el carruaje.

Charles y Cecilia Coombe salieron de la alcoba y cerraron la puerta tras ellos. Antes de que el conde se marchara para dar las instrucciones pertinentes, su esposa le preguntó:

—¿Crees que a Edith no le importará acogerla en su casa?

—Espero que lo haga. No me he portado bien con ella. Ni siquiera le manifesté mi pésame por la muerte de su esposo, aunque me escribió transmitiéndome la noticia hace algunos años. Sin embargo, sé que no es una mujer rencorosa. Estoy seguro de que no pagará con su sobrina los errores de mi comportamiento.

—¿Piensas que la carta llegará antes que Alice?

—Un jinete a caballo es mucho más rápido que cualquier carruaje con viajeros.

—Me asusta pensar que vaya sola...

—Le indicaré al cochero que haga noche en posadas de reconocida confianza.

—Quizá debimos dejarla hacer su voluntad. Ingresar en un convento no es la peor de las opciones.

—Para mí, sí, Cecilia. ¿No te das cuenta de que si toma los hábitos perderá la oportunidad de contraer un matrimonio conveniente? Le dejaremos un tiempo para que se recomponga y después se encontrará más dispuesta a rehacer su vida con un esposo adecuado. Me aseguraré de que en esta ocasión sea un individuo formal y redactaré un contrato matrimonial que no tenga

manera de incumplir en ningún caso.

—Sí, y sobre todo ya no estará Millie disponible —suspiró.

—Ella ha conseguido lo que quería, que al fin y al cabo es lo que todos deseábamos, un marquesado para la familia. Y estoy seguro de que a su debido tiempo, Alice también se plegará a nuestros deseos, aunque no se trate de un marqués. Quizá algún barón o un conde de cierta edad, sin que los arrebatos propios de la juventud lo hagan actuar impulsivamente.

Cecilia no lo tenía tan claro como su esposo. La decepción de Alice había sido terrible, no solo por su prometido, sino por la implicación de su hermana en todo el desagradable «asunto». Quería creer que el tiempo suavizaría las heridas, y una vez que Millicent viviera lejos, Alice volvería a mostrarse dispuesta.

Sin embargo, su corazón de mujer le decía que olvidar aquello sería realmente difícil, y una vez que Alice, quien ya había empezado a decidir sobre su vida, aprendiera a valerse por sí misma, no estaría dispuesta a mostrarse tan sumisa como lo había sido hasta entonces.

Capítulo 10

El viaje en carruaje hasta Cumbria resultó largo y tedioso, aunque tenía que reconocer que hacerlo en un coche de su propiedad y a solas era mucho más cómodo que viajar en uno de postas donde hubiera tenido que compartir espacio con todo tipo de viajeros. Sin embargo, en la última parada, a falta de un día para alcanzar su destino, le pidió al cochero que regresara a Dorchester, ya que ella no pensaba llegar a casa de su tía en un vehículo con el sello del conde de Stoneham.

El cochero atendió su mandato, no demasiado convencido, pero dado que se encontraba en una de las posadas del camino donde los viajeros solían pernoctar y que un carruaje de postas llegaría al siguiente día con destino a Kendal, se plegó a los deseos de la pobre muchacha. Alice Coombe siempre le había parecido una joven dama sencilla y amable, educada y atenta, nada que ver con la arpía con ínfulas de su hermana, pensó, quien en esos instantes se estaría casando con el prometido de la desgraciada joven.

Alice leyó en los ojos del hombre sus pensamientos sin necesidad de que los expusiera en voz alta y se sintió mortificada.

Nada le dijo, pero se alegró de mandarlo de vuelta y de poder llegar a casa de su tía sin que un carruaje delatara su procedencia.

¿Sabría la gente del pueblo que Edith Neville era hermana del conde de Stoneham? ¿Sería conocedora su tía de lo que le había ocurrido? Lamentó no haberle preguntado a su padre qué le había contado a su hermana en la carta, pero, en esos momentos, estaba tan disgustada que no quiso más que huir del lado del marqués, quien ni siquiera se había tomado la molestia de disculparse o despedirla.

Esperaba que su tía no supiera nada y no le preguntara por sus circunstancias. No quería que nada ni nadie le recordara su compromiso, ni volver a hablar del asunto. Le causaba dolor y una profunda vergüenza.

Tuvo que esperar un día y medio en la posada hasta que pudo encontrar un asiento libre en uno de los carruajes de viajeros. Tras unas horas de viaje, se bajó en un cruce de caminos que la llevaría hasta la dirección que su padre le había dado.

Tomó su bolsa de viaje y se puso en marcha sin prisa. Era mediodía y aún quedaban algunas horas de luz. De todas formas, le habían asegurado que aquella dirección se encontraba a menos de una hora andando. Caminó por un sendero de tierra, bastante decente, y se dejó llevar por la calma y la serenidad del día.

Aunque la mañana había despertado nublada y algo fría, el ejercicio contribuía a hacerla entrar en calor. Los vastos campos de cultivo, los lejanos bosques de elegantes fresnos y plateados abedules, donde una niebla ligera se ocultaba, acompañaban su mirada. El terreno ascendía y descendía con comodidad, las montañas escarpadas quedaban a lo lejos. De vez en cuando un rayo de sol hacía su aparición y un tímido arcoíris adornaba la bóveda celeste. Aquel bucólico paisaje contribuía a serenar su

espíritu.

Casi sin darse cuenta, Alice llegó a las primeras casas de la villa y preguntó a una mujer, que se afanaba tendiendo sábanas sobre unas cuerdas en la parte trasera de una pintoresca casa de paredes de piedra y tejado a dos aguas.

La señora, con un acento diferente al londinense, le indicó, amable, dónde se encontraba la casa de Edith Neville y le mandó saludos para ella. Al parecer, todos se conocían en el pueblo y Alice se dio cuenta de lo ansiosa que estaba la mujer por saber qué relación la unía a su vecina. No obstante, se despidió presurosa y siguió su camino.

Recorrió algunas calles amplias donde no se cruzó con un solo carruaje, tan solo se apartó ante un carromato cargado de calabazas, conducido por un anciano que la saludó con un golpe de su gorra, y un vecino seguido por su perro, que le preguntó, solícito, si podía hacer algo por ella. La joven negó con una sonrisa tímida, le dio las gracias y siguió adelante.

Las casas estaban construidas en piedra, con fachadas encaladas algunas, y mostraban una disposición simétrica, puertas de madera en el centro y ventanas a ambos lados con macetas colgando de ellas y un pequeño jardín a la entrada, al que se accedía traspasando una verja a media altura que solía permanecer abierta. La separación entre ellas era más que suficiente para permitir la intimidad. Alice había visto construcciones de todo tipo en Londres y en Brighton, aunque nunca había vivido en una casa tan pequeña y cercana a un vecino.

Casi sin darse cuenta se encontró frente a la casa de su tía. Se detuvo delante de la valla de madera de la entrada que cercaba la vivienda. Tomó aire un momento, empujó la portezuela y la abrió con un ligero chirrido. Vio moverse las cortinas tras las ventanas, y

antes de que pudiera tirar de la campana, la puerta se abrió.

Una mujer algo más joven que su padre, en torno a los cuarenta y muchos años, de cabello rojizo con hebras grises y brillantes y claros ojos verdes le dio la bienvenida. Era Edith, la reconoció de inmediato y, por un instante, se preguntó cómo podía haber olvidado lo físicamente parecidas que eran.

—Alice, mi querida niña, ¡cuánto has crecido! —la saludó abriendo los brazos para acogerla entre ellos como si no hubiera pasado más de una década desde la última vez que se vieron.

Ella se dejó envolver por el cálido cuerpo de su tía y aspiró su olor a lavanda y galletas recién horneadas. Le supo familiar, aunque le sorprendió lo pequeña que le parecía ahora. Le sacaba una cabeza cuando en sus recuerdos infantiles ella apenas le llegaba a la cintura.

—Tía Edith... —musitó cuando se separaron tras el acogedor abrazo. Sus ojos, tan verdes como los de su tía, brillaban emocionados.

—Bienvenida a mi casa, querida Alice. Entra, te esperaba ansiosa... ¿Dónde está el carruaje? ¿Y tus cosas? —Quiso saber asomándose más allá de la puerta hasta la valla que delimitaba la propiedad.

—Solo traigo esto. —Señaló la bolsa de viaje que había dejado a un lado cuando correspondió al abrazo de su tía.

—Oh, ¿has venido en un carruaje de postas? —Se sorprendió.

—Desde Lancaster, tía. Mi padre me envió en su propio carruaje, pero no quise que me delatara si este me dejaba justo en tu puerta. Preferí llegar de forma... anónima.

Edith la contempló con la intriga asomada a su rostro, pero nada dijo. Si quería mantener su anonimato así sería. Lo cierto es que la carta de su hermano la había dejado con más dudas que certezas.

Después de tantos años ignorándola, se había puesto en contacto con ella pidiéndole que acogiera a su sobrina, que debía ausentarse de Londres por «imperiosa necesidad». Nada le explicaba. Añadía que todos los gastos que le causara le serían retribuidos con una compensación extra por las molestias. Por supuesto, Edith no pensaba cobrarle ni un solo penique por amparar a su sobrina, aunque le hubiera gustado que hubiera habido algún amago de disculpa en aquellas breves líneas, alguna explicación a su abandono durante tantos años.

De cualquier forma, no le extrañó en absoluto su tono. Seguía actuando y mostrando la forma de ser que lo comenzó a caracterizar en cuanto consiguió convertirse en alguien rico y poderoso. Se volvió un hombre frío, insensible, ambicioso, que se creía con el derecho de manejar las vidas de los demás a su antojo, en su beneficio. Se preguntó qué habría sucedido con Alice, pero no la atosigaría con su curiosidad. Los ojos de la muchacha hablaban de sufrimiento y desengaño, aunque no les diera voz a sus sentimientos.

—Pasa, Alice, ahora estás acalorada por la caminata, supongo que el coche de postas te habrá dejado en el cruce de Tisdale, pero pronto tendrás frío. Acércate al fuego y ponte cómoda. Me llevaré tu bolsa y te traeré un té. Enseguida regreso.

La hizo pasar a una sala de estar diminuta, si la comparaba con las estancias de su casa y de las mansiones que solía frecuentar. La muchacha se quitó el abrigo, lo dejó sobre una butaca y se acercó al fuego para calentarse las manos, que tenía heladas pese al ejercicio físico.

Comenzó a notar como el calor regresaba a ellas, y ya más tranquila, al percatarse del acogedor recibimiento de su tía, vagabundeó curiosa por el reducido espacio. Las paredes estaban encaladas, nada de papeles pintados que la recubrieran, los altos

techos se encontraban sostenidos por fuertes vigas de madera oscura y una sencilla lámpara colgaba del centro.

Una especie de aparador de nogal al fondo mostraba algunos objetos decorativos y un par de fotografías en sepia enmarcadas en elegantes molduras doradas. Delante del mueble, dos butacas, una mesa redonda vestida con una delicada funda floreada y varias sillas a juego con el aparador dispuestas junto a la pared constituían todo el mobiliario. Sobre el dintel de la ventana, algunas macetas de distintos tamaños lucían sus pequeñas flores azules y violetas.

Todo el conjunto resultaba acogedor y sencillo, hogareño. Le gustó de inmediato.

Se acercó al mueble del fondo para observar los daguerrotipos de cerca. En uno de ellos se recreó en la visión de su tía, más joven, de pie junto a un hombre con uniforme militar que permanecía sentado y daba la mano a un niño de cinco o seis años. Ambos lucían el cabello rubio, su parecido era más que evidente y a duras penas podían contener la sonrisa, a pesar de que las poses ante las cámaras eran prolongadas, aburridas y se aconsejaba siempre componer un gesto serio para la posteridad. Se fijó en el rostro de su tía y reconoció en él la paz y la serenidad que da la felicidad. Aquel debía ser su esposo, pero... ¿y el niño?

En el marco que se encontraba a su lado había otra imagen del mismo niño, no le cabía duda, tomada algunos años después. Debía tener unos doce años, pero su mirada y su gesto eran más serios, casi tristes.

Edith entró llevando una bandeja, y Alice dio un respingo ante su inesperada entrada.

—Oh, querida, ¿te he asustado? Tendré que comenzar a hacer ruido cuando camine por las estancias. Estoy tan acostumbrada a estar sola que no me he percatado de lo silenciosa que puedo ser.

—No se preocupe. Estaba distraída.

—¿Admirabas las fotos de mi familia? —Alice asintió—. Ese es mi hijo Joseph, llamado así en honor a su padre. Es el militar que está a su lado, como habrás imaginado. —Edith notó la desazón en la persona de su sobrina e imaginó que era ajena al acontecer de su vida—. Mi esposo murió hace once años. Era capitán de infantería. No regresó del sitio de Sebastopol, en Crimea.

—Lo siento mucho, yo... apenas me enteré hace unos días, pero no sabía que habían tenido un hijo.

—La luz de mis días... Se encuentra en la academia militar de Sandhurst, en Surrey. Pese a mis intentos por disuadirlo, heredó la fascinación de su padre por la vida militar y lo admitieron en cuanto lo solicitó por ser hijo de un heroico capitán fallecido en acto de servicio. En unos pocos años se encontrará más que preparado y dispuesto a marcharse a cualquier parte donde la Corona lo necesite para gloria de esta. ¿Sudamérica, China, la India, tal vez? Es mejor no pensarlo —dijo suspirando con tristeza—. Pero... siéntate, Alice. Acerca una silla a la mesa. Mira qué surtido de pastelillos y galletas te he preparado.

—Huelen muy bien, tía Edith. Es usted una gran cocinera.

—¡Ah! Tienes que tutearme, Alice. No puedo creer que hayas olvidado lo muy unidas que estábamos cuando eras una niña. ¡Qué tonta soy! Eras demasiado pequeña y seguro que tu padre nunca volvió a recordarte mi existencia. Ya ves, ni siquiera te contó que tuve un hijo. Yo le escribía pese a su enfado y le contaba cuánto de importante acontecía en mi vida. Nunca me respondió. Incluso cuando falleció mi esposo, dio la callada por respuesta, no recibí comunicación alguna de su parte, ni siquiera unas breves líneas a modo de pésame. Mi decepción por su silencio fue tan grande que no volví a escribirle más.

—Y, a pesar de todo, me has aceptado en tu casa —añadió Alice, tuteándola tal y como le había pedido.

—Por supuesto, aunque me hubiera gustado que Charles me escribiera algo parecido a unas disculpas por su abandono tras tantos años, pero dado que esto no ha sucedido, no voy a castigarte por el comportamiento de mi hermano. Ya he dejado de creer en su bondad y he perdido toda esperanza. Sin embargo, su petición después de largos años de olvido me dice que debe de haber ocurrido algo de extrema gravedad e importancia que te implica, y no pienso mantenerme al margen si se trata de ti.

Alice se mordió los labios, reacia a contarle sus pesares. Sabía que le debía una explicación, pero le angustiaba y le daba un extraño pudor hablar sobre lo ocurrido.

—Tu padre no me ha dicho que haya ningún enfermo en la familia... —tanteó Edith.

—No, todos están bien. Mi padre, mi madre y... Millicent.

—¡Oh, Dios mío! No veo a esa mocosa desde que tenía... ¡dos años! Era de la piel del diablo, inquieta, llorona, caprichosa... no tenía nada que ver contigo, no podíais ser más distintas. Espero que haya cambiado, solía ser un dolor de cabeza para Cecilia y las niñeras.

Alice le sostuvo a duras penas la mirada mientras componía un amago de sonrisa. Ante la desazón de la muchacha y su falta de voluntad por añadir explicación alguna sobre el asunto que la había llevado hasta allí, Edith decidió desviar el tema de conversación. No pensaba atosigarla con exigencias.

—Tienes que probar un pastelillo de cada clase —la animó—. Desde que recibí la carta anunciándome tu llegada, he estado tan impaciente y nerviosa que no veía la hora de volver a verte, y he aplacado mis nervios metida en la cocina horneando un pastel tras

otro. Quizá pienses que solo he hecho estos que ves aquí, pero después te enseñaré la cocina y verás todos los que tengo guardados, y eso que he repartido unos cuantos entre las vecinas. Sobre todo, a la señora Moses, que es la esposa del vicario y mi mejor amiga. Le he hablado muchísimo de ti y está deseando conocerte.

—¿Le has dicho que soy la hija del conde de Stoneham?

—No, solo le he comentado que la hija de mi hermano vendría a verme y pasaría un tiempo conmigo. Nunca les he hablado a los vecinos de Kendal de mi parentesco con un conde. Ellos me conocen por ser la esposa de Joseph Neville, no por mi relación con la aristocracia.

—Seguiremos manteniendo el secreto, entonces. Tampoco quiero que se me relacione en modo alguno con el condado de Stoneham.

—Se hará conforme a tus deseos.

Edith tomó un sorbo del té que había ido sirviendo mientras hablaban y pensó que los modales de Alice delataban a las claras una procedencia aristocrática, pero no sería ella la que contara qué relación la unía al conde de Stoneham. ¿Qué habría sucedido para que su hija mayor quisiera ocultar su parentesco?, se preguntó preocupada.

Capítulo 11

Alice acudió a misa con su tía como casi cada mañana desde que llegara. Dando un breve paseo sobre las suaves colinas de Kendal, entre prados verdes que estallaban al jubiloso mes de junio, Edith y su sobrina alcanzaban el camino empedrado que conducía al templo. Allí encontraba rostros curiosos, desconocidos algunos, familiares otros, puesto que Edith se había propuesto presentarla a todos sus vecinos y Alice había recibido una calurosa acogida por parte de estos.

Cuando la misa terminó y los asistentes agradecieron el sermón del vicario Moses frente a la puerta de entrada, Edith le anunció que acompañaría un momento a la señora Moses a su casa, situada muy cerca del templo, y Alice expresó su deseo de rezar un rato a solas, mientras tanto.

La muchacha volvió a entrar en la iglesia, esta vez vacía, y aspiró su aroma a incienso, sintió la frialdad de sus muros y la infinita sensación de soledad que parecía emanar de los bancos ahora desiertos.

Se reprendió por aquel sentimiento de soledad. No debía sentirse

sola, aquella era la casa de Dios y él debía encontrarse junto a ella, en aquel lugar más que en cualquier otro.

Se arrodilló en un reclinatorio frente al altar y unió sus manos, apretándolas contra su pecho, y bajando la cabeza, contrita, comenzó a orar.

Las palabras salían de su boca convertidas en un susurro, una letanía que no conseguía distraerla de los arraigados sentimientos de decepción, tristeza y culpabilidad por no haber sido del agrado de su prometido, por no decirle la verdad a su tía. Llevaba más de una semana alojada en su casa y ni una palabra acerca del motivo de su llegada había salido de sus labios. Edith no le preguntaba, no inquiría, pero ella sentía que le debía una explicación. Sin embargo..., ¡cuánto anhelaba olvidar los años de ilusiones y desvelo hasta que Michael Weston y su hermana descubrieron su mutua afinidad!

Recordar aquello le provocó un sollozo en voz alta y no pudo evitar estremecerse. Sintió que, si se permitía llorar, rompería el dique que contenía la tristeza de su corazón traicionado, y se dio suaves golpes en la frente con las manos enlazadas para evitarlo.

Creía estar a solas, creía que tendría paz en aquel lugar, pero por el rabillo del ojo vislumbró a un caballero que la contemplaba desde las columnas situadas a su izquierda. Un hombre que llevaba una camisa blanca remangada, chalequillo y pantalones oscuros, alto, delgado, cuyo rostro no alcanzó a ver porque, tan pronto lo percibió, se puso en pie como impulsada por un resorte, abandonando su postura arrodillada, se persignó con rapidez y se dirigió rauda a la salida dándole la espalda, avergonzada, como cogida en falta.

—Señorita... —oyó que la llamaban en un cristalino acento inglés sin asomo del que solían usar por aquellas tierras—, señorita, ¿se encuentra bien?

Alice, aún a riesgo de resultar maleducada, no se detuvo y dejó que el sonido de sus pasos opacase el eco de la voz masculina. Al salir estuvo a punto de tropezar con Edith y la señora Moses, quienes la esperaban en la puerta.

—¡Alice! ¡Cualquiera diría que huyes de un fantasma! ¡Estás pálida! —advirtió su tía.

Alice se pasó, con disimulo, los dedos por su rostro, para eliminar cualquier rastro de lágrimas.

—No, yo... —Miró hacia el interior de la iglesia, pero no encontró señal alguna del caballero que se había interesado por ella y la había visto llorar.

Mientras la joven inspeccionaba el edificio, Edith y la señora Moses cruzaron sus miradas unos instantes.

—Podemos irnos, si quieres —propuso la tía—, tengo pensado elaborar un nutritivo caldo con las verduras que me acaba de regalar la señora Moses y alguna de las gallinas más viejas del corral.

Alice frunció la nariz, pero evitó hacer comentario alguno. Su tía no tenía cocinera ni sirvientas. La señora Moses la ayudaba con la limpieza y las tareas más difíciles algunas mañanas y ella misma se había empezado a ocupar en lavar sus vestidos y arreglarlos de la manera más decente posible. Edith llevaba una vida sencilla y humilde, sin lujos, una existencia que su padre hubiera podido mejorar sin mucha dificultad, pero una vez que hizo su elección y se casó con el caballero de sus deseos oponiéndose a los de su hermano, este se olvidó de ella. Sin embargo, ella parecía en paz y feliz con su vida, constató Alice, excepto por la preocupación de tener a su hijo lejos.

—No te preocupes que no te pediré que me ayudes a desplumar la gallina —le aseguró su tía, riendo, mientras caminaban de vuelta, las dos a solas.

—Nunca me había parado a pensar en lo que había detrás de cada plato que me servían.

—Esa es una de las ventajas de haber conocido la etapa de bonanza de Charles Coombe. Recuerdo que, cuando tu padre y yo éramos unos niños, a veces no había un plato de comida en la mesa. —Alice la miró interesada.

—Mi padre nunca nos ha hablado de su infancia y de esos tiempos... difíciles. Sabemos que trabajó muy duro para alcanzar su fortuna y que siempre ambicionó relacionarse con la clase alta.

—Por eso nunca me perdonó que no me casara con un partido más adecuado a sus intereses justo cuando su buena fortuna estaba despegando. Yo no olvido de dónde vengo, Alice, pero tu padre ha enterrado su pasado en lo más profundo de su corazón.

—¿Crees que mi madre sabe...?

—Tu madre aportó una buena dote al matrimonio y ello sirvió para que Charles hiciera buenas inversiones que trajeron prosperidad a la casa Coombe. Ella, además, es una mujer que lo complementa muy bien, ya que tienen los mismos deseos y expectativas. Yo no fui más que una mancha negra por mi rebeldía, y como tal me borraron de su vida, pero ¿sabes...? Nunca me arrepentí. Volvería a actuar de la misma manera en que lo hice.

—Yo jamás me planteé desafiar a mi padre —confesó Alice—. En el mundo en el que me crie, las hijas obedecemos y no somos más que un instrumento para dar lustre a la familia. A falta de un heredero varón, yo debía plegarme a los deseos de mi padre para solventar mi falta por haber nacido mujer.

—Eso es terrible, Alice.

—No tuve la valentía ni el deseo de oponerme a su voluntad. En realidad, estaba convencida de que hacía lo correcto...

Edith la contempló interesada. No conseguía discernir qué había

llevado a su hermano a enviarla junto a ella si la muchacha no se había opuesto a sus deseos nunca. Estaba segura de que mandarla a Cumbria le habría parecido a Charles un lugar adecuado para desterrarla, un lugar de olvido, ajeno al mundo. ¿Por qué lo había hecho si ella no se había rebelado contra él? Eso era lo que Alice callaba y ella respetaría su secreto.

Caminaron juntas en silencio durante un rato y poco antes de llegar a la casa, Alice recordó, algo avergonzada, al desconocido que la vio llorar en la iglesia.

—Tía Edith, ¿tiene el señor Moses algún ayudante en la sacristía?

—Suele ayudarlo el señor Brown, ya lo conoces.

—Pero es un anciano...

—Así es. ¿Por qué lo preguntas?

Alice negó con la cabeza y sonrió para quitarle importancia. Cuanto más pensaba en aquel breve encuentro más le parecía que lo hubiera soñado. Sería estupendo que así hubiera sido porque la avergonzaría muchísimo volver a encontrarse con un caballero tan indiscreto, pensó.

Capítulo 12

Días después, Alice volvió a su costumbre de rezar un rato a solas tras el servicio religioso. No fue interrumpida por nadie y, al acabar, salió de la iglesia decidida a dar un paseo por el cementerio que se encontraba a un costado del edificio, tras la casa del vicario y su esposa, y se prolongaba hasta la cercana colina.

La primera vez que lo visitó lo hizo acompañada por su tía. Esta le mostró la lápida que recordaba a su esposo fallecido y le contó que nunca recuperaron el cuerpo de John Neville, quien descansaría lejos de su hogar en tierras desconocidas. Edith quiso que un lugar de eterno descanso lo esperara en su pueblo natal, pero se dio cuenta de que leer su nombre escrito en la piedra fría de un cementerio sin sus restos no la consolaba y prefería seguir sintiéndolo a su lado cada vez que lo recordaba, por lo que no gustaba de visitar el camposanto.

Mientras su tía se encontraba con la señora Moses, Alice se dejó guiar por el atrayente jardín que rodeaba e invadía el lugar. Edith la dispensaba de asistirla y la dejaba hacer a su albedrío, como si supiera que necesitaba de la soledad para sanar cualesquiera que

fueran sus heridas.

En aquel lugar de recogimiento, de pérdida, Alice hallaba una cierta paz. Nunca había visto un cementerio tan cuidado, donde el incipiente verano hacía restallar en todo su esplendor los rosales, las dalias, los narcisos y tulipanes que acogían y acompañaban las lápidas, las tumbas sobre el suelo de los que descansaban, y los rodeaban con sus fragantes y delicados aromas. La vibrante vegetación llenaba de vida el cementerio y contrastaba con el silencio de sus ocupantes.

La muchacha posaba sus ojos sobre las sepulturas sin prestarles demasiada atención, enfrascada en sus pensamientos cuando, de repente, lo vio.

No supo qué certeza le susurró que aquel era el hombre al que había visto en la iglesia hacía una semana y del que había huido. Se encontraba de espaldas, pero estuvo segura de que se trataba de él. Lo observó un rato, mientras depositaba flores sobre un sepulcro. El caballero se dio la vuelta como si la hubiera presentido y sus miradas se encontraron, sin que ella hiciera nada por apartarla.

El destello de reconocimiento en sus ojos le dijo que él también la recordaba. La saludó con un ligero asentimiento de la cabeza y caminó a su encuentro.

El corazón de Alice comenzó a latir acelerado, sin motivo aparente. Los rayos del sol parecían incidir de manera especial sobre el caballero, haciendo que su silueta brillara de forma diferente, tanto que, a veces, se hacía invisible a sus ojos, como si una luz la cegara.

Reconoció su ropa, la misma con la que lo había vislumbrado en el templo, y pudo poner un rostro a aquella figura borrosa que no quiso encarar aquel día, avergonzada de que la hubiera visto llorar.

Aquel hombre tendría algunos años más que ella y era alto, tan

alto que incluso le sacaba una cabeza cuando se acercó, y eso que ella era una muchacha de una estatura superior a la media. Tenía el cabello del color del ébano, algo más largo de lo normal, y unos grandes ojos oscuros que la miraban curiosos, con un fondo de tristeza. Los labios finos, un hoyuelo en la barbilla y una mandíbula definida lo hacían atractivo, pensó Alice.

Se sintió cohibida cuando llegó a su lado, y bajó la cabeza unos instantes.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —volvió a preguntarle como si no hubieran pasado más que unos instantes desde la última y única vez que se habían visto hasta el momento.

—Sí —musitó la muchacha con un hilo de voz.

—Siento haberla asustado el otro día... en la iglesia.

—Y yo siento haber huido como si escapara de un fantasma —le dijo con una tenue sonrisa.

Ella sintió que los ojos del caballero se iluminaban con el resplandor de su sonrisa, con el tono de su voz, y algo cálido se expandió por su pecho.

—Parecía tan triste... Lamento si estoy exponiendo unos asuntos que solo a usted conciernen, pero... me impresionó que alguien tan joven y llena de vida pudiera padecer tanta melancolía.

—Es el poder que algunos recuerdos tienen sobre mi espíritu —confesó Alice.

—No imagina cuánto la entiendo —le replicó casi en un susurro —. ¿Por qué no la he visto antes?

—No soy de aquí. He venido a visitar a mi tía Edith Neville, supongo que la conocerá... Todos en Kendal la conocen.

—No vivo en Kendal, señorita...

—Coombe, Alice Coombe.

—¿Visita a alguien aquí? —Quiso saber abarcando con su mirada

el pequeño camposanto.

Alice se percató de que él no se había presentado, pero nada le exigió, prefirió contestar a su pregunta.

—Hay una lápida que recuerda al esposo de mi tía, al que, por desgracia, nunca conocí. Murió en combate. ¿Y...? —Ella quiso preguntarle a quién visitaba, de quién era la tumba donde hubo dejado las flores, pero él la interrumpió.

—No parece este un lugar merecedor de la atención de una joven.

—Es un sitio muy bonito, tengo que decirle, aunque suene extraño. Nunca he conocido un cementerio tan cuidado, con tantas flores como este y cercano a un bosque. Pasear por él te llena de paz, el aroma de las flores y el trinar de los pájaros son suficiente compañía.

—Busca la soledad, entonces.

—Hay veces que es necesaria, ayuda a ordenar los pensamientos, a darles la importancia que tienen y a aceptar los avatares de la vida.

—Es una reflexión muy profunda, Alice.

Él la tuteó y pronunció su nombre con una voz más grave aún que la usual, y ella sintió que un extraño escalofrío recorría su columna a la vez que algo parecido a la dicha la embargaba.

—¿Puedo preguntarle su nombre? —se atrevió a decirle.

Tan pronto pronunció su deseo en voz alta, oyó la voz de su tía llamándola junto a la entrada. Sabía que no le gustaba demasiado adentrarse allí si no era necesario, así que se resignó a marcharse, aunque no le hubiera importado quedarse más tiempo junto a aquel desconocido.

—Debo irme...

Alice se despidió con una mirada que fue correspondida por el

caballero de una manera tan intensa que hizo que retuviera la respiración por unos instantes. Se dio la vuelta y se percató de que él no le había contestado. Como si le hubiera leído el pensamiento, lo escuchó decir:

—Puedes llamarme *Ritterchen.*

Alice frunció el ceño al oír aquel extraño nombre o apellido, no supo muy bien de qué se trataba. Se dio la vuelta un instante y le sonrió, pero él no le devolvió la sonrisa y continuó observándola con expresión seria.

Caminó, entonces, con decisión, hacia donde Edith la esperaba, sintiendo su mirada posada sobre ella.

—Creo que se nos ha hecho tarde, Alice, tendremos que improvisar algo rápido para almorzar —le comunicó su tía al llegar.

—Siento que me hayas tenido que esperar, ¿puedo ayudarte con la cesta?

Alice la tomó de entre las manos de su tía y estas se tocaron un momento.

—¡Cielos, Alice! ¡Tienes las manos heladas!

—¿De verdad? No me he dado cuenta —dijo colocándose la cesta en el antebrazo y frotándolas—. Supongo que al estar un rato inmóvil en la sombra con el señor Ritterchen se han enfriado.

—¿Con quién?

—Ritterchen... creo que es un apellido.

—No conozco a nadie con ese apellido. Parece extranjero.

—Desde luego, no parece inglés. Además, no vive en Kendal.

—¿Y cuándo dices que has hablado con ese desconocido?

—Estaba conversando con él cuando me llamaste.

Edith compuso una expresión de extrañeza.

—No te vi con nadie en el cementerio.

Alice entrecerró los ojos y le dedicó una mirada interrogante a su

tía.

—Pero... hablaba con él cuando... Supongo que quedó atrás y se marchó.

—Si frecuenta la zona, seguramente la señora Moses lo conozca, ella se relaciona con todo el mundo. Le preguntaremos cuando tengamos la oportunidad.

Capítulo 13

Después de semanas sin atreverse a enfrentarse al temido pliego de papel que les debía a sus amigas Diana y Marion, Alice por fin sintió que estaba preparada para contarles lo sucedido y que no alargaría más la espera puesto que sabía que ellas estarían esperando sus nuevas.

No obstante, no pudo evitar que lágrimas de autocompasión diluyeran la tinta sobre el papel y lo emborronaran mientras les escribía. En esos momentos ellas la creerían ocupada y, seguramente, mimada por su flamante esposo, envuelta en una nube de felicidad. Nada más alejado de la realidad.

Poner sobre el papel las primeras líneas le costó un mundo, la vergüenza la embargó. Y estuvo pensando largo tiempo, mientras contemplaba el paisaje más allá de la ventana de su alcoba, sobre cómo debía expresar sus sentimientos, cómo haría para que sus palabras no las preocuparan allá lejos donde ambas se encontraban.

Se preguntó cómo su corazón había podido seguir latiendo tras el terrible desengaño y la traición más inesperada y concluyó que no se rompía un corazón que nunca estuvo enamorado, que solo se

aferró a la ilusión de ser considerada, querida por alguien que su padre designó para ella y al que esperó durante tres largos años.

Asumía aquello, pero no podía evitar una sensación amarga en sus entrañas por saberse traicionada por una de las personas más queridas para ella, la que creyó que sería su compañera en los avatares de la vida, su propia hermana. No sabía si alguna vez podría reponerse, perdonarla u olvidarla, y que su recuerdo no la dañara.

Pasó toda la mañana meditando sus palabras, reescribiendo un pliego tras otro hasta que consideró que lo que sus amigas recibirían no sería una letanía de líneas rebosantes de amargura y tristeza, sino un relato aparentemente ajeno de su decepción y de su firme compromiso por seguir adelante, construyendo su propia vida.

Consideró mandar un mensaje a sus padres, a los que no había vuelto a escribir desde que llegó a Kendal y les contó de forma escueta que estaba bien, que sus días eran serenos y plácidos junto a su tía y ningún rumor de lo sucedido en Dorchester había llegado hasta allí.

Sin embargo, la proximidad de la hora del cierre de la oficina de correos y su escasa motivación por enfrentarse a una carta familiar hicieron que tomara la decisión de enviar las cartas de Marion y Diana sin más dilación, así que pospuso su escritura sin remordimiento alguno.

Avisó a su tía, quien se hallaba ocupada en la preparación de compotas y jaleas que consumirían en invierno, y le aseguró que la ayudaría a la vuelta. Caminó hasta la oficina de correos del Beast Banks ubicada en el número 30 de la calle Kirkland, dejando atrás las casas situadas a las afueras e internándose en el bullicioso pueblo de calles empedradas y casas de hasta tres plantas.

En su recorrido varios vecinos la saludaron con efusividad, otros

a los que aún no había sido presentada se tocaban sus sombreros o asentían con la cabeza a modo de saludo. Todos reconocían a la joven dama forastera, sobrina de la esposa del capitán Neville, y coincidían en que debía ser una muchacha de clase por sus modales, su exquisita pronunciación y su educado trato.

Llegó a la oficina de correos a tiempo, y mientras el cartero se encargaba de escribir el destino y la fecha en el libro correspondiente y ponerle el matasellos, Alice se fijó en una anciana de avanzada edad que, sentada en la puerta del establecimiento, miraba sin ver la calle con unos ojos pequeños y llenos de niebla.

Se volvió hacia ella cuando la oyó hablar con el empleado.

—¿Lady Clara? ¿Es usted? ¿Es posible...?

Alice se encontraba sola en la estancia, sin duda la mujer se dirigía a ella, pero la había confundido con alguien más.

—Soy la señorita Coombe, señora, Alice.

La mujer compuso un gesto de extrañeza y decepción.

—Disculpe a mi abuela, señorita, es muy mayor, ya no distingue a las personas y su memoria tampoco es la que era —le dijo, bajando el tono, el joven que la atendía.

—Pero tiene su misma voz... —continuó la anciana—. La recuerdo como si fuera ayer, cuando conversábamos a diario.

—No es normal escuchar a una joven hablar en un inglés tan refinado, señorita Coombe, por eso supongo que la habrá confundido —le explicó el nieto—. Mi abuela trabajó muchos años para los duques de Westmorland, lady Clara era la duquesa.

—Yo la ayudé a criar al heredero. Pobre lady Clara y pobre muchacho, que en paz descansen —susurró la anciana con un hilo de voz y un sentido sollozo.

—Ni siquiera los ricos y los aristócratas escapan de las garras de la Parca cuando les llega su hora. Todos somos iguales al final de la

vida —filosofó el joven cartero.

—¿Están cerca las tierras de los duques? —preguntó Alice, más por aliviar la conversación que por interés. Recordó que había leído acerca de la relación de parentesco de la reina con varias familias de Inglaterra. No era extraño, los aristócratas se solían casar entre ellos, y los duques de Westmorland estaban unidos a la Corona desde hacía siglos por esta causa. Tiempo atrás le hubiera llamado la atención. En estos momentos, en cambio, su concepción sobre la clase privilegiada le resultaba menos que indiferente. Se sentía tan a gusto entre las gentes del pueblo de Kendal y tan disgustada con su privilegiado entorno social del que había huido que no quería tener que ver con ellos jamás.

—Están muy cerca, de hecho. ¿No las ha visitado nunca? La mansión Westmorland se encuentra a unas millas en dirección norte. La ciudad de Kendal y el resto de la comarca les pertenecieron hasta hace relativamente poco. Su señorío viene de una concesión de Enrique VII.

Oír aquella explicación le trajo recuerdos nefastos a Alice, quien aún tenía fresca en la memoria la relación del marqués de Compton con la casa Tudor. El ducado de los Westmorland era aún más antiguo, puesto que provenía del primer rey perteneciente a la casa de ascendencia galesa que implantó a los reyes Tudor en el trono.

Recordó sus estudios en Historia y colegió que el ducado provendría de los servicios prestados durante la guerra de las Dos Rosas en la que Enrique VII venció a Ricardo III, de la dinastía Plantagenet, hacía varios siglos.

Suspiró y pensó que bien poco le servía conocer sobre las intrincadas y enrevesadas relaciones entre la Corona y sus familias afines. Su interés en esos momentos se centraba en la gente del pueblo, entre las que había descubierto que se sentía mucho más

cómoda.

—No creo que las visite. ¿Qué iba a hacer allí? —le contestó al cartero, encogiéndose de hombros en un gesto que a su madre le hubiera horrorizado—, pero le agradezco su explicación y la ayuda.

—Es un placer, señorita Coombe. Le aseguro que esta tarde mismo saldrán las dos cartas, aunque una tardará un poco en llegar.

—Sí, Jamaica está muy lejos... —murmuró Alice pensando con nostalgia en su amiga Diana.

Tras despedirse de la anciana y su nieto, la joven echó a andar calle abajo. La anciana levantó su mano en un saludo que Alice ya no vería y susurró:

—No, no es el timbre de su voz lo que la asemeja a lady Clara, en realidad. Es su olor, como si perteneciera a la familia, huele a... rosas, las rosas de Westmorland.

Capítulo 14

Aunque la tarde pareció haber empeorado un tanto y algunas nubes oscuras amenazaban con lluvia, Alice se arriesgó a dar un paseo rodeando el pueblo en dirección a la iglesia.

Le encantaba, desde que llegó al pueblo, esa nueva libertad adquirida de poder caminar, acudir a la oficina de correos o al mercado sola, sin la obligación de llevar una sirvienta ni nadie que le hiciera compañía. La vida de su tía Edith en nada tenía que ver con la que ella había conocido hasta el momento, de molestas y encorsetadas normas.

Pensó en lo mucho que la echaría de menos cuando tuviera que regresar y en ese mismo instante resolvió que no volvería a Londres. Se quedaría en Kendal, si a su tía no le importaba, hasta el final de sus días.

No extrañaba en ningún momento su vida pasada en Londres, sobre todo aquellos tres años sometida a una estricta disciplina de estudios y comportamiento. En aquella época creyó que Brighton había constituido su ideal y lo recordaba continuamente con nostalgia. Allí había estado vigilada, pero con cierta libertad en

cuanto se encontraba con sus amigas. Sin embargo, reconocía que, a diferencia de Brighton, la vida en Kendal le permitía optar sin reservas sobre sus decisiones y actos, cualquiera fuera su importancia, y su tía no coartaba su libertad, confiaba plenamente en ella.

Y haciendo uso de esa hasta entonces desconocida libertad, había decidido pasar un rato por la iglesia y sus alrededores anhelando, en el fondo, encontrarse con el extraño de raro nombre: Ritterchen. Tendría que preguntarle de dónde provenía su apellido. Dudaba que fuera anglosajón.

Siendo sincera tenía que reconocer que el caballero le llamaba la atención y le provocaba curiosidad. Estuvo muy atenta por si lo encontraba por el pueblo, aunque algo le decía que lo hallaría en los lugares donde lo hubo visto con anterioridad. Sin embargo, si no vivía en Kendal... ¿cómo haría para acudir a la iglesia y al cementerio con frecuencia?

La caminata tiñó sus mejillas de un saludable rubor y la fresca brisa contribuyó a hacer más amable el recorrido. El pueblo de Kendal iba quedando atrás y ya solo se veían pintorescas granjas, huertos y animales pastando, campesinos y pastores que la saludaban desde lejos. Alice sentía un benéfico placer en subir y bajar las ondulantes lomas rebosantes de vegetación a lo largo del sendero. Casi sin percatarse de ello, el campanario de la iglesia apareció tras una colina y pronto llegó hasta sus aledaños.

A riesgo de parecer descortés, dejó el saludo al vicario y su esposa para el momento en que tuviera que marcharse, pues estaba segura de que en cuanto la vieran la invitarían a su casa a tomar un té y le sería muy difícil rechazar su hospitalidad sin resultar grosera.

Entró en la iglesia y permaneció en ella un buen rato, sin concentrarse en la oración, pues su mirada y su mente se

empeñaban en buscar algún rastro del enigmático caballero.

Al cabo de un tiempo, decidió marcharse. No obstante, se obligó a entrar en el cementerio, pese a que en el horizonte se arremolinaban nubes oscuras, presagio de lluvia.

Paseó entre las lápidas, aspiró el aroma de las flores y se recriminó echar de menos a un desconocido del que tan poco sabía y con el que pudiera ser que no volviera a coincidir jamás. Aquello podría suceder, al fin y al cabo: «¿Por qué un caballero pasaría tanto tiempo en este triste lugar?», pensó, sintiendo un extraño y creciente desasosiego.

Se reprendió por aquella sensación de añoranza; y estaba a punto de marcharse para saludar a los Moses cuando, como si lo hubiera invocado, el hombre apareció tras la colina que delimitaba el final del cementerio.

Estuvo segura de que la hubo visto desde su altura. Al fin y al cabo, ella era la única persona viva en aquel recinto de eternos sueños y profundos silencios, la única cuyo corazón palpitaba con una emoción desconocida al verlo, reconoció.

De repente, un rayo hendió el cielo, el trueno sonó poco después y aquello dio inicio a una fina llovizna que la hizo arrebujarse en su ligero abrigo.

Una mano masculina tomó la suya y lo encontró, entonces, a su lado.

—Alice, hay un cobertizo cerca donde podremos resguardarnos de la lluvia. Ven —la aconsejó con confianza, como si se conocieran desde siempre. Ella lo siguió sin titubear.

Echaron a caminar rápido, casi a correr, la lluvia arreciaba. Él la conducía decidido sin soltar su mano. Atravesaron el límite oeste del cementerio y tras unos árboles, la joven vislumbró una pequeña choza de madera. Ritterchen la abrió de un fuerte empujón y

entraron. Allí estarían a salvo de la lluvia inclemente.

El caballero cerró la puerta mientras Alice observaba la pequeña construcción de apenas unas yardas de largo y ancho, donde se encontraban las herramientas de jardinería que se usarían para cultivar y adecentar las flores de aquel jardín de eternidad. Una ventana dividida en cuatro cuarterones con sucios cristales permitía que entrara la luz, y la muchacha se acercó a ella solo para entrever como la lluvia continuaba cayendo y una extraña niebla parecía salir de la tierra y cubrirla por completo. Se estremeció.

—No te asustes. —Como si Ritterchen le hubiera leído el pensamiento, le explicó—: Suele ocurrir en los lugares que se encuentran situados en los valles, en zonas hundidas. Tan pronto cese la lluvia, se disolverá.

—¿Cómo puedes saberlo? —le preguntó ella, volviéndose hacia él.

—Estoy acostumbrado a verlo.

—Pero no vives por aquí...

Ritterchen nada contestó. Ella se dio cuenta de la extraña luz que iluminaba su mirada y suspiró ante el recuerdo de su mano atrapando la suya. Al principio le pareció fría, pero en cuanto se fusionaron, una súbita calidez las impregnó y una sensación agradable y placentera la recorrió por completo. Anheló ese contacto, perdido en cuanto entraron en la cabaña.

—Es algo así como el preludio del otoño, Alice. La música que hacen las gotas al llegar a la tierra dará paso a la sinfonía de las hojas cayendo, la caducidad de la vida. La lluvia mulle y prepara la tierra para la nueva estación.

La joven escuchaba sus palabras, embelesada. Se sentía atraída por la poesía con la que se expresaba, por su tono de voz, por las pausas y el énfasis de su discurso. No se movió de donde estaba.

Probablemente hubiera debido pensar que no guardaban la distancia y el decoro requerido entre dos jóvenes solos, pero se sentía tan a gusto en su presencia que nada le importaba. ¿Desde cuándo un desconocido la había atraído tanto?

—Diría que lo has visto muchas veces y pensado sobre ello.

—Así es... He observado el cambio de las estaciones sin pensar en otra forma de entretener mi vida durante demasiado tiempo. Yo también me siento atrapado por mis recuerdos, por la morbosa necesidad de recrearlos una y otra vez, por descubrir si en algún momento pude haber cambiado el curso del destino.

—Yo he decidido dejar de mortificarme con ellos —se sinceró Alice—. ¿Habrían sido diferentes las cosas si hubiera dicho o hecho algo de otra manera? He asumido lo que pasó y he decidido seguir adelante... A veces, lo que sucede nos ayuda a enderezar el rumbo de la vida, encontrarnos con nosotros mismos, con quienes somos en realidad.

—Entonces eres afortunada. No todos podemos sacar esa conclusión. En ocasiones, es imposible.

—Me gustaría ayudarte, quizá si me contaras... —se ofreció desde el fondo de su corazón.

—Quizá algún día lo haga, Alice.

—Estaré por aquí. Me gustará disfrutar del otoño en Kendal —le confesó sincera.

—¿Te quedarás aquí? ¿Me harás compañía? —Quiso saber él con un asomo, en su rostro, de esperanza y desesperación a la vez.

—Apenas nos conocemos, no sé quién eres, ni siquiera si es apropiado que fomentemos una amistad, tal vez haya alguien... una esposa, una prometida, quizá, que te espera...

—Nadie me espera —la cortó—. Todo en mi vida es soledad y recuerdos del pasado.

—Ritterchen..., yo... he sufrido una gran decepción amorosa —reconoció—, pero quisiera que pudiéramos conocernos, conversar... —Se atrevió a sincerarse exponiendo lo que su corazón le dictaba.

El caballero alzó su mano como si quisiera acariciar su mejilla. Ella cerró los ojos, notó una ligera calidez, pero no su tacto, como si se hubiera acercado, pero, finalmente, hubiera decidido no tocarla.

Cuando volvió a abrirlos él la contemplaba serio. Volvió la cabeza en dirección a la puerta.

—Deberías marcharte. Ha dejado de llover, pero no tardará en comenzar de nuevo.

Alice asintió, aturdida y ligeramente decepcionada, porque esperó una caricia que no llegó. Compuso su ánimo y salieron juntos al exterior, donde los esperaba un cielo despejado, sin asomo de las nubes que lo habían empañado antes.

Se despidieron con una cálida mirada que hablaba de deseos que sanaban las almas heridas. Durante su conversación ella había confirmado lo que ya sospechaba, que él también era un hombre con un corazón quebrado como el de ella. Las almas afines se reconocían.

Lo vio caminar en dirección a la colina y desaparecer tras ella. Cuando lo perdió de vista se acordó de los Moses y decidió que no los visitaría, pues no sabría qué explicación darles, sin caer en la mentira, sobre dónde se refugió durante la lluvia. No le pareció apropiado contarles que había rondado el cementerio hasta encontrarse con un hombre con el que se había quedado a solas en un cobertizo estando su casa tan cerca. Rodeó la iglesia por la parte de atrás y regresó al encuentro de tía Edith por otro camino.

Capítulo 15

Caminó de vuelta a su casa con una sensación de felicidad desconocida y el pecho lleno de esperanza.

Se volvió a recordar que ya era hora de dejar de lamentarse por su compromiso fallido, de dejar de culparse por lo que pudo hacer y no hizo, por no haber sido del agrado del marqués. En el fondo, ella no había sido más que un títere en manos de unos y otros, alguien desechable cuando llegó el momento, y había llegado a la conclusión de que no lo merecía. No pensaba seguir lamentándose más, y aquellos paseos por el camposanto le habían hecho ver que la vida era un don preciado y breve, que debía ser vivida sin lamentarse por lo que pudo ser y no fue, que, en ocasiones, las circunstancias no podían ser manejadas al antojo particular de cada uno, y que si la felicidad no se encontraba en un matrimonio de conveniencia, tal vez lo que le había sucedido hubiera sido lo mejor.

Y tenía que reconocer que debía a Ritterchen buena parte de la luz que había comenzado a llegar a su vida desde su fallido compromiso.

¿Quién era aquel hombre que hacía que su corazón palpitara

acelerado, que sus pensamientos oscuros se transformaran en humo y desaparecieran, que sus defensas se debilitaran y volviera a tener la esperanza de amar y ser amada? Un alma gemela, un alma afín que la comprendía, sin duda.

Antes de lo imaginado se encontró en el patio trasero de la vivienda de su tía y ni supo cómo había llegado. Reconoció que había estado caminando como en sueños, como si la niebla que apareció tras la lluvia se hubiera apoderado de sus sentidos, como si estos no hubieran sido conscientes o hubieran estado ajenos al largo paseo que la llevó desde la iglesia hasta la casa de Edith.

Lo cierto era que durante la caminata solo había pensado, recreando con gozo cada momento junto a Ritterchen, sin percatarse de nada más, volviendo una y otra vez a los instantes en los que el caballero la había tomado de la mano, le había sonreído y la había acariciado con la mirada.

A punto de cruzar la puerta de entrada acercó una de sus manos al rostro. Recordó la calidez que fue apoderándose de esta cuando él la retuvo entre sus dedos y apreció el aroma que había dejado impregnado en sus guantes. Olía a rosas.

Contempló el horizonte, el sendero por el que había regresado, las ondulantes colinas, detrás de una de ellas se encontraría él. El cielo lucía despejado, pudieron haberse quedado más rato juntos, pero él le dijo que llovería. Nada parecía más lejano en esos instantes.

Su tía la recibió entre tarros apilados y montones de fruta, grosellas y manzanas, muy atareada en la cocina. Alice se disculpó por la tardanza, fue a lavarse las manos y cambiarse, y, al poco, regresó dispuesta a ayudar.

Comenzó pelando manzanas, mientras Edith ponía la fruta a cocer para hacer la jalea.

—La cosecha ha sido espléndida esta temporada, Alice, como si supiera que te tendría conmigo y hubiera que abastecernos a las dos. Espero que te puedas quedar en invierno y podamos disfrutarla juntas.

—Yo también lo deseo. Precisamente de eso quería hablarte, tía. Yo... me quedaría contigo una larga temporada o para siempre si no tuvieras inconveniente —le confesó.

—Alice, nada podría hacerme más feliz que disfrutar de tu compañía tanto tiempo como quisieras. Considera esta tu casa, aunque pensaba que tu padre sería el que decidiría sobre esta cuestión. Lo cierto es que me dio a entender en su carta que se trataba solo de una temporada.

—Es lo que él quiere, pero yo ya no deseo volver. No soportaría regresar a mi antigua vida y enfrentarme a... —Alice estuvo a punto de decir que no soportaría que sus amistades o desconocidos, incluso, la miraran con lástima, con compasión o con malicia. Y es que, aunque ya no le importara en absoluto lo que le sucedió, aunque hubiera aprendido a vivir con ese recuerdo y que no enturbiara su presente, ella no quería regresar donde tuviera que verse obligada a confrontarlo como una rutina cada vez que recibiera invitados o se encontrara con sus conocidos. Ella ya no era aquella Alice apocada que vivía para complacer a los demás. No se trataba de cobardía, sino de su propia felicidad.

Supo entonces que ya había llegado el momento de contarle a Edith la verdad. No podía mantenerla en la ignorancia, porque se merecía saber lo que le aconteció y ella necesitaba confiarle sus pensamientos.

—¿Qué ocurre, Alice? —inquirió preocupada la mujer, al constatar una expresión de inquietud en su rostro.

—Tía, quiero hablarte de las circunstancias por las que acabé en

Kendal y que hicieron que me reuniera contigo después de tantos años. Perdóname por no haberlo contado antes, pero dolía tanto...

—No es necesario que lo hagas si no quieres o no es el momento, Alice. No me debes ninguna explicación.

—Sí que te la debo y deseo hacerlo, quiero compartirlo contigo. Ahora me siento preparada —suspiró al constatar que el hecho de haber encontrado a Ritterchen la ayudaba, así como la cálida acogida que Edith le había dispensado.

La mujer asintió, dejó lo que estaba haciendo y se dispuso a escucharla con atención.

—Mi padre me propuso alojarme contigo en cuanto supo de mi decisión de ingresar en un convento. La verdad es que no soy alguien religioso en exceso, tía. Nunca asistí a misa con la frecuencia con que lo hago desde estoy aquí contigo. Yo solo quería recluirme en algún lugar apartado del mundo, en el que nadie me conociera, y esa fue la única solución que encontré. A mi padre no le gustó la idea. Me propuso venir a Kendal y quedarme por un tiempo. Cuando supe que te volvería a ver, no tuve ninguna duda y acepté de inmediato.

—En su carta no explicaba gran cosa, salvo tu deseo de alejarte de Londres. Pero no entiendo, Alice, ¿qué sucedió de tanta importancia como para que tuvieras que desaparecer? ¿Como para que consideraras tomar los hábitos, una vida enclaustrada, sin que fuera tu vocación? —se atrevió a preguntar Edith, al fin. Alice dejó el cuchillo y la manzana a medio pelar sobre la encimera.

—Estuve comprometida a un hombre durante más de tres años —le contó notando que, pese a su propósito de olvidar, aún dolía, aún su corazón se resentía a la pérdida de las ilusiones que fue construyendo a lo largo de ese tiempo.

El sonido de la repentina lluvia la sacó de esa espiral de

dolorosos recuerdos para mudar a otros más cercanos en los que un anhelado desconocido le advertía que llovería de nuevo. Sonrió recordando esos instantes. Ritterchen estuvo en lo cierto. Volvía a llover.

—Nunca supe de tu compromiso, Alice. Era tan poco lo que podía conocer de vosotras... Ocasionalmente tenía la oportunidad de saber que estabais bien.

—Lo entiendo. —Alice volvió al presente para seguir narrándole a su tía lo ocurrido antes de llegar a Kendal—. Mi padre me comprometió con el marqués de Compton. No sé exactamente qué le ofreció para que un caballero de tan elevada alcurnia decidiera aceptarme, pero supongo que debió hacerse cargo de sus muchas deudas. A causa de ello me pasé los últimos tres años de mi vida casi recluida, aprendiendo normas de etiqueta y comportamiento que no pudieran poner mi persona ni la del marqués en un aprieto. Mis padres eran muy conscientes de que éramos aristócratas de nuevo cuño y que nos faltaba mucho para codearnos con la soltura de la antigua aristocracia.

—¡Todo un marqués! ¡Caramba! Sí que apuntaba alto, Charles. ¿Y tú? ¿Estabas de acuerdo?

—Eso es algo que ni me planteé. No podía negarme a tan alto honor —respondió irónica—. Así que construí mi vida en torno a la persona de Michael Weston y fui haciéndome ilusiones de amor y felicidad.

Edith apretó los labios, imaginando lo que sucedió después.

—Tras de años de esperar que cumpliera su compromiso, el marqués pareció decidirse y nos invitó a su hogar en Dorchester donde en menos de un mes tendría lugar la ceremonia. Salí a cabalgar con él un mediodía y supe que no era de su agrado, aunque ¿acaso lo fui alguna vez si me tuvo tres años esperando?

Llovió de regreso a la casa y enfermé, supongo que a causa del enfriamiento. En esos momentos, Millicent y Michael aprovecharon para conocerse mejor y descubrieron... que yo los estorbaba.

—Oh, Alice...

—El marqués le dijo a mi padre que no se casaría conmigo, que había descubierto que sus preferencias se inclinaban por mi hermana, y ella estaba de acuerdo. Entre todos decidieron que se anularía nuestro compromiso y, en cambio, se celebraría la boda de Michael Weston y Millicent Coombe. A estas alturas estarán de luna de miel.

—Imaginé que la boda no habría tenido lugar a causa del marqués, pero que Millicent se entrometiera, eso es... terrible.

—Fue entonces cuando decidí huir. No quise participar de su boda, permanecer junto a ellos como una espectadora, como si nada hubiera pasado. No quise enfrentarme a todo el revuelo que se formaría cuando se conociera la noticia, a las murmuraciones, a los juicios sobre mi persona o sobre lo ocurrido.

Edith tomó asiento en una de las sillas de la cocina que se encontraba junto a la pared. Contempló la mesa repleta de cestas, tarros, manzanas sin piel y otras que habría que mondar, pero sus pensamientos no analizaban lo que veía, sino lo que Alice le había contado y lo que esto le habría hecho a la muchacha.

—Oh, qué comportamiento tan cruel por parte de los dos.

—Espero de veras que se amen. Sinceramente, les deseo la felicidad, porque eso significaría que no me apartaron por el capricho de uno o por la ambición de otra.

—Eso es encomiable, querida, no sé si yo podría... Supongo que lo habrás meditado durante todo este tiempo.

—Sí. Estar aquí me ha hecho mucho bien. Disfrutar de tu compañía tan cercana y del calor de tu cariño ha suavizado mucho la

herida. Pasear a solas durante horas por las colinas, los rezos en la iglesia, la amabilidad de los vecinos, incluso las visitas al cementerio. —«Ritterchen», quiso decir, pero no expresó su pensamiento en voz alta—. Todo esto ha hecho que valore lo sucedido y me dé cuenta de que aún me esperan muchas cosas buenas y muchas decisiones por tomar sin que nadie se apodere de mi voluntad. Ahora creo que fue lo mejor que me pasó, sinceramente. Michael Weston no era el hombre indicado para mí. Mi hermana me lo dijo y tenía razón, aunque me doliera que ella lo expusiera tras su rastrero comportamiento.

—Esa muchacha siempre fue de la piel del diablo...

—Quisiera tener alguna vez la oportunidad de verla y decirle que todo está bien y que de veras espero que sea feliz.

—Te hará bien hacerlo, Alice, quizá puedas escribirle algún día. Te admiro por tu capacidad para perdonar y renacer de las cenizas, mi querida niña. Sé lo mucho que tu semblante y tu interior han cambiado en estos meses y creo, definitivamente, que puede que enviarte aquí fuera la mejor decisión que tu padre haya tomado en mucho tiempo.

—Estoy segura de que así ha sido... —susurró mientras dejaba vagar la vista por el paisaje que se mostraba tras la ventana, dejando que el sonido de las gotas de lluvia al repicar contra el cristal acompañara sus palabras.

Capítulo 16

Desde el momento en que Alice le confesó a su tía el motivo por el que había dejado todo para viajar a Kendal, se sintió como si la hubieran aliviado de la carga de un enorme peso en su conciencia.

Se dio cuenta, además, de que ya podía hablar sobre lo ocurrido sin condolerse de un profundo sufrimiento, aunque no sentía la necesidad de hacerlo. Entre sus propósitos estaba la firme resolución de decidir sobre su vida en adelante. Y también estaba, debía confesarse, la posibilidad de seguir conociendo a Ritterchen. No quería hacerse demasiadas ilusiones, pero no podía evitar emocionarse con el mero pensamiento de verlo de nuevo, de conversar con él. Creía en su sinceridad, en su honestidad, aunque tras sus pupilas se escondiera un gran dolor.

El otoño llegó sembrando el frío y la lluvia a menudo, y aquello impidió que Alice pudiera pasear por los alrededores de la iglesia con la asiduidad que le hubiera gustado. Eso significaba que tampoco se había podido reunir a menudo con el caballero que le despertaba una sonrisa cada vez que lo veía y la inundaba de una paz y una sensación de protección como nunca hubo sentido. Junto a él todo

era serenidad, todo estaba bien, incluso coincidían en sus pensamientos, en su forma de ver la vida tanto si hablaban de temas trascendentales como de cuestiones sin demasiada importancia.

Aquella mañana lloviznaba y tras el servicio eclesiástico, Edith y ella se recluyeron en la vivienda de los Moses a esperar que la lluvia cesase y pudieran regresar a casa.

Edith observaba como Alice contemplaba expectante el paisaje tras la ventana y aguantaba a duras penas su inquietud y su deseo de salir a caminar. Aquel desasosiego era más evidente desde que la muchacha le había contado que había continuado viendo al desconocido de extraño nombre que le mencionara semanas atrás. Durante su confesión, la señora Neville había vislumbrado los indicios de una ilusión amorosa y aquello la había alegrado y preocupado por igual, porque... ¿qué sabían de aquel misterioso caballero?

—Alice, parece que ha dejado de llover, ¿te apetecería dar un paseo sin alejarte demasiado? Me siento algo cansada como para acompañarte...

Alice miró a su tía y le sonrió.

—Me encantaría, y no te preocupes, no tardaré demasiado —le dijo poniéndose en pie de inmediato.

—Te esperaremos para tomar un tentempié, querida —añadió la esposa del vicario, quien se encontraba sentada cerca de la chimenea junto a Edith—. Tengo unos deliciosos pastelillos de manzana enfriándose en la ventana que necesitan de tu aprobación.

—Y si te encuentras con alguien y te parece bien invitarlo, estoy segura de que a la señora Moses no le importará —sugirió Edith.

—Oh, claro que no, por supuesto que puedes traer a quien quieras... He cocinado pastelillos de sobra —aseguró la mujer algo

desconcertada.

Alice se despidió de ambas y de un amodorrado señor Moses, que se hallaba repantigado en una butaca frente a la chimenea, y salió rápida para aprovechar el claro entre nubes y los tímidos rayos de sol que asomaban.

—Edith, ¿qué es eso de un invitado? Te aseguro que no me importa que Alice traiga a algún conocido, pero... ¿tiene la muchacha algún interés por alguien de aquí cerca? No se me ocurre más que el hijo del herrero, o tal vez el mayor de los granjeros Young...

—No creo que se trate de ninguno de ellos. Alice me ha hablado de un caballero. Lo vio en la iglesia y lo conoció en el cementerio.

—Oh, no parece un lugar para un encuentro de carácter romántico. ¿De eso se trata?

—Sí, estoy segura. Reconocí el brillo del interés en su mirada cuando me habló de él. Ya hace tiempo que me dijo que lo había conocido, pero no le di demasiada importancia. Y me lo volvió a mencionar últimamente... Debí haberte preguntado. ¿Conoces a algún señor Ritterchen?

—¿Ritterchen? No me suena de nada. No será de aquí. Robert, querido —la señora Moses llamó a su esposo sacándolo sin contemplaciones de su delicioso duermevela—, ¿conocemos a algún Ritterchen?

Moses se incorporó en su butaca, donde se había relajado placenteramente al amor de la lumbre con el familiar parloteo de las damas de fondo. Parpadeó varias veces para espabilarse.

—Yo diría que no... Es más, estoy seguro de que nunca he escuchado un apellido similar en Kendal.

—Parece alemán... —opinó Edith.

—Sí, pudiera ser. Únicamente conozco a una familia que tenga

algún parentesco, aunque sea lejano, con alemanes, pero está fuera de nuestro alcance: los Westmorland —explicó el vicario.

—Oh, pero creí que ya no quedaba ninguno en estas tierras —comentó la señora Moses.

—Eso mismo he pensado... Además, si alguien de la familia hubiera regresado, lo sabría. Y no es este su apellido en absoluto. Creo recordar que se apellidaban Cornwell. Sí, estoy seguro. La abuela materna era alemana, pero no me suena lo de Ritterchen, lo recordaría —apuntó su esposo.

—Por lo visto, debe ser alguien de fuera al que no conocemos. ¿Entendéis, entonces, que le haya pedido a Alice que lo invite?

—Por supuesto, Edith. Aunque me parece que es una muchacha exquisita y sensata y dudo mucho que posara sus ojos sobre alguien inconveniente, no está de más que sepamos sobre ese caballero.

—Sí, me encantaría conocerlo y dejar de tratarlo como a un fantasma —reconoció Edith—. Alice me ha contado que se ha encontrado con él en varias ocasiones y no sé quién es y nunca lo he visto.

—No sé por qué, pero mi memoria me ha traído el recuerdo de la historia del pretendiente de la hija de los Clark. —Evocó el vicario.

Edith lo miró interesada.

—No conozco esa historia...

—No sé por qué razón acabo de evocarla. Lo cierto es que sucedió hace muchos años, antes de que Joseph y tú os instalarais en Kendal. Los Clark eran una familia acomodada y quisieron casar a su hija con alguien que no era del agrado de la muchacha. Así que la joven les dijo que estaba en relaciones con otro hombre. Nadie sabía de quién se trataba ni lo habían visto, pero ella hablaba de él dando muchos detalles. Para cuando se descubrió que, en realidad, no existía, el pretendiente escogido por su padre ya había huido como

alma que lleva el diablo. Nunca se supo si la muchacha lo imaginó y creyó que era cierto o fue una mentira a propósito para espantar a su postulante.

—¡Por Dios! ¡Qué historia tan rocambolesca! —clamó Edith.

—A ella le sirvió para deshacerse de un pretendiente indeseado —opinó la señora Moses.

—Pero ningún hombre volvió a acercarse a ella. Todos temían que la muchacha tuviera algún problema mental —informó el vicario.

—Tal vez actuó con astucia y se aseguró de que no se le acercaran pretendientes interesados solo en su hacienda —caviló Edith.

—Lo cierto es que acabó sola... —concluyó la señora Moses con un suspiro—. La sombra de aquel supuesto caballero la acompañó hasta el fin de sus días y ella lo fomentó diciendo que lo veía y podía hablar con él. No quiso oír hablar de otros hombres y ellos no se arriesgaron en conocer a una mujer con tanta imaginación.

—Alice es joven y le queda mucha vida por experimentar y mucha gente por conocer. —Edith volvió al tema que le preocupaba —. Vive por primera vez sin las ataduras de su padre y sé que será extremadamente prudente en cada paso que dé. Si alguien le interesa y es correspondida, confío en que lo conoceremos muy pronto.

Capítulo 17

Alice había paseado por los alrededores de la iglesia, había entrado en el cementerio y había acabado deambulando por el bosque que lo delimitaba. De forma inconsciente, había buscado la caseta de madera donde se refugiaron el día de la lluvia, pero no la encontró. Tal vez sería porque en esos momentos solo pensó en guarecerse del chaparrón y, sobre todo, en la presencia de Ritterchen, que la tomaba de la mano, por lo que no prestó atención al lugar exacto y ahora era incapaz de hallarla.

Se dejó guiar sin rumbo por un estrecho sendero entre los árboles, acompañada por el arrullo de los escasos pájaros que aún no habían migrado a lugares más cálidos. Atravesó un pequeño puente de madera sobre un arroyo de cristalinas aguas y subió la colina más próxima.

Tras esta, la muchacha abarcó con la vista el paisaje, de una serenidad y belleza absolutas. Le pareció un lugar celestial. La colina descendía suavemente, convirtiéndose en una alfombra verde salpicada de flores azules que se movía ondulante al compás caprichoso del viento. A lo lejos, Alice vislumbró la silueta de una

antigua mansión, con jardines a la entrada y un lago situado en la fachada posterior. Nubes de diversas formas y tonalidades, que variaban entre el blanco más puro y el gris, se arremolinaban en torno a dos torres situadas en cada extremo del edificio. Aquella era una estampa tan hermosa que merecía ser pintada.

Buscó algún lugar sobre el que sentarse para recrearse en el paisaje y encontró el tocón de un viejo árbol. Apoyada en él, dejó que su vista se deleitara y abarcara toda la escena.

Ensimismada, no prestó atención a un caballo que se acercaba hasta que oyó un resoplido y el golpeteo de los cascos próximos a donde se encontraba sentada. Miró con rapidez hacia atrás y descubrió con alegría que se trataba de Ritterchen, montado sobre un brioso corcel bayo.

El caballero desmontó de un salto y se dirigió a su encuentro, dejando al animal suelto, para que paciera a su aire. La sonrisa que iluminaba su rostro hizo que el corazón de la muchacha latiera con una inusitada felicidad.

—Alice, ¡qué sorpresa verte aquí!

—Salí a caminar y no supe cómo llegué hasta este lugar.

—Tal vez algo te atrajera...

—Puede ser... No me cansó de admirar los paisajes de Cumbria.

—Son muy diferente de los de Londres, ¿verdad?

—Y de los de Brighton... —dijo sin pensar, y se mordió el labio inferior al recordar, de repente, el desprecio con el que el marqués se hubo referido a la ciudad.

—Solo he estado allí una vez y me encantaría verla de nuevo; su bullicio, sus playas, el movimiento del mar y el suave vaivén de las olas muriendo en la orilla... —Un dulce escalofrío de placer recorrió la piel de la muchacha al escucharlo hablar, entusiasmado, de la que había sido su ciudad favorita hasta entonces—. Hay tantos lugares

que ver, tanto por hacer y por vivir... y, sin embargo, yo estoy atado a esta tierra...

—No es extraño, Ritterchen, es muy hermosa. Cumbria debió ser el lugar donde nacieron las antiguas leyendas, donde se esconden las hadas y elfos de los bosques, donde los druidas vivieron hace siglos o donde los sueños se hacen realidad...

—O tal vez el lugar ideal para quienes vagan por el mundo como almas en pena sin atreverse a vivir...

—Ese es un pensamiento muy triste... —no pudo evitar decirle, mirándolo a los ojos.

—Al que yo he recurrido demasiadas veces, Alice. Sin embargo, desde que te encontré, mis días están llenos de una luz que desconocía, de una esperanza que calienta mi corazón y lo alegra. Cada día que no te veo siento que es un día perdido —le confesó acercándose aún más a ella, que permanecía apoyada en el tocón del árbol sin moverse, insegura de que sus piernas la sostuvieran en su cercana y anhelada presencia.

—Yo... también te he echado mucho de menos. Todos estos días en que no he podido salir a pasear... te he recordado constantemente.

El caballero la tomó de la barbilla y acercó su rostro al de ella.

—¿Qué significa este sentimiento que me invade y me llena de dicha y de temor, Alice? ¿Por qué siento el imperioso deseo de acogerte entre mis brazos y besarte?

Ella suspiró y sintió los labios de Ritterchen sobre los suyos, suaves y dulces, posesivos y cautivadores. Le respondió con deseo y él se apoderó de su boca para tomarla por completo, saborearla y jugar con su lengua haciendo que su respiración se acelerara y su corazón cabalgara enajenado.

Ella le rodeó el cuello con sus brazos, apremiándolo a continuar;

y, tomando su cintura, él la levantó en vilo. La muchacha se acopló a su cuerpo, dejó que sus formas se unieran adorando sentirlo contra ella, deseando que la ropa no estorbara, fastidiada de que impidiera que las pieles se fundieran.

Los besos más apasionados acompañaron las caricias más exquisitas. Ritterchen recorría, con sus manos, su espalda, su cintura; posesivo, ardiente, henchido de deseo; y con las yemas de los dedos se atrevía a sembrar un reguero de apasionadas caricias sobre sus pechos, por encima de la ropa, por su suave y delicado escote, dejando el rastro de su calor marcado sobre la piel.

El caballero se quitó su casaca de montar, la tiró al suelo y reclinó sobre ella a Alice, quien se dejó hacer gustosa y enajenada, anhelando más besos y caricias más profundas.

La brisa movía suavemente la hierba a su alrededor, pero no conseguía apaciguar los deseos ni el ardor de los enamorados.

Su boca poseyendo la de ella, sus labios sobre la piel y el tacto de los dedos sobre su cuerpo la llenaban de una desconocida ansiedad como nunca antes hubo experimentado. Ni el marqués ni ninguno de sus enamorados anteriores habían logrado encender en ella una pasión semejante. Anhelaba perderse en el abrazo de Ritterchen, unirse a él de una manera tan intensa como nunca antes imaginó, fundirse en su cuerpo, convertirse en uno solo.

—Alice... —suspiraba él contra su oído, mientras que sus manos se volvían más y más atrevidas cada vez, se sumergían por debajo de la falda y acariciaban sus piernas, subiendo por ellas hasta llegar al punto exacto donde su deseo palpitaba con más intensidad.

La tocó justo allí y ella sintió como si una descarga eléctrica la hubiera recorrido por completo. Se arqueó y le suplicó con la mirada.

Mientras continuaba sometiéndola con su boca, besándola,

lamiéndola, sus dedos obraban maravillas bajo la falda. Un delicioso y constante vaivén la mantenía en vilo, la hacía implorar, la iba agotando y, a la vez, le daba una energía interior que no sabía que tenía. Aquella necesidad crecía y ella le suplicaba que terminara su tortura o moriría en aquel instante. Y en ese preciso momento llegó el éxtasis, el alivio, una explosión, el descanso, la felicidad.

Alice cerró los ojos y, musitando su nombre, se dejó llevar por la lasitud. Él permaneció junto a ella, amparado en su calor; ardiendo, aún, afiebrado ante su contacto.

Ella se obligó a recomponerse y, abriendo los ojos, enfrentó los suyos.

—¿Qué va a ser de mí? —musitó—. Yo quería ser libre y ahora... ¿cómo voy a poder vivir sin ti?

—Yo tampoco quiero estar sin ti, ¿no ves que me he enamorado? ¿No te das cuenta de que ahora solo importa que estemos juntos? ¿Me correspondes, Alice? —La muchacha asintió sin apartar su mirada de la suya un solo instante.

—No va a ser fácil —le contestó ella—. Ni siquiera para mí. Yo pensaba que nunca más debería plegarme a los deseos de nadie.

—Y no tienes que hacerlo, no quiero a alguien sumiso a mi lado. Solo te reclamaré si es tu voluntad, si los dos deseamos lo mismo.

—Yo quiero estar contigo, nada más me importa.

—Entonces así será, mi amor, por toda la eternidad.

Capítulo 18

Había transcurrido largo tiempo desde que Alice salió a pasear, aunque la muchacha, por unos momentos, pensaba que solo había estado un breve rato fuera, y en otros creía que hacía horas desde que se había despedido de los Moses y su tía. Junto a Ritterchen no tenía constancia del paso de las horas y solo la noche la hubiera avisado de que era preciso despedirse.

Caminó a paso ligero el último tramo hasta llegar a casa del vicario y al entrar supo, por la expresión de sus rostros, que la estaban esperando alarmados.

—Alice, ¡estábamos preocupados! —le espetó su tía en cuanto la vio.

—¿Ha sucedido algo, querida? Nos extrañamos por tu tardanza —añadió con dulzura la señora Moses.

La muchacha los miró sorprendida, a Edith le pareció que tenía una expresión enajenada, de quien vive sin preocuparse por las horas o los ritmos de la vida.

—No... —contestó titubeante—. Quizá caminé más lejos de lo normal y no conté con que el regreso me tomaría bastante tiempo,

pero estoy bien —aseguró vehemente.

—Mucho más que bien, querida Alice, estás resplandeciente —le aseguró el vicario encendiendo su pipa, totalmente despierto ya—. ¿Y podemos saber qué camino has tomado?

—Yo... no sé muy bien. Seguí un sendero del bosque hacia el norte, crucé un puente sobre un pequeño arroyo y llegué hasta un lugar bellísimo, una especie de campiña donde se podía ver una espectacular mansión a lo lejos. Estuve contemplándola durante mucho tiempo —aseguró bajando la cabeza, intentando disimular el profundo rubor que la embargaba.

—Oh, llegaste a las tierras de los Westmorland, entonces. No hay otra mansión como la que describes en toda la comarca. Has dado un buen paseo, no es de extrañar que te demoraras tanto —coligió mirando de manera suspicaz a su esposa y a su vecina Edith —. Me temo que los pensamientos de las mujeres aquí presentes han estado ocupados en todo tipo de percances y temores al ver que no regresabas.

—Lo siento mucho, de verdad. El tiempo invitaba al paseo y tras tantos días de inactividad, me dejé llevar...

El recuerdo del tiempo pasado con Ritterchen y la manera tan escandalosa en la que se «había dejado llevar» volvió a asaltarla y se esforzó por ocultar que una sonrisa de placer y felicidad asomara a su rostro.

—También es cierto que nuestra ansiedad pudiera deberse a que todos estuviéramos expectantes porque trajeras a algún invitado —continuó el anciano.

Ritterchen la había acompañado hasta los últimos árboles del bosque junto al límite del cementerio. Ella, dejándose llevar por su instinto, no le había sugerido acercarse hasta la casa de los Moses. Aún tenía que pensar sobre lo sucedido, aún tenía que ver cómo lo

presentaría y qué les diría a todos... ¡Por Dios!, caviló, se había ensimismado tanto con él que ignoraba por completo otras circunstancias de su vida: dónde residía, si tenía familia, padres o hermanos, si ella se atrevería a pedirle permiso a su padre o escaparían sin más. Volvió a refrenar un amago de sonrisa cuando pensó que se decidiría por lo último.

Edith se dio cuenta de la nueva luz que envolvía a la muchacha, del cambio en su semblante, de que sus pensamientos se encontraban muy lejos de allí. Temió provocarle alguna aflicción, pero debía saber.

—¿Recuerdas que hace tiempo me preguntaste si conocía a un tal señor Ritterchen y te dije que hablaría con los Moses? —soltó de repente. Alice asintió—. Lo cierto es que hemos estado comentándolo cuando tú no estabas y ninguno conocemos a caballero alguno con ese nombre.

—No hay nadie en Kendal ni en sus cercanías que se apellide de esa forma —aseguró el vicario, aspirando su pipa.

—No vive en Kendal —informó la joven.

—Pero si pasa tanto tiempo por aquí, ¿cómo es que no lo conocemos? —advirtió la señora Moses.

—Supongo que no lo has visto, pero cuando vuelvas a encontrártelo deberías preguntarle. Estaría bien saber de él, sobre todo si habla contigo a solas —la aconsejó Edith.

Alice se sintió abochornada ante la advertencia de su tía delante de los Moses. Aunque sabía que le habían tomado cariño y eran muy discretos, no pudo evitar reconocer que debía haberse informado mejor antes de... enamorarse de él.

—Lo haré —apuntó decidida.

—De todas formas, se me ocurre... —aventuró el vicario— que tal vez la señora Callaghan sepa algo. Creo que es la mujer más

anciana de Kendal y conoce a todo el mundo.

—¿La señora Callaghan? ¿La conozco? —Alice se dirigió a su tía.

—Seguro que sí —contestó Edith—. Creo que incluso me has hablado en alguna ocasión de ella. Es la abuela del empleado de la oficina de correos donde ya has estado varias veces. Ella suele sentarse a la puerta del local para entretenerse con el trasiego de la gente, aunque ya no vea.

—Y tampoco razone lo suficiente —se lamentó la esposa del vicario—. Es sabido que la memoria de la anciana Callaghan ya no es lo que era. Se recrea demasiado en el pasado y a duras penas reconoce a la gente más cercana.

—Los estragos de la vejez... —sentenció el vicario con aflicción.

—De cualquier forma, no perdemos nada con preguntarle en cuanto tengamos que ir al pueblo —aseguró Edith, levantándose—. Y ahora será mejor que nos vayamos, se está haciendo realmente tarde y la lluvia nos ha dado una tregua, pero no sé si seguirá mostrándose tan paciente como hasta ahora en cuanto se ponga el sol.

Se despidieron. Durante el camino a su casa, Alice se mostró particularmente callada, sumida en profundos pensamientos ajenos por completo a lo que su tía cavilaba. Edith creyó que se sentía molesta por la conversación privada delante del vicario y su esposa. Aunque sabía que podía confiar en ellos y en su discreción, Alice no los conocía tanto.

—¿Te ha molestado que le haya preguntado a los Moses por el señor Ritterchen? —Quiso saber Edith mientras caminaban de regreso.

—En absoluto, tía Edith. Sabía que lo harías, pero pensé que les resultaría conocido. Es extraño... Tuve que haberle preguntado por sus circunstancias cuando me dijiste que no lo conocías. Sin

embargo, es un caballero tan encantador, tan amable y considerado... —«Y lo amo tanto...», hubiera confesado si no le hubiera asaltado un repentino temor.

—Entonces, si hay algún interés por tu parte, como intuyo, invítalo a casa una tarde y podremos conocerlo.

—Tía..., creo que necesito más tiempo para dar ese paso. Cuando lo invite será porque verdaderamente esté preparada para anunciarle esta relación a mi padre. —«Y romper cualquier lazo con mi familia si no está de acuerdo, como tú misma hiciste», caviló con tristeza—. No deseo en estos momentos que Charles Coombe tenga nada que ver ni influya en manera alguna en mi elección...

—Te entiendo, Alice. Los avatares del pasado dejan su impronta indeleble y tú tienes aún una terrible decepción demasiado fresca en la memoria. Me parece bien que vayas a tu ritmo, que te tomes tu tiempo hasta que decidas que estás dispuesta a seguir adelante, que vas a pelearle al mismísimo conde de Stoneham si es necesario, porque vas a hacer valer tu decisión sobre todas las cosas. Asegúrate de contar con el apoyo del caballero elegido.

Alice mostró una sonrisa por primera vez desde que salieron de casa de los Moses, a punto de entrar ya en la vivienda de su tía.

—Estoy segura de que él estará a mi lado —susurró; sin embargo, no pudo evitar sentir un escalofrío, un extraño desasosiego propio de quien ha sufrido una gran desilusión, aún no confiaba...

Él le había confesado su amor y ella lo había correspondido, pero quería contarle por completo la verdad de su pasado, al igual que ella debería conocer que era aquello tan terrible que, en el fondo, lo atormentaba.

Capítulo 19

Al llegar a casa se encontraron con una sorpresa en forma de carta enviada desde la academia militar de Sandhurst en Surrey. Joseph Neville hijo le comunicaba a su madre, en unas escuetas pero alegres líneas, que iría a verla a finales de octubre, antes que los caminos se blanquearan y helaran con las primeras nieves y viajar se hiciera más dificultoso.

Aquella fue una noticia maravillosa para Edith, que no veía a su hijo desde hacía casi diez meses. Y desde aquel momento sus pensamientos se centraron en cómo lo recibiría, qué viandas le prepararía y qué regalo que le gustara podría comprarle como anticipo de Navidad.

Finalmente, tras mucha charla y montones de ideas, Alice y ella coincidieron en que un jersey de lana calentita tejido por Edith y unos calcetines gruesos le serían de mucha utilidad y él apreciaría la labor de las manos de su madre cuando se los pusiera. Alice se ofreció a ayudarla y a tejerle ella misma una bufanda.

—Ya sabes que le hablado de ti en todas mis cartas desde que llegaste y él te manda recuerdos en todas las suyas y me pregunta

por ti. Joseph conoce a sus primos por parte de padre, pero a ninguno de mi lado, así que, como te imaginarás, está de lo más intrigado por conocerte.

—Yo también. Estoy deseando verlo.

—Llegará en el carruaje del próximo viernes. Iré a esperarlo al cruce donde suele parar. ¿Querrías venir?

—Por supuesto, no me lo perdería por nada.

Los días hasta la llegada de Joseph transcurrieron con una cadencia monótona de lluvias y ocupaciones para dejar todo preparado antes de que el muchacho llegara. Alice no pudo evitar implicarse en la limpieza, elaboración de comidas, etcétera, y mejoró mucho su destreza haciendo punto.

Todo aquello impidió que no tuviera ocasión de ver de nuevo a Ritterchen. Pensó que aquello era una especie de prueba para descubrir si podría vivir alejada del caballero de sus sueños. Y se dio cuenta de que lo echaba terriblemente de menos, que esperaba que él la recordara tanto como ella lo hacía y que querría concluir con aquella separación lo antes posible.

El día de la llegada de Joseph Neville, acudieron temprano al cruce de Tisdale. El carruaje arribó al poco, y en cuanto el muchacho se bajó corrió a abrazar a su madre.

Joseph tenía diecisiete años y era bastante alto para su edad. Seguía conservando en su rostro cierto aspecto aniñado como el de la fotografía de la salita, el cabello rubio recordaba a su padre; y los ojos verdes y animosos, a su madre.

Se volvió hacia Alice, mirándola con embeleso en cuanto su madre deshizo su largo abrazo, y le sonrió tímido.

—Tú debes ser mi prima Alice.

—Así es. Es un placer conocerte al fin, Joseph.

—El placer es mío —le dijo el muchacho irguiéndose y

colocándose correctamente la chaqueta del uniforme de cadete que llevaba con orgullo.

—Me siento muy feliz de que mis dos personas favoritas se hayan conocido al fin —aseguró Edith, emocionada.

—De pequeño, mi madre me hablaba de ti y de tu hermana Millicent, aunque tengo que decirte que se le notaba un poco su preferencia por ti.

—Desde luego, y no lo oculto. Alice es, sin ninguna duda, mi sobrina favorita —aseguró Edith sonriente; y apoyándose del brazo de su hijo, echaron a andar en dirección a su hogar.

La semana que Joseph estuvo junto a ella reinó el buen tiempo. Madre e hijo aprovecharon para contarse lo más importante que había acontecido durante aquellos diez meses separados. La presencia de Alice ocupó la mayor parte del relato de Edith. No le hablaron a Joseph del marqués, no lo creyeron necesario. Salieron a visitar a la familia paterna y vecinos más cercanos, asistieron a suculentas comidas, probaron un montón de pasteles deliciosos, participaron de alguna fiesta con baile incluido, donde el muchacho pudo presumir de su impecable traje militar, y pasearon por el pueblo y sus alrededores.

Aunque la presencia de su primo la había animado mucho y había descubierto que era un jovencito de gratos modales y conversación, y de una madurez superior a su edad biológica, Alice no podía evitar recordar al caballero que la hacía suspirar y por el que sentía un afecto y una emoción tan especial como nunca antes experimentó y cuyo recuerdo llenaba sus días y sus noches por completo.

Pero ella no quería vivir de recuerdos, ella quería volver a verlo y juntos decidir sobre su futuro. Él le había prometido la eternidad a su lado si lo aceptaba, y ella se sentía más que dispuesta a

entregarse, le pesara a quien le pesase.

Lo cierto es que Alice tenía la esperanza de encontrarse con Ritterchen en uno de estos paseos y que pudiera presentárselo a su familia. Le hubiera encantado que Edith y Joseph lo conocieran y ella hubiera sido feliz al volver a verlo. Tal vez si aquella situación se hubiera dado, ella lo habría invitado a casa de su tía Edith y habría comenzado una relación formal que ya no estaba dispuesta bajo ninguna circunstancia, ni mandato, a rechazar. Todo aquel tiempo sin verlo le oprimía el corazón y evidenciaba que ya no quería vivir sin su presencia constante.

No obstante, Ritterchen parecía haber desaparecido.

Resultaba curioso, sin embargo, que donde más cerca lo sentía era en la iglesia cuando acudía al oficio acompañada de Edith y su hijo. A veces, sentada en el banco, creía percibir una sombra, una silueta entre las columnas que se lo recordaba, el eco de su voz, su aroma durante unos segundos... Se preguntaba si lo imaginaba, si era el deseo de verlo lo que hacía que hasta ella llegara el recuerdo de su voz, de su olor...

La semana junto a Joseph pasó rápido pese a su nostalgia por Ritterchen, y de forma inexorable para Edith, que añoraría a su querido hijo y lo despediría con más resignación que en otras ocasiones gracias al consuelo de encontrarse en compañía de Alice.

Los primos se despidieron con la alegría de haberse conocido y la promesa de seguir en contacto. Ambos habían consolidado una profunda amistad que Alice pensó que no llegaría a tal dada la juventud del muchacho.

Se sentía tan feliz junto a la familia que formaban Edith, Joseph y ella, y ante la promesa de amor de Ritterchen, que le daba miedo pensar que estuviera viviendo una fantasía, que tal vez un día despertara y descubriera que todo había sido un sueño, un engaño

de su imaginación.

Capítulo 20

Tan pronto como Joseph se marchó, Alice, excusándose en acercarle sin dilación a la señora Moses un pastel de patata que había elaborado y le había prometido llevarle para que lo probara, marchó hasta la iglesia con la verdadera intención de encontrarse con Ritterchen.

Era tarde, no quedaría más que una hora escasa de luz, y Edith la apremió para que se abrigara a conciencia y regresara pronto.

Caminó rápida hasta la vicaría y rechazó, amable pero contundente, el ofrecimiento del sacerdote de acompañarla de vuelta. Dio un rodeo por el camino y regresó a los terrenos de la iglesia para entrar en el cementerio. El atardecer se intuía en la luz apagada de un sol otoñal y en un cielo de color rojizo, anaranjado, bello pero melancólico.

Recordó que el caballero solía llevar flores a una tumba e, intentando entretener algunos minutos más de su tiempo antes de que tuviera que marcharse, probó buscar cuál sería aquel lugar que él solía visitar y donde entregaba su ramo. Era mucho lo que desconocían uno y otro de sus vidas y, sin embargo, ella sentía que

conectaba con él más que con quienes hubo vivido largos años: su padre, su madre o su hermana.

Aquello le hizo reconocer que la vida en Kendal era mucho más amable con ella, y la gente que la rodeaba, más afectuosa. No quería marcharse, evitaba pensarlo siquiera...

—Alice...

El suave susurro de su nombre en sus labios le despertó un sinfín de sensaciones en su interior y sobre la piel. Ni siquiera lo había visto, solo lo había escuchado, pero sabía, como por arte de magia, que él estaba justo detrás de ella. Cerró los ojos un momento para saborear el instante, su corazón palpitó emocionado y de él surgieron los más intensos sentimientos de júbilo. Se le humedecieron los ojos y se dio la vuelta con rapidez para no perder ni por un instante la dicha de ver el rostro amado.

—Ritterchen... —susurró a su vez—. Te he echado tanto de menos... ¿Por qué me abandonaste?

—No te abandoné ni un solo momento, Alice, pero tú tenías tus obligaciones y yo no quise molestarte. Me limité a esperar...

—Yo quería que hubieras conocido a Joseph, él es parte de mi familia. Te lo hubiera presentado, y a mi tía Edith.

—Eres afortunada por tener una familia que te arropa, Alice. Yo no tengo a nadie... más que a ti.

—¿Tus padres? ¿Murieron?

—Hace mucho tiempo ya.

—Entonces no debes estar solo, Ritterchen. Quédate a mi lado.

—Me he acostumbrado tanto tiempo al frío de la soledad que a veces me pregunto si seré una buena compañía para ti. Siento que merecerías a alguien que no llevara sobre sus hombros una pesada carga de recuerdos y tristezas. Alguien como ese joven soldado, tan alegre y despreocupado, con una vida que es un lienzo blanco, con

todo por vivir, por escribir.

—Joseph es un primo que no sabía que tenía y por el que he comenzado a sentir gran afecto, pero eso no puede compararse a lo que siento por ti, no tiene nada que ver. Tú eres el desconocido que acepto y amo porque reconozco a un alma afín. Yo...

Alice quería sincerarse contándole su compromiso fallido, que él supiera sus antecedentes antes de que pudiera enterarse por alguien ajeno, aunque seguía avergonzándola hablar de ello. Él se aproximó a ella y acarició una mejilla con el dorso de su mano. Aquello la animó a seguir hablando.

—Estuve prometida a un hombre, un noble, y la semana antes de la boda rompió el compromiso para casarse con mi hermana pequeña —le confesó levantando la cabeza para enfrentar sus ojos.

—El marqués de Compton presentó a su esposa, lady Millicent Weston, a la reina hace unas semanas. No le fue fácil conseguir presentarla ante la monarca, pero las apariencias se impusieron. Sin embargo, nunca lo perdonará ni aprobará lo que hizo. A la reina no le gustan esos devaneos.

Alice abrió desmesuradamente los ojos, sorprendida por completo.

—Tú... ¿lo sabías?

—No estaba seguro hasta ahora, que acabas de confesarlo.

La muchacha bajó la cabeza aturdida, intentando ocultar sus lágrimas.

—¿Y qué opinas? ¿Es por esto que no nos hemos visto esta semana?

—No, ya te lo dije, solo te daba tiempo para que pensaras si realmente querías estar a mi lado, Alice. Siento mucho lo que te ocurrió, todo por lo que tuviste que pasar. Weston tiene todo mi desprecio, pero si te hubieras casado con él, nunca nos hubiéramos

encontrado. Ahora, ya no vas a pertenecerle jamás.

La joven asintió y lo miró con un brillo prometedor en los ojos.

—Yo también quisiera saber de ti —le pidió—, lo desconozco todo.

—Te contaré lo que quieras, aunque no me va a ser fácil, mi corazón aún pena a causa de mis circunstancias. Quizá no te importe que lo haga cuando tengamos más tiempo... —dijo elevando la mirada hacia el horizonte en el que el sol desaparecía tras la colina donde una vez lo vio junto a un roble centenario, que constituía uno de los límites del camposanto.

—Es tarde... —reconoció ella—. Debo irme. ¿Cuándo volveré a verte?

—Muy pronto, te lo prometo.

Ella le sonrió y se dispuso a marcharse, pero él tomo con delicadeza una de sus manos y la llevó hasta sus labios. La besó con suavidad y hundió su rostro en ella, aspirando su perfume. Ella abrió la palma y con su dedo índice repasó el contorno de sus labios, mientras se mordía levemente los suyos, deseosa de ahondar en las sensaciones que él la hacía sentir. Ritterchen la tomó del cuello y la atrajo hacia su rostro, para mirarla posesivo, con pasión, durante unos segundos, y apoderarse después de su boca hasta que quedó sin aliento.

Tras unos momentos mágicos se obligó a dejarla marchar.

Con la respiración entrecortada, turbada, sonrojada por la intensidad de su contacto, Alice echó a andar como un autómata, con el corazón anhelante y el deseo a flor de piel.

Esto era, se dijo. Esto era lo que siempre había anhelado sentir, esto era el amor y ya no le cabían dudas. Esta separación, aunque fuera por unas horas, que le desgarraba el alma, esta sensación de vacío cuando debía partir sin saber cuándo, ni dónde lo vería... Oh,

sí, el amor que siempre quiso y anheló la había atrapado, y aunque dolía, sonrió.

Capítulo 21

Amar y sentirse amada eran sentimientos que le inspiraban reacciones contradictorias. Por una parte, quería contárselo a Edith, a todos, gritarlo a los cuatro vientos, ya que sabía que aquellas emociones se traslucían en su rostro y no podía evitar que su tía la mirara con intensidad y curiosidad cuando la creía distraída. Por otra parte, sentía una emoción especial en saberse la única conocedora del secreto, a excepción de Ritterchen. Comprendía que era como esconder un preciado tesoro a salvo de comentarios, de opiniones, de críticas, únicamente para ella, como si así pudiera conservarlo puro e intacto.

Aquella felicidad se truncó varios días después cuando recibió una carta de su padre desde Londres.

Edith había recogido la misiva en la puerta, donde se la entregó el cartero, y había esperado que la muchacha regresara del mercado para dársela. Como si temiera su contenido, Alice había postergado su lectura hasta después del almuerzo, cuando las dos se hallaban sentadas frente a la chimenea en una desapacible tarde de inicios de invierno.

Las lágrimas que surgieron espontáneas de sus ojos y resbalaban por sus mejillas le dieron a entender a Edith que no se trataban de buenas noticias.

—¿Qué ocurre, querida?

—Mi padre... dice que pronto vendrá a recogerme para que llevarme a Londres. Tiene planes para mí.

—Oh... ¿por qué será que no me extraña? —se quejó Edith de súbito malhumorada.

—No pienso marcharme —sentenció Alice—, si aún quieres acogerme.

—Por supuesto, querida. Tu padre hace mucho que se convirtió en un desconocido para mí y no lo necesito en absoluto. No tiene ningún poder sobre mi persona, así que en nada puede influenciarme. Siéntete libre de quedarte si es tu decisión.

—Así lo haré. Gracias, tía, no imaginas cuánto te debo... No me iría con mi padre bajo ningún concepto, pero teniéndote a mi lado me siento amparada —le contestó, secándose las lágrimas.

—Lo hago con gusto, puedes contar conmigo.

—Siento mucho haber perdido el contacto todos estos años... Te recuerdo como alguien siempre alegre... excepto por tu última conversación con mi padre. Yo salía de una de las estancias cuando te vi marchar con lágrimas en los ojos después de haberos oído gritar... Aquello me dejó una honda impresión que nunca pude olvidar.

—Ese fue el día de nuestra ruptura. El día que Charles Coombe me obligó a elegir entre mi familia o Joseph... ¿Qué podías haber hecho tú? Eras muy pequeña. Es natural que perdiéramos el contacto.

—Me temo que mi padre me pondrá en la misma tesitura ahora. Me cuenta que quiere presentarme a un viudo que está interesado

en mi persona, un lord con varios hijos a su cargo.

—Oh, qué predecible... y qué desagradable. Charles Coombe no da puntada sin hilo.

—Así es. Ha encontrado a alguien al que no le importan mis circunstancias pasadas o piensa sobrellevarlas a cambio de que me convierta en una esposa que críe a sus hijos y continúe aumentando su prole. Sin embargo, no tengo interés y ninguna intención.

—Es el momento de decidir qué piensas hacer con tu vida, Alice.

—Lo tengo muy claro, tía Edith. Yo misma me haré cargo de mis circunstancias, y aunque pensaba que nunca sentiría nada especial por ningún hombre, tengo que confesar que amo a Ritterchen —sonrió al evocar su nombre— y me casaré con él o permaneceré soltera.

Edith mostró un rostro preocupado.

—¿Estás segura...?

—Por completo —declaró con firmeza y, levantándose, añadió—: Perdóname por dejarte un rato a solas, pero necesito escribir una carta en respuesta a esta para prevenir a mi padre. Es mejor que no pierda el tiempo en venir a buscarme porque no pienso someterme más a sus designios.

Alice permaneció en su habitación hasta la hora de la cena, a la que asistió desganada, más por hacer compañía a Edith que porque tuviera verdadero apetito. En cuanto la oficina de correos abriera por la mañana, pensaba mandar su decisión por escrito sin más dilación.

Tan pronto amaneció, Alice se levantó y se dispuso a preparar el desayuno para que su tía lo tuviera listo cuando despertara. Durante la comida, Edith se ofreció a acompañarla a la oficina de correos. Aún la notaba disgustada e imaginaba que el contenido de lo escrito a su padre la mortificaba, porque sabía que Charles Coombe no

aceptaría con facilidad un «no» por respuesta. Fuera lo que fuese, si conocía a su hermano, Edith estaba segura de que no respetaría los deseos de su hija.

No conversaron mucho durante el recorrido. Edith respetó el silencio de Alice, su preocupación.

Al entrar en la oficina, saludaron a la señora Callaghan, quien, pese a lo temprano de la hora y el frío, se encontraba sentada en la pequeña estancia, a salvo del viento helado que soplaba en el exterior, junto a un recipiente metálico donde unas brasas de carbón la calentaban.

—Buenos días, señora Neville y señorita Alice —la anciana les devolvió el saludo.

—Es curioso cómo con solo oír nuestras voces recuerda quiénes somos —le susurró Alice a su tía.

—Supongo que el sentido del oído se afina mucho más en algunas circunstancias.

Mientras Alice entregaba la carta al empleado y este anotaba los datos, Edith se dirigió a la anciana para entablar conversación.

—Se ha despertado un día verdaderamente invernal, señora Callaghan.

—Sí, mis huesos me decían desde hace varios días que ya había llegado el crudo invierno, y pronto nevará, señora Neville.

—Lo tendré en cuenta. Estoy segura de que no se equivocará.

—No, no, es lo que tiene haber vivido tanto...Puede que una no sirva ya para mucho, pero desarrollas otras habilidades que tienen más que ver con lo que se percibe en el interior, no con los sentidos. Desde luego, no con la vista. —Rio la anciana mostrando su boca desdentada.

—Me preguntaba... si usted conocería a alguien llamado Ritterchen —inquirió Edith acordándose del consejo del vicario y

siempre preocupada por lo que tuviera que ver con su sobrina, mientras se acercaba a las brasas para calentar sus manos. La anciana permaneció muda, Edith creyó que no la habría escuchado o tal vez no sabría de qué se trataba, pero cuando se fijó en su rostro, el corazón le dio un vuelco. La anciana se llevaba la mano al pecho y una solitaria lágrima resbaló por su mejilla a la vez que murmuraba algo que Edith no conseguía entender.

—Señora Callaghan, ¿se encuentra bien?

Alice acudió a su encuentro al percatarse de la perturbación de su tía.

—¿Qué ocurre, tía Edith?

—Clara, *ritterchen*... —susurró la anciana—. Mi querido niño, mi pequeño caballero...

—Abuela... ¿estás bien? —Quiso saber el empleado de la oficina saliendo de detrás del mostrador, preocupado.

—Le he mencionado al señor Ritterchen y ha reaccionado así... —explicó Edith.

—Mi pequeño *ritterchen*..... Oh, pobre, pobre niño...

Alice se alarmó ante la mención del nombre de su adorado. La mujer parecía saber de quién se trataba. Se acuclilló junto a la anciana para que notara su cercanía y tomó una de sus manos temblorosas.

—Señora Callaghan, ¿lo conoce? ¿Podría decirme quién es? ¿Dónde vive?

—Oh... mi pequeño *ritterchen* vivía en Westmorland junto a sus padres, lady Clara y lord Alphonse Cornwell, los duques, a los que yo servía. Yo ayudaba a la duquesa con su hijo *ritterchen.* Solo lady Clara lo llamaba así, en el idioma de su madre, que era alemana. Me dijo que se traducía como «mi pequeño caballero». Yo era su niñera y debía llamarlo lord Justin Cornwell. Ayudé a criarlo como se

merecía el heredero del ducado. Creció fuerte y sano mi querido muchacho. Lo quise mucho, estaba tan orgullosa de él... Mi nieto lo sabe, ¿verdad, querido? Lo he contado tantas veces ya, que mi familia se aburre de oírme relatarlo una y otra vez...

—Mi abuela trabajó durante muchos años para los Westmorland como niñera del heredero —corroboró el joven.

—Pero los padres murieron, el heredero se casó, sin embargo... —prosiguió Edith, quien conocía aquella triste historia.

—Sin embargo, aquel pobre muchacho no alcanzó a disfrutar de su título y de la vida junto a su esposa e hijo más que unos cuantos años —continuó la anciana.

—¿Qué sucedió? —Quiso saber Alice con el corazón en un puño.

—La esposa de *ritterchen* y el hijo de ambos murieron durante la epidemia de cólera de hace unos años y mi querido niño, entristecido por el dolor... —La anciana se echó a llorar con un quejido leve y sentido que golpeó el corazón de todos los que la acompañaban—. ¡Ah! Dios con su infinita compasión lo perdonará, perdonará a mi querido *ritterchen*.

Capítulo 22

Edith y Alice caminaban aprisa de vuelta a casa, arrebujándose en sus abrigos que a duras penas las abrigaban del viento helado que presagiaba las primeras nieves del invierno. Aquel año, las nevadas se iban a adelantar, inmisericordes.

Ajena al frío exterior, sintiendo solo la escarcha helada que, desde que escuchó el relato de la anciana, había invadido su corazón como hiedra venenosa, Alice quiso saber:

—¿Qué insinuó la señora Callaghan? ¿Por qué dijo que Dios tenía que perdonar a Ritterchen?

—Alice..., ¿estás segura de que es ese el nombre que te dio el caballero?

—Sí, estoy segura.

—Debe de tratarse de un malentendido o quizá de una broma de muy mal gusto.

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

—Deberíamos hablar de esto en casa.

—No, dime lo que sabes, por favor —le pidió Alice en un tono imperativo, exigente, y para corroborar sus palabras se detuvo en

mitad de la calle empedrada, casi a las afueras del pueblo.

—Alice..., *ritterchen*, el heredero de los Westmorland, cuando la enfermedad se llevó a su esposa e hijo... se suicidó. Puso una pistola contra su pecho y se disparó.

Edith vio cómo el rostro de Alice mudaba de color, sus cejas se arquearon y la humedad fluyó a sus ojos, los labios se contrajeron en una mueca de dolor infinito, de angustia y... de sorpresa.

—No... No es él. No sé qué clase de malentendido endiablado es este, pero Ritterchen está vivo —expresó con un hilo de voz. «Está vivo y yo lo he sentido entre mis brazos, he sentido el calor de sus besos y su tacto sobre mi piel», pensó.

—En el cementerio están las tumbas de su esposa y su hijo. Son unas lápidas sencillas, no sé por qué quiso enterrarlos ahí en vez de en el panteón de su familia junto a la iglesia de los Westmorland. Tal vez sería porque tenía en mente lo que haría después. —Alice la miró sin comprender—. Al tomar su vida no puede ser enterrado en terreno sagrado, por lo que lo hicieron a las afueras del cementerio, justo en el límite, junto al roble. Desde allí supongo que pensaría que estaría más cerca de ellos.

—Debo verlo...

—Te acompañaré.

—No, tía, por favor. Déjame que enfrente todo esto a solas.

—¿Estás segura? Sabes que no me gusta caminar por el camposanto, pero, en estos momentos, te acompañaría sin dudarlo.

—Lo sé y te lo agradezco, pero yo... necesito estar sola. —«Y hablar con él, entender qué es toda esta locura»—. No te preocupes por mí, estaré bien.

—Te esperaré en casa. —Con aquellas sencillas palabras y su mirada, Alice entendió que su tía se ofrecía como refugio a su dolor, a su locura, tal vez.

Ella no sabía muy bien qué estaba ocurriendo. Ritterchen no podía ser un fantasma, no podía estar en su imaginación porque ella lo había sentido, había hablado con él, lo había besado... ¿Qué significaba todo aquello?

El frío y el viento arreciaban, pero ella tomó el camino de la iglesia con rapidez, como si el cuerpo no le pesara, como si fuera tan ligero como el aire. No se molestó en escoger un rodeo, como había hecho en otras ocasiones, para ser discreta. Pasó frente a la casa de los Moses, quienes, afortunadamente, no se encontraban fuera. El mal tiempo parecía beneficiarla en ese aspecto. No se había cruzado con nadie en su recorrido hasta el cementerio, nadie había visto su rictus preocupado y herido.

Al entrar en el camposanto, la brisa helada pareció remitir y Alice se dejó guiar por una especie de instinto hasta encontrar las tumbas que buscaba. ¿Cómo las había descubierto tan fácilmente? ¿Por qué nunca antes las había visto? ¿O no había querido verlas? Allí estaban sus nombres tallados en la piedra, el de la esposa y el hijo de corta edad. Alice cogió aire y miró en derredor, levantando la cabeza por vez primera desde que llegara a aquel lugar. Buscó su presencia, pero no la encontró.

Caminó entonces hacia el añoso roble que, sobre la colina, marcaba uno de los límites del lugar sagrado, y recordó, sintiendo un pellizco en el corazón, que había visto en ocasiones a Ritterchen junto a aquel árbol.

Subió el terreno lentamente, como si arrastrara pesadas cadenas, lejos ya de la ligereza con la que llegó a su destino.

Suspiró hondo cuando alcanzó la cima y contempló, en la cara que descendía, una sencilla losa de piedra que albergaba el cuerpo de un desdichado que murió sin el amparo de la religión.

Se acercó, tan despacio como pudo, y leyó la inscripción.

Exhaló todo el aire que había aguantado hasta el momento y notó un zumbido en sus oídos, el palpitar de su corazón y el fluir de la sangre en sus venas. Creyó que se desmayaría y se reclinó frente a la tumba, para sentarse sobre sus rodillas. Se tapó la boca para evitar gritar.

«Amado Justin. Descansa en paz».

Era incapaz de pensar, incapaz de razonar. En esos momentos una mano helada estrujaba su corazón con saña. Se preguntó si aquello era una broma de mal gusto, si ella lo habría soñado todo o se estaría volviendo loca. «¿Ritterchen es Justin Cornwell?».

Alzó la vista, se limpió las lágrimas y quiso gritar su nombre. «¿Dónde estás? ¿Dónde estás ahora que te necesito?».

¿Qué había sido todo aquello? ¿Un sueño? ¿Su deseo de amar le había hecho encontrar un amor para toda la eternidad, aunque este fuera un delirio de su mente? ¿O estaría ella tan muerta como aquel que descansaba bajo la tierra?, se preguntaba sin hallar respuesta.

No supo cuánto tiempo estuvo allí envuelta en morbosos pensamientos, intentando discernir la realidad, esperándolo en vano.

Finos copos de nieve comenzaban a caer cuando Alice tomó una decisión.

Capítulo 23

Continuó caminando ajena al frío, a la helada caricia del viento, a los copos de nieve que la envolvían lentamente. Cruzó el puente sobre las aguas gélidas y contempló de nuevo el paisaje que le había llamado la atención hacía no sabía cuánto tiempo, solo que ahora la hierba no estaba verde ni alta, la mansión no parecía de cuento de hadas, sino una mole abandonada, y su corazón latía sumido en la angustia y no en la esperanza.

La vivienda de los Westmorland..., debía caminar hasta allí y saber...

Rozó con las yemas de sus dedos el tocón del árbol que había presenciado como Ritterchen la había amado. Aún podía sentir sus caricias sobre la piel, sus labios sobre los suyos, su aliento, el palpitar de su corazón...

No buscó un sendero cómodo por el que llegar a su destino, cruzó aplastando la hierba húmeda bajo sus pies, tropezando, cayendo y levantándose, hasta que tiempo después llegó hasta la entrada de una mansión impresionante, aunque... con cierto aire de desamparo.

Comprobó que la puerta principal estaba cerrada y las anexas colindantes, también. Alice creía morir de desesperación, parecía que nadie viviera en la casa y aquello la dejaba sin posibilidad de saber la verdad ni de encontrar a Ritterchen. Se negaba a creer que hubiera imaginado a un hombre, lo hubiera hecho a su medida y lo hubiera dotado de vida, de una que solo ella podía ver.

—¡Ritterchen! —gritó ante la puerta principal varias veces.

A punto de rendirse, agotada, un anciano vestido de forma elegante y pulcra según la costumbre de los mayordomos de las casas nobles salió a su encuentro.

—¡Señorita! —la llamó—. ¿Qué sucede? ¿Puedo ayudarla?

Alice lo miró con ojos que reflejaban su profunda desesperación.

—¿Dónde está? ¿Qué fue de él?

—¿Por quién pregunta, señorita?

—Por el heredero de los Westmorland, Ritterchen.

—Oh... El heredero de los duques, lord Justin Cornwell, murió trágicamente hace unos años.

—Pero él no puede ser Ritterchen...

—Era un mote familiar, cariñoso, señorita, su madre los llamaba así...

Ella se sintió desfallecer y estuvo a punto de caer al suelo sin fuerzas que la sujetasen si no hubiera sido porque en ese momento notó como los fornidos brazos de un caballero la acogían y susurraban su nombre.

—Alice...

—Ritterchen... —lo llamó casi sin voz, la sorpresa había hecho que su corazón se precipitara en un latir desacompasado y alocado y quedara muda.

—¿Qué haces aquí?

—Me dijeron que habías muerto.

—Bernard —se dirigió al lacayo—. Enciende la chimenea de la salita de día, lady Alice necesita descansar.

Alice se dejó llevar por el caballero y entraron en una mansión que olía a cerrado, a soledad, a abandono. No pudo apreciar la belleza de la construcción, el exquisito lujo y el buen gusto con el que estaba decorada, porque sus ojos solo abarcaban la presencia masculina, aún incrédula de encontrarse tan cerca de su anhelado cuerpo, amparada por su mirada, guiada por sus cálidas manos.

La sentó en un cómodo sofá cerca de la chimenea que ya ardía. La dejó un momento para remover las brasas y servirle una copa de brandy.

Ella no apartaba la mirada de su cuerpo, de sus manos, de su rostro. ¿Estaba soñando? ¿Su mente desvariaba y a punto de romperse había elegido la senda de la locura?

—Tómatelo, Alice, te hará bien. Estás helada.

Ella cogió la copa entre sus dedos y la bebió de un trago. Tosió al acabar, pero aquella bebida contribuyó a hacerla entrar en calor.

Él se sentó junto a ella y la tomó de las manos.

—¿Es esto real?

—Estoy aquí.

—Pero... me dijeron que habías muerto..., *ritterchen*, el hijo de los duques...

—Así nos llamaba mi madre. Es una expresión cariñosa. ¿Quién pudo saberlo?

—La señora Callaghan —contestó ella con una mirada interrogante en su rostro al escucharlo asumir que era así como lo llamaban—, la abuela del empleado de la oficina de correos.

—Sí, recuerdo haberla oído mencionar alguna vez. Era la niñera de mi hermano...

—¿Tu hermano? ¿Tenías un hermano? ¿Él murió?

—Ven, te enseñaré algo...

Alice se dejó llevar por helados y desiertos corredores hasta un salón de enormes proporciones, exentos de muebles más que algunas mesas decorativas que se encontraban junto a la pared. Ella pensó que hubiera sido un salón ideal para celebrar fastuosos bailes.

Ritterchen le mostró unos oleos de gran tamaño que adornaban las paredes y que exponían retratos familiares.

—Aquí están mis padres Clara y Alphonse Cornwell junto a mi hermano Justin, quien tendría unos diez años. Yo aún no había nacido, pero mi madre me contó que ya estaba embarazada cuando el pintor los retrató.

—Justin...

—Ese era su nombre. Él iba a ser el heredero del ducado. Un hombre fuerte, valiente; mi hermano mayor, al que quería y adoraba... Aquí estamos los dos —le mostró otra pintura—, él era un muchacho, yo no era más que un mocoso de cuatro o cinco años.

—Tenéis cierto parecido...

—Lo admiraba, Alice. Creía que era indestructible. Era el espejo en el que me miraba. Se casó con su preciosa esposa irlandesa y se vinieron a vivir aquí cuando mis padres murieron, para que no me quedara solo. Para entonces ya tenían a su hijo y poco después se quedó sin nada. —Alice lo escuchaba sin interrumpirlo, con un nudo en la garganta al percibir de forma palpable todo el dolor que arrastraba y lo consumía desde entonces.

Ritterchen posó la vista sobre otro de aquellos cuadros y ella se enfrentó a una imagen de Justin Cornwell, su esposa e hijo, todos mostraban una expresión de felicidad.

—Yo tuve la culpa de que vinieran a Cumbria a encontrarse con la enfermedad y la muerte. Justin no pudo superar la desaparición de su esposa y de su hijo, no tuvo fuerzas. Y se quitó la vida. Yo no

fui capaz de darme cuenta de lo que pensaba hacer, de impedirlo de alguna manera. Tenía que haberlo vigilado, haber permanecido junto a él todo el tiempo, pero lo escuchaba decir que el dolor pasaría y no supe entender lo que aquello significaba. Incluso cuando pidió que enterraran a los suyos en el cementerio del pueblo y no en el panteón familiar, no entreví el porqué. Cuando ocurrió la tragedia lo descubrí, pero ya era tarde. Nunca dejarían que su cuerpo reposara en lugar sagrado, así que los enterró en el cementerio parroquial para estar lo más cerca posible de ellos, cuando...

Lágrimas silenciosas resbalaban por las mejillas de Alice, quien reclinó su cabeza sobre el hombro del caballero y musitó palabras de consuelo.

—Ritterchen, lo siento tanto...

—Quise que el ducado muriera con mi hermano. No quería heredarlo. Sobre mi conciencia pesaba la fatalidad de su destino. Unos parientes me acogieron en su casa, pero en cuanto cumplí dieciocho años, regresé y he vivido en Westmorland como un fantasma errante, vagando, sin delatar mi presencia, con la compañía de mi fiel mayordomo y pocos más. Para el resto del mundo, el ducado de Westmorland habría desaparecido. No quería que nadie me compadeciera o murmurara a mis espaldas, no quería compartir mi desgracia, porque me pertenecía solo a mí. Cuando te vi por vez primera en la iglesia con tu pesar escondido, rezando y llorando a solas, algo dormido despertó en mi interior y de repente llegó la luz a mi vida, y llenaste con ella mis días y apartaste las sombras y pesadillas de mis noches.

—Ritterchen...

—Tu voz, tu olor... me recordó a mi madre y te di ese nombre cuando me preguntaste. Quería volverlo a oír de labios de una mujer, como si mi hermano y yo aún estuviéramos vivos. Y cada vez

que me nombrabas, un rayo de esperanza entraba en mi vida, la ilusión de que alguien pudiera volver a amarme de nuevo, alguien... como tú. Mi querida Alice..., siento que no te merezco.

—No digas eso, no es cierto... Ya has penado suficiente. Tu hermano querría que recompusieras tu vida tras tantos años de oscuridad. Él sería feliz si tú comenzaras a vivir. No querría que te embargara tanta tristeza y soledad.

—Creo que ya estoy preparado para abandonar la miseria en la que he vivido, lo que mi corazón ha ocultado durante largos años, pero me gustaría saber si a pesar de todo lo que te he contado, querrías estar a mi lado.

—No hay ningún otro lugar en el que yo podría ser feliz. Mi sitio está junto a ti, donde quiera que tú estuvieras.

—Entonces... ¿aceptarías ser mi esposa y permanecer juntos para siempre?

—Con toda mi alma y con cada latido de mi corazón.

El caballero acercó sus labios a su mejilla y ella volvió el rostro hacia él buscando su boca, sus besos más íntimos, anhelando su contacto.

Lo que comenzó con dulces y tiernas caricias acabó despertando una pasión indómita, el deseo irreprimible de encontrarse en el otro, de constatar no solo un amor espiritual, sino también su expresión física.

Alice anhelaba el tacto de sus dedos, de sus manos, de su piel sobre su cuerpo. Necesitaba sentir que él estaba allí, después de tanta angustia, tanto sufrimiento.

—Te necesito... —musitó ella junto a su oído.

Ritterchen asintió enajenado por su propio deseo, por la respuesta ardiente con que su amada lo correspondía. La tomó en brazos y regresó a la salita, cerrando la puerta tras ellos. Reclinó a

Alice sobre el sofá y continuó besándola, abarcando con sus atrevidos besos lugares recónditos, desprendiendo capas de ropa, notando como la muchacha se arqueaba para pedirle, exigirle más.

Se dejaron llevar por la intensidad del deseo, por la excitación del encuentro. Ritterchen la hizo suya y ella se entregó por vez primera a un hombre, a su amor soñado y, sin embargo, real, como comprobó al sentirlo sobre su cuerpo, en una unión que le dejó la impronta del fuego masculino sobre su piel, de su íntimo dolor, de la pasión de ambos amantes.

Juntos cabalgaron al encuentro del placer y su clímax les supo a esperanza y a eternidad.

Capítulo 24

Poco después, Ritterchen y Alice llegaban a casa de Edith. El placentero y relajante paseo a caballo desde Westmorland arropada entre los brazos de su amado, envueltos ambos en una nube de felicidad, mudó para ella de súbito al encontrar frente a la puerta de entrada el carruaje del conde. Había ido a buscarla.

—Mi padre está aquí —le dijo al bajar del caballo, ayudada por los fuertes brazos del hombre—. Quiere comprometerme con un lord viudo. Ayer me lo comunicó por carta, pero no ha tenido paciencia para recibir mi respuesta.

—Ese compromiso ya no será posible —le dijo él con firmeza.

Alice sonrió y él la besó con ternura en los labios, provocando, sin saberlo, un escándalo de proporciones desorbitadas al ser vistos por una aldeana que pasaba cerca de ellos justo en ese momento, cargando con una lechera.

—Voy a pedirle tu mano y nos casaremos enseguida.

—No puedo esperar...

Entraron en la casa. La señora de la lechera se fue a proclamar a los cuatro vientos lo que había visto, por lo que muy pronto el

pueblo estuvo enterado de que la sobrina de Edith Neville tenía un ardiente y desconocido enamorado.

Alice se asomó a la entrada del salón de la vivienda, seguida por el caballero que permaneció semioculto en las sombras del pasillo. La estancia se encontraba recargada con la presencia de su tía, su padre, su madre; todos de pie, como si de una visita de paso se tratara, y... su hermana Millicent, cuyo pomposo vestido abarcaba el espacio de dos personas corpulentas.

—Padre, madre..., Millie, ¡qué sorpresa! —no pudo evitar decir la muchacha al verlos todos reunidos.

—Les he contado que precisamente esta mañana les habías mandado una carta... ¡Oh! —Edith se tapó la boca con la mano en un gesto de sorpresa cuando vio al caballero que acompañaba a Alice y que la seguía.

Alice entendió su asombro y, notando el rostro desconcertado y ceñudo de su padre ante su inesperada presencia, lo presentó sin demora, haciéndolo pasar:

—Tía Edith, padre, madre, lady Millicent, permitidme que os presente a... —Sonrió y se mordió los labios un momento, pues aún no sabía el nombre verdadero de su amado.

—Henry Cornwell —anunció, mirándola a los ojos, para después encarar al resto de los presentes—, encantado de saludarlos.

Alice lo contempló con adoración y musitó muy bajito: «Henry». Él le devolvió la sonrisa y, por unos instantes, se perdieron en el hechizo de las pupilas del ser amado.

Edith hizo una leve reverencia que no fue vista por ninguno de los presentes, puesto que todos estaban observando al caballero, preguntándose qué clase de relación lo uniría a Alice.

—Es un placer, señor Cornwell. Disculpe mis modales y que no lo agasaje como sin duda merece —explicó Charles Coombe, irónico—,

pero lo cierto es que tenemos bastante prisa y desearía que mi hija recogiera sus cosas tan pronto fuera posible. Tenemos que viajar hasta Escocia al encuentro de mi yerno, el marqués de Compton, y regresar para que Alice pueda ser presentada a su futuro esposo, el barón de...

—Me temo que eso no va a ocurrir —aclaró Henry Cornwell, Ritterchen, sin titubeos.

—¿Qué quiere decir? ¿Cómo se atreve? —demandó airado lord Stoneham.

—Alice y yo tenemos la decidida intención de casarnos.

Edith juntó sus manos como si fuera a rezar y exhaló un profundo suspiro. Su mirada se encontró con la de Alice y la muchacha le sonrió feliz.

—Enhorabuena, queridos —los felicitó con sincero entusiasmo.

—¿De qué se trata todo esto? ¿Edith, qué tienes que ver tú en todo este disparate? —le reclamó el conde.

Edith quiso explayarse ante lo que pensaba acerca de los matrimonios concertados, pero su cuñada tomó la palabra.

—Alice, te escribimos para que supieras de tu compromiso —explicó Cecilia Coombe a su hija.

—Recibí su carta y les contesté tan pronto la leí. Esta mañana les envié la mía con la respuesta, como ya tía Edith os ha explicado, para que no os molestarais en venir.

—Lo cierto es, Alice, que así tengo la oportunidad de hacer las cosas como conviene a la tradición y pedirle la mano a tu padre —añadió Ritterchen.

—¿Quién es usted? ¿Un Cornwell? Ni siquiera me suena ese apellido... Mi hija no se casará con cualquiera.

Millicent contemplaba a unos y a otros en silencio, asombrada del desparpajo de su hermana, mientras le daba vueltas a aquel

apellido que le sonaba en cierta manera. ¿Sería posible que se lo hubiera oído mencionar a su esposo o a alguna de sus amistades? Lo cierto era que todos se desplazaban hasta Escocia para reclamarle al marqués su abandono a las pocas semanas del enlace. Millicent y Michael habían vivido una luna de miel intensa y tormentosa; y tras ella, lord Compton la había ido dejando cada vez más tiempo sola, mientras que él se pasaba los días viajando de un lugar a otro, atendiendo invitaciones, en compañías elegantes y otras no tanto. En esos momentos se encontraba en Escocia desde hacía dos meses y ella no había recibido una invitación para que fuera a su encuentro, ni tan siquiera un breve mensaje.

Harta de sus desplantes y desprecios, le había pedido a su padre que la acompañara para reclamarle, no iba a permitirle que se divirtiera con su dinero mientras ella lo esperaba aburrida en la enorme mansión.

Charles Coombe iba predispuesto a exigir a su yerno y, de paso, a recoger a Alice, aunque Millie había manifestado su incomodidad por la presencia de su hermana. El conde ignoró su disgusto, ya que pensaba aprovechar el viaje para ir poniendo al día a su hija mayor sobre su futuro esposo. Y Millicent se había encontrado en casa de su desconocida tía con una situación que nunca hubiera imaginado. Alice le plantaba cara a su padre mientras que un atractivo caballero pedía su mano.

—Padre, tengo más de veintiún años, soy mayor de edad. Ya no tengo por qué atender sus demandas y haré lo que sea por casarme con este hombre. —Alice le ocultaba a propósito a su padre la recién descubierta condición de duque de Henry Cornwell. Le fastidiaba que su opinión sobre él dependiera de un título, y aunque hubiera sido muy fácil que el conde no protestara en absoluto, le apetecía sobremanera demostrarle que ya no le temía. Al fin y al cabo, se

hubiera casado con Ritterchen aunque se hubiera dedicado a cuidar ovejas. Más pronto que tarde todo se sabría, pero pensaba fastidiarlo, imponiendo su matrimonio por encima de las preferencias de su padre.

—¡Muchacha insensata! Nunca debí dejar que vinieras a Cumbria. Tu tía te habrá llenado la cabeza de ideas alocadas, y usted... —se dirigió, entonces, al caballero—, ¿cómo se atreve a considerar a mi hija como su esposa? ¿Acaso cree que tienen algo en común? ¿Piensa apartarla de un barón para ofrecerle una mísera vida en Kendal?

—Le ofrezco todo lo que me pertenece, mi compañía, mi vida, un alma herida, pero con posibilidades de sanar, y un amor infinito para toda la eternidad. —Henry, que comenzó su discurso mirando con firmeza al conde, lo acabó frente a la muchacha, cuyos ojos brillaban de dicha y esperanza.

—Oh... —Edith, sobrecogida, estaba a punto de echarse a llorar. Había temido tanto por Alice, había imaginado, no recordaba ya con exactitud, qué ideas locas acerca de aquel caballero nunca visto, pero daba por bien sentados todos sus temores ante el encendido amor que se había despertado entre ambos.

—Eso son palabras vanas, señor Cornwell —replicó el conde airado.

—Charles... —le suplicó su mujer—. Tal vez el caballero disponga de una renta suficiente y...

—Alice, recoge tus cosas de inmediato o te aseguro que de proseguir con este sinsentido deberás hacerte a la idea de que no tienes familia a partir de ahora y tendrás que valerte por tus propios medios —sentenció Coombe.

—Siento que me aparte de su lado, padre, pero así será, puesto que no me da más opción. Henry y yo nos uniremos en matrimonio

tan pronto como sea posible. Intentaré que el vicario Moses nos case el próximo fin de semana.

—Alice... —susurró Ritterchen. La muchacha sabía que él le estaba dando la oportunidad de decirle la verdad a su padre para que no rompiera con su familia, pero se encontraba demasiado dolida y enfadada como para dar marcha atrás. Le hubiera gustado que su padre hubiera aprobado su decisión, que hubiera confiado en ella sin depender de que el hombre elegido portase un título, tal y como ella había hecho, que lo había elegido sin saber apenas de él, sin saber de su relación con la aristocracia.

—¿Es tu última palabra, muchacha? —le espetó Charles con voz ronca. La joven asintió.

—Pero yo aún no he dicho la mía. —La voz temblorosa de Edith se oyó—. No puedo creer que vuelvas a cometer con tu hija el mismo error que cometiste conmigo. Aún me cuesta comprenderte, Charles. Tú no eras así antes. Eras un hermano atento, nos queríamos y cuidábamos uno del otro. Sin embargo, no sé en qué momento la ambición comenzó a apoderarse de ti de tal forma que me apartaste porque no me plegué a tus deseos, obviaste que yo quería ser feliz y ahora vuelves a intentar doblegar el destino de tu hija. Deberías pensar si estás haciendo lo adecuado.

Coombe la miró sin decir nada, con un semblante serio que no traslucía un ápice de sus emociones.

—¿No crees que nuestra Alice —Cecilia tomó la palabra tras escuchar a su cuñada— ya ha sufrido demasiado y merece ser feliz?

El conde soltó un suspiro contenido por largo tiempo.

—Solo intento mejorar la vida de mis hijas y el futuro de sus propios hijos —explicó—. No quiero que sufran las privaciones que nosotros padecimos, Edith.

—Y no lo harán, Charles —le aseguró su hermana—, pero la

vida, que es breve, puede convertirse en una larga tortura si tienes que pasarla junto a alguien al que no amas.

El conde volvió a suspirar, más ruidosamente esta vez.

—¿Es lo que deseas, Alice? ¿Lo has meditado en profundidad? —le preguntó.

—No imagina cuánto, padre.

El conde de Stoneham volvió a resoplar otra vez, debatiéndose entre mantener su orgullo o perder de nuevo a alguien querido. Frente a él se abría un futuro sin su hija mayor o la posibilidad de seguir teniéndola a su lado, pobre pero feliz, y de recuperar el contacto con su hermana Edith.

—Está bien. Supongo que tendré a un yerno marqués que huye de mi hija y de sus responsabilidades y a otro... ¿a qué se dedica usted, señor Cornwell, si puede saberse?

Antes de que el aludido pudiera contestar, se oyó un chillido de Millicent y todos se volvieron para ver cómo se tapaba la boca con las dos manos y sus ojos parecían salir de las órbitas mientras miraba fijamente al caballero que bebía los vientos por su hermana.

Millie se inclinó para hacerle una solemne reverencia y, tras ella, ante la mirada asombrada de todos, declaró:

—Acabo de recordar... lord Henry Cornwell, duque de Westmorland, señor de las tierras de Cumbria.

Cecilia se llevó la mano al pecho y se sujetó del brazo de su esposo para evitar caer desmayada ante la sorpresa mientras se inclinaba para presentarle sus respetos. Charles, por su parte, tardó varios segundos en entender la situación y agachar la cabeza para rendirle la pleitesía que se presuponía a un duque.

Alice y Edith se miraron. Su tía le guiñó un ojo, cómplice.

Al parecer las lecciones sobre los grandes de la nobleza inglesa no habían pasado desapercibidas a su hermana, pensó Alice con

ironía. Lo cierto era que hasta ella se debería de acostumbrar ahora a aquella extraña situación en la que, por avatares del destino, iba a acabar convertida en duquesa.

Y sería muy pronto, contaba con la influencia de su querida tía Edith sobre el vicario para acelerar los trámites, no en vano pensaba continuar con la sanación de su futuro esposo lo antes posible.

Capítulo 25

Algunas semanas después...

Los duques de Westmorland, lord Cornwell y su esposa lady Alice, regresaron a su mansión a avanzadas horas de la noche, después de compartir en compañía de Edith Neville, los condes de Stoneham y los amables Moses una exquisita cena de Navidad en casa de la señora Neville.

Henry —Ritterchen— sabía que aquella cena familiar y sencilla que reunía de nuevo a su familia, con excepción de Millicent y su esposo que no pudieron asistir, era del agrado de su esposa y la llenaba de contento.

Si Alice era feliz, él también y, poco a poco, volvía a descubrir el placer de relacionarse con sus vecinos, encontrándose muy a gusto entre aquella gente que, aunque humilde, comenzaba a apreciar tanto como su esposa hacía.

La mañana siguiente, Alice despertó con una sonrisa al sentir su respiración junto a su oído, al notar minúsculos besos en su cuello y

sus manos cálidas envolviendo su cintura.

Todos y cada uno de los días que Alice despertaba junto a su amado Ritterchen, como ella continuaba llamándolo, le parecían un regalo de la vida. La impronta que le dejaron las horas en que creyó que lo había imaginado, que tal vez fuera un fantasma o un delirio de su imaginación seguían haciendo mella en ella y, por tanto, aún se aplicaba con ansia, con frenesí, a sentirlo muy cerca, a envolverlo entre sus brazos, a responder a sus besos y caricias con ánimo predispuesto y siempre apasionado.

—Buenos días, esposa, ¿qué tal has dormido? —le dijo con una voz ronca que ella reconocía y que demostraba que se encontraba a medias entre el sueño y el deseo.

—Fue una noche muy placentera en todos los aspectos.

Él le respondió con una risa franca, feliz, que la emocionaba y despertaba sensaciones salvajes en su interior.

—¿Estás de buen humor, entonces?

—Suelo estarlo normalmente, no puedes tener queja.

—Ninguna en absoluto, por lo que aprovecharé para preguntarte acerca de una cuestión que dejamos ayer por concretar. Estabas muy ocupada escribiéndoles a tus amigas antes de la cena en casa de Edith y no quise interrumpir.

Alice lo miró interesada. Ritterchen prosiguió:

—La reina nos invita este verano a pasar en Balmoral tanto tiempo como queramos. Está encantada, según me cuenta en su carta, de que el ducado de Westmorland haya renacido de sus cenizas y quiere conocer a la mujer que ha obrado el milagro. ¿Qué debería contestarle?

—No creo que pudiéramos negarnos. Además, sé que te hace ilusión y haré lo que te haga feliz, aunque la idea me pone tan nerviosa que no sé si podré controlarme cuando llegue el momento

y cometeré algún desliz.

—¿Bromeas? Solo tienes que mostrarte tal y como eres, Alice. Vas a gustarle y entonces seré yo el perjudicado, porque tendré que compartirte con la reina.

—¿Estará mi hermana entre los invitados?

—¿Te molestaría?

—Ya no. Tal vez debería odiarla por lo que me hizo, fue egoísta, desconsiderada e insensible ante el dolor que sabía me iba a causar, pero, en el fondo, no puedo más que agradecerle que tomara mi lugar junto al marqués. Jamás hubiera sido feliz en ese matrimonio. Y nunca te hubiera encontrado de haber habido una boda.

—Nuestros destinos no hubieran coincidido, y yo seguiría vagando como alma en pena por los alrededores de Westmorland.

—Entonces creo que, si me encuentro con ella, le daré las gracias.

—Michael Weston no está entre los favoritos de la reina, no esperes verla con seguridad.

—¿Te das cuenta de que fueron nuestros hermanos los que nos unieron? Cada uno por una causa bien diferente...

—Así es. Nuestras vivencias con respecto a ellos no pudieron ser más distintas... aunque los une la traición: la de tu hermana, al casarse con tu prometido; la de mi hermano, al dejarme solo...

—No sabía que pensabas de esa forma...

—Tuve muchos años para meditar sobre los motivos, sobre las consecuencias... Ahora prefiero dejar a los difuntos descansar en paz y creer que en algún otro lugar ellos han podido reencontrarse y ser felices.

Alice se incorporó y lo contempló con arrobo. Su largo cabello rojizo se esparció a su alrededor.

—Estoy segura de que estás en lo cierto, y ahora... ¡basta de

pensamientos tristes! Hablábamos de la reina y de mi presentación ante ella como duquesa... Quizá sea fácil para ti, pero te aseguro que yo...

Ritterchen la tomó entre sus brazos y la volvió a recostar sobre el lecho con suavidad, colocándose encima, apoyado sobre sus codos.

—Te daré unas sencillas instrucciones, entonces, acerca del comportamiento público y privado de una duquesa —le susurró, acariciándole el cabello—. Una duquesa debe mostrarse siempre cariñosa, atenta y complaciente con su esposo. —Mientras musitaba sus «recomendaciones», el caballero desgranaba pequeños besos sobre sus pómulos, barbilla y punta de la nariz, dejándola, de forma premeditada, deseosa de saborear sus labios—. Debe tener, además, gran predisposición por participar de los deseos y gustos del duque en cuestión.

—¿Te refieres a pasear, montar a caballo y viajar, por ejemplo? —cuestionó, pícara.

—Entre otras cosas... Es sumamente importante que participe con entusiasmo de las propuestas del esposo...

—¿De todas o solo de las más interesantes?

—Sería conveniente que fuera de una amplia mayoría, aunque siempre buscando el bienestar mutuo. —La besó con dulzura y ansia contenida en los labios.

—No veo inconveniente por mi parte, y ya que al parecer has concluido con las indicaciones... ¿Hablamos, entonces, de lo que el duque debería hacer por su parte? —le preguntó riendo ella, ya que los besos del caballero se depositaban ahora sobre la sensible piel de su cuello y despertaban sus cosquillas—. Todo se resume a una sencilla instrucción: el duque debe hacer lo que su esposa le pida...

—No podría estar más de acuerdo, mi duquesa —musitó

perdiendo ya todo el hilo de la conversación para emplearse a fondo en la agradable y extasiante tarea de dar placer y recibirlo entre los brazos de la luz de su vida, la mujer que lo devolvió del mundo de las sombras, los reproches y la culpa en el que se encontraba.

Cada uno cargaba con su experiencia de vida, con las distintas circunstancias que los habían separado de sus hermanos, pero habían aprendido a mirar hacia adelante, a entender que el futuro estaba por descubrirse y que no podían lastrar su presente a un pasado decidido por otros y que ya no podía cambiarse.

La piel enfebrecida los atraía como el más poderoso imán; las caricias, los besos húmedos, el sabor íntimo del otro los impelía a unirse, a fundirse en uno solo, bajo el ímpetu de la necesidad de darse, de recibirse, de compartir el alma, el cuerpo, el presente y el futuro por vivir.

Los abrazos se hicieron más intensos, las caricias más profundas, el cuerpo quedó vencido, entregado al otro, en un rítmico vaivén que los hizo estallar en una miríada de emociones, ahítos, llenos de una dicha, de una felicidad que les había sido desconocida hasta entonces y de la que disfrutarían por toda la eternidad.

Fin

Nota de la autora

Querida lectora, querido lector:

Gracias por haber llegado hasta aquí. Espero que hayas disfrutado de estas páginas que desgranan la historia de Alice, aunque esta haya sido más gótica, menos luminosa que la de sus amigas Marion y Diana.

Es por vuestro ánimo que lo que iba a ser una trilogía se convirtió en una pentalogía al añadir a las Beauchene (*El fuego de tus besos*, *Cautiva de una promesa* y *Latidos de pasión*) la secuela de las dos amigas de Diana: *Tres pretendientes para Marion* y *Lo que el corazón oculta*.

Con esto se cierra el mundo Beauchene, no sin cierta penita por mi parte.

¿Qué otras protagonistas, lugares, destinos, romances y caballeros vendrán en el futuro? Me encanta la época victoriana, pero en mi cabeza conviven otras épocas, otras lenguas, otros lugares y un sinfín de destinos. Quédate a mi lado, prometo continuar desgranando novelas en la era victoriana o en otras... Me encantará conocer qué otros escenarios o épocas históricas te

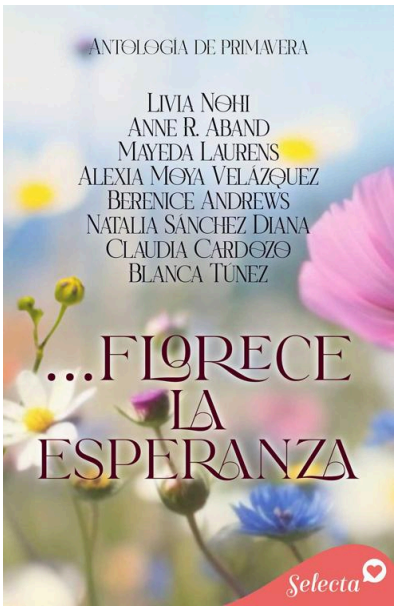
atraen. A mí, personalmente, me seduce bastante la Edad Media ¿o tal vez el lejano Oeste?

Confío en que te quedes a mi lado y me sigas acompañando a través del tiempo y el espacio. Espero seguir agradándote y sorprendiéndote en el siglo XIX o quizá mucho antes...

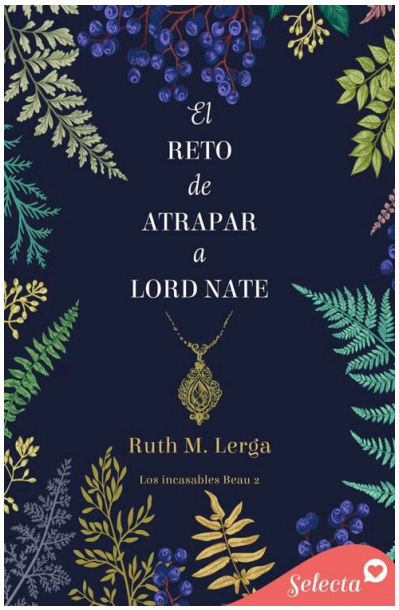
Si te ha gustado

Lo que el corazón oculta

puedes disfrutar de estas






El
RETO
de
ATRAPAR
a
LORD NATE
Ruth M. Lerga
Los incasables Beau 2
Selecta


NATALIA SÁNCHEZ DIANA
La memoria de los nenúfares
Selecta


CASARME CON
el hijo del jefe
Cómo cazar a un marido 2
Caryarit Ferrer
Selecta


ANTOLOGÍA ROMÁNTICA
DÍA DEL LIBRO
...y una flor
HOLLIE DESCHANEL
MAYEDA LAURENS
ENCARNA MAGÍN
BERENICE ANDREWS
ARLENE SABARIS
NATALIA SÁNCHEZ DIANA
MIRANDA KELLAWAY
MAR POLDARK
Selecta


ANTOLOGÍA ROMÁNTICA
DÍA DEL LIBRO
Un beso...
LAIMIE SCOTT
MARIAN ARPA
S. F. TALE
MARÍA ROJO
VEGA FOUNTAIN
SARAH VALENTINE
DANIEL DE LA PEÑA
RAQUEL GIL ESPEJO
Selecta


Sombras del ayer, promesas del mañana
ANA ÁLVAREZ
Selecta

La nueva novela de Evangeline Cruz presenta una trama envolvente, misteriosa y apasionada con un punto gótico que captará la atención del lector y lo mantendrán inmerso en la lectura página tras página.

Cuando la traición de su prometido y su hermana le rompe el corazón y la deja sin futuro, Alice encuentra en Cumbria una esperanza, un amor que nace del dolor y las sombras.



En la Inglaterra de 1860, **Alice contempla cómo su mundo se derrumba** de la manera más cruel. Tras años de promesas y

preparativos, su prometido, **el marqués de Compton, la abandona a escasos días de la boda para casarse con su propia hermana**, dejándole el corazón herido y marcándola para siempre ante la estricta e implacable sociedad de su época.

Huyendo del escándalo y del dolor, Alice se **refugia en Cumbria, una tierra agreste y brumosa, inspiradora de misterios y antiguas leyendas**. Allí vive una tía desconocida, la hermana de su padre, en cuyo hogar Alice intenta dejar atrás el pasado y recomponer los fragmentos de su maltratado corazón.

En los alrededores de un antiguo cementerio conoce a **Ritterchen, un caballero apuesto y extraño, de presencia cautivadora** y mirada cargada de tristeza. Nadie más parece advertir su existencia, y, sin embargo, él la busca y la comprende como nadie antes lo ha hecho. En las ruinas del corazón traicionado de Alice comienza a brotar, inesperadamente, un anhelo de esperanza, un vínculo intenso que late con la fuerza de una pasión arrebatadora.

Alice deberá desvelar su propio pasado y enfrentarse al misterio que envuelve al caballero para decidir si está dispuesta a adentrarse en las sombras que lo rodean y reclamar una felicidad que creyó no merecer… y que jamás pensó volver a encontrar.

Evangeline Cruz nació en el cálido sur de España, donde vivió hasta que, finalizados sus estudios universitarios de Lengua y Literatura Inglesa, decidió viajar y conocer mundo. Ha residido en Inglaterra, Italia y Austria y, actualmente, vive en España y trabaja como profesora, compaginando esta labor con la escritura.

Lectora compulsiva desde niña (siendo sus géneros favoritos los clásicos, la historia y el romance), ha escrito desde siempre, especialmente, romance histórico.

Fue finalista del I Premio Chic de novela. Ha publicado una novela de romance histórico medieval, *La bastarda del rey Sancho*, con la editorial internacional Cherry Publishing y *Así pasen los años*, una novela romántica de época, con Ediciones Kiwi.

Ha sido ganadora del XIII premio internacional HQÑ, de Harper Collins Ibérica, con la novela *Escríbeme si en tus sueños me encuentras*.

Publica con asiduidad en Selecta, el sello de romance digital de Penguin Random House. Algunas de sus novelas más reconocidas son *Seducción escocesa, Un castillo en las Highlands, La tentación del capitán, Bajo el hechizo de la luna escocesa*…



Edición en formato digital: mayo de 2026

© 2026, Evangeline Cruz
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-91-0

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Las novelas de Diana y Marion ya han sido publicadas con los títulos de *Latidos de pasión* y *Tres pretendientes para Marion*.

Índice

Lo que el corazón oculta
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Nota de la autora
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Evangeline Cruz
Créditos
Notas